

MARTE PARA LOS MARCIANOS



EL PLANETA ROJO

Charles L. FONTENAY



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



CHARLES L. FONTENAY

EL PLANETA ROJO

Título de la obra en inglés: **REBELS OF THE RED PLANET**

Traducción: M. ORTA

I

Es un mar, aunque lo llamen arena.

Lo llaman arena porque está quieto y es rojo y denso, todo lleno de granitos. Lo llaman arena porque el delgado viento lo azota y forma remolinos con su piel polvorienta y los lleva hasta los apretados horizontes de Marte.

Pero sólo un mar podría rumiar en aquella forma el recuerdo de los eones. Solamente un mar, yaciendo tan silencioso bajo los altos cielos, podía aludir al misterio de la vida que perdura aún bajo su yerma cáscara.

Para el hombre práctico, racional, es el desierto de Xanthe. Aparte de lo que pudiera ser sin saberlo, S. Nuwell Eli se consideraba un hombre práctico y racional, y, a través de las gibosas arenas del desierto de Xanthe, conducía su coche de superficie en dirección a Poniente con aquella eficiencia más bien cauta que desconfía de su propio dominio sobre la máquina. Maya Cara Nome, su colega en la misión que él iba a desempeñar, era una compañera silenciosa.

Los líquidos ojos castaños de Nuwell, insistentes en su claridad visual, veían la arena roja como superficie ondeante de solidez sin vida. Sólo la claridad era admitida por Nuwell, y la única claridad viviente era el hombre, la bestia y la vegetación salpicados en las ciudades cúpulas y en las granjas cupuliformes de las tierras bajas. El y Maya avanzaban rápidamente, como pasajeras chispitas de la única vida, insegura y apresurada en la carencia de la red de carreteras que terminaría por enlazar la superficie marciana con la realidad humana de los compartimientos estancos de las ciudades cúpulas.

En aquel mundo opuesto que era el otro lado del asiento del coche de superficie, los opacos ojos negros de Maya Cara Home luchaban contra la visión de aquel suelo rojizo. No luchaban por ningún motivo racional, sino por una terquedad muy antigua, por costumbre, lo mismo que una mosca que empuja sus seis patas en un constante forcejeo contra la tensión superficial de un pantano en el que ha sido atrapada.

Aparentemente, Maya se aliaba a la claridad y solidez de Nuwell, y podría haber explicado esa alianza con una completa lógica si le hubiesen hecho la pregunta. Pero, por debajo de la arena soplaba al azar, ella tenía la sensación de lo profundo. La centelleante atmósfera, hostil al hombre, que sellaba el desierto rojo, era una lente que con su intervención,
lo distorsionaba y ocultaba. El coche de. superficie era un insecto mecánico, una cosa extraña con la que se había aliado el hombre timorato; se había aliado con él frente a la realidad; ella y Nuwell avanzaban apresuradamente por él a través de la realidad, sin ver nada; avanzaban hacia la meta de una irrealidad más cómoda.

El coche de superficie daba saltos y cabeceaba, y una nube de polvo color

de naranja se alzaba hirviente desde sus anchas cubiertas y se desparramaba sobre la arena esculpida. El desierto se extendía, silencioso y vacío, hasta el distante horizonte; el coche era la única discordancia zumbadora en aquel silencio y aquella vacuidad. El cielo, de un azul acerado, centelleaba arriba como una lente que sirviera de caperuza a la rojiza superficie.

El coche avanzaba hacia el Oeste, dirigiéndose a su meta desde las distantes tierras bajas de Solis Lacus. Muy lejos, dos hombres, sin máquina de ninguna clase, caminaban por aquel mismo desierto de Xanthe hacia la misma meta; pero ellos caminaban hacia el Sur, acercándose por un radio diferente.

Iban desnudos. En una atmósfera enrarecida, sin suficiente oxígeno para sostener la vida animal y ni siquiera las formas superiores de la vida vegetal terrestre, no llevaban trajes marcianos, no llevaban escafandras ni depósitos de oxígeno.

El hombre que iba al frente era alto, erguido, de poderosa musculatura. Sus rasgos y sus cabellos de cortos rizos eran más bien bastos, pero una inteligencia segura de sí misma brillaba en sus ojos, que tenían una vaguedad de humo. Se movía por la arena suelta, descalzo, con una facilidad llena de gracia.

El (¿hombre?) que se tambaleaba detrás de él era de una estatura semejante, pero parecía más bajo e incluso más musculoso porque su cabeza y sus hombros se inclinaban hacia adelante. Su cara, aún más basta, se caracterizaba por una boca vacíamente perezosa y unos ojos azules carentes de toda expresión, excepto una breve sombra de cuando en cuando, causada por el desconcierto.

Hacía un punto focal: desde el Este, dos personas; desde el Norte, dos personas. Si en la eficiente seguridad en sí mismo de Adam Hennessey podía amarse un paralelo de cierta armonía con la insistente superficialidad de S. Nowell Eli, ¿podía existir algún paralelismo coincidente entre Brute Hennessey y Maya Cara Nome?

La perplejidad era el clima de la mente de Brute. Esta superficial película de cosas a través de las cuales se iba abriendo camino, las pululantes corrientes bajo la superficie, todo aquello era un caos. Vagamente hacía por captar la comprensión sin lograrlo, la coagulación efectiva de ideas eléctricas fracasaba siempre poco antes de llegar a la conciencia.

Los dos hombres caminaban desnudos por la arena suelta. Sobre ello, en la azul cúpula diurna de Marte, el débil sol iba cayendo, advirtiendo que su marcha final estaba próxima.

Un coche de superficie con dos pasajeros y, muy lejos, dos hombres. Pero, a pesar de la distancia, todos ellos ligados por la obligación de llegar al mismo destino.

El destino era un edificio solitario y destartalado construido en pleno desierto. Podía ser un inmenso almacén, o una fortaleza de piedra marciana, negra. Casi sin ventanas. El único rasgo sobresaliente de su volumen prácticamente sin rasgo alguno era una torre que se alzaba en su parte norte.

A medida que progresaba la tarde de verano, el doctor G. O. T. Hennessey recorría la ventosa cima de la torre y oteaba con frecuencia el desierto, por su parte norte, bajo una mano que utilizaba como pantalla contra el sol, mientras que con la otra se acariciaba preocupado su barba de chivo metiendo el brazo bajo el transparente casco marciano.

Si el casco hubiese tenido puesto el altavoz, o el aire hubiese estado menos enrarecido, habría sido posible establecer que Chivo Hennessey estaba utilizando alguna maldición favorita contra aquellos dos personajes ausentes cuyos nombres respectivos eran Adam y Brute.

La máscara de descompresión que daba paso al ascensor de la torre se abrió, y una pequeña criatura (¿un niño?), emergió en el tejado. Retorcido, jorobado y con pecho de barril, avanzó sobre sus patitas de corzo hasta la vera de Chivo. No llevaba traje marciano.

—¡Padre! —chilló aquella aparición con su delgada vocecita curiosamente aterciopelada por el tenue aire—. ¡Petway se ha caído en la tina del lavado!

—¡Por el amor de Espacio! —rezongó Chivo, exasperado—. ¿Hay agua en la tina?

Como el recién llegado no diera señal alguna de haber escuchado nada, Chivo se dio cuenta de que tenía desconectado el altavoz de la escafandra. Lo conectó.

—¿Hay agua en la tina? —repitió.

—Sí, señor. Está llena de agua sucia y de ropa.

—Bueno, ve y péscalo antes de que se trague toda el agua. El jabón va a hacerle daño.

El mensajero dio media vuelta, casi brincando sobre sus anchísimos pies, y regresó por la cámara de descompresión. Chivo volvió a otear hacia el Norte.

A muchos kilómetros de distancia, Nuwell aflojó la marcha del coche de superficie cuando éste se aproximó al borde la empinada cuesta que flanquea el corto canal que une Juventae Fons con el Aurorae Sinus de las Tierras Bajas. Consultó un burdo plano y cambió el rumbo del coche, enfilándolo hacia el Sur. Un recorrido de cerca de un kilómetro los llevó a un amplio promontorio por el que pudieron descender al interior del canal.

Allí, sobre la llana superficie de la tierra baja, el poleo de canales crecía en espesor, una extensión de un verde grisáceo que se alargaba ininterrumpidamente hasta el distante acantilado que estaba al otro lado del canal. De vez en cuando, sobre su lisura, emergía el gigantesco barrililllo de un cactos de canal.

Nuwell condujo el coche directamente al otro lado del canal, pues el plano indicaba que el promontorio más próximo por el que podrían subir a la otra orilla estaba casi enfrente. Las grandes ruedas inclinaron y aplastaron el poleo dejando una doble huella.

El poleo de canal proporcionaba una vez más el sentimiento

tranquilizador de una vida de superficie. Este sentimiento, por un motivo que él no habría po
dido aclarar de una manera consciente, soltó de nuevo la lengua de Nuwell.

—Maya —dijo con una voz que traicionaba una fuerte determinación tras su aparente dulzura—, no veo motivo alguno para que tengamos que esperar. Cuando hayamos aclarado este asunto en Ultra Vires y volvamos a la Ciudad de Marte, creo que debemos casarnos.

Ella lanzó una mirada de refilón al hermoso perfil de su compañero y sonrió afectuosamente.

—Me siento halagada por tu impaciencia, Nuwell —dijo—. Pero, para mí, existe un motivo poderoso de espera. Cuando nos casemos, quiero ser tu esposa del todo. Quiero llevar tu hogar y ser madre de tus hijos. ¿Te haces cargo?

—Eso es lo que yo quiero también —replicó él—. Esa es mi idea de lo que debe ser un matrimonio. Pero, Maya, si insistes en acabar ese encargo del Gobierno, la cosa puede tardar todavía mucho tiempo.

—Lo sé, y no me gusta más que a ti, cariño —dijo Maya—. Pero al Gobierno de la Tierra le ha costado muchas dificultades y mucho dinero enviarme aquí, y tú sabes el tiempo que tardarían en encontrar a alguien que pudiera reemplazarme en Marte. No me parece bien abandonarlos ahora y tampoco creo que sea un buen principio para nuestro matrimonio el estar persiguiendo a ¡os rebeldes durante nuestra luna de miel.

—Esa es otra cosa que no me gusta, Maya —afirmó Nowell—. Es peligroso, y yo no quiero que te pase nada.

—También ése es tu trabajo, que tampoco para ti es muy seguro que digamos. Lo compartiré contigo cuando estemos casados, ya que tú habrás de continuarlo durante largo tiempo. Yo tengo aquí una misión específica que cumplir: localizar el cuartel general de los rebeldes, y, tan pronto como lo haya
hecho, me sentiré más que feliz contentándome con ser una tranquila ama de casa, dejándote a ti el resto de las preocupaciones.

Nuwell se encogió de hombros, un tanto desconsoladamente, y dirigió su atención a la tarea de conseguir que el coche de superficie subiera por la cuesta que se presentaba ante él.

Era una extraña criatura esta pequeña Maya. Había nacido en Marte y, habiéndose quedado huérfana a causa de un desastre desconocido, durante ios primeros años de su vida había estado al cuidado de los misteriosos y grotescos marcianos aborígenes. Cuando por fin la llevaron a una de las ciudades cúpulas, fue enviada a la Tierra para ser reeducada.
Y ahora estaba de vuelta en Marte como agente secreto del Gobierno de la Tierra, tratando de descubrir a los rebeldes, de los que se sabía que estaban llevando a cabo amplias actividades ilícitas.

A menudo, aquella mujer le resultaba incomprensible, pero él la necesitaba, de todas maneras.

Nuwell condujo lentamente el coche cuesta arriba, sobre pedruscos y grietas, sorteando las rocas mayores. Llegaron por fin a la cresta y el coche volvió a lanzarse como una flecha sobre el desierto, ganando velocidad.

Muy a la izquierda y delante de ellos, se alzaba otra nube de polvo que no era causada por el delgado viento, sino que permanecía casi estacionaria. Nuwell sacó los gemelos del cajón empotrado junto al volante y se los tendió a Maya.

—¿Qué es aquello que hay allí? —preguntó—. ¿Otro coche de superficie? Echa tú un vistazo, Maya.

Maya enfocó el instrumento en la dirección indicada, mirando a través de la transparente cúpula del vehículo. Era difícil manejar los gemelos, porque el coche se ladeaba y cabeceaba, pero por fin pudo lograr una breve identificación.

—Son marcianos, Nuwell —dijo—. ¿No podríamos acercarnos a ellos?

—Ya has visto a muchos marcianos —repuso él.

—Pero me gustaría hablar con ellos —insistió ella—. Ya sabes que hablo su idioma.

—Sí, lo sé, querida, pero eso es una pura tontería. Después de todo, no son más que animales, y hemos de llegar a Ultra Vires antes de que se haga de noche, si es posible.

Mantuvo el coche de superficie con el mismo rumbo.

Maya guardó un silencio enfurruñado. Nuwell le lanzó una mirada de soslayo, encogiéndosele ligeramente la respiración al observar la curva de la pequeña y deliciosa forma femenina que se adivinaba bajo la suelta túnica marciana y los pantalones bombachos. Se inclinó un poco y le dio una palmadita en la mano.

Pero Maya estaba ofendida. Se mantuvo separada de él, vuelta la negra cabeza hacia el desierto, mirando tras la cúpula del vehículo.

En lo que era la meta de ambos, Chivo Hennessey oteaba ansiosamente en la distancia, escrutando.

Esta vez, sus acuosos ojos azules divisaron dos diminutas figurillas en el horizonte. Las fue siguiendo con la mirada mientras se acercaban hasta distinguir por fin con toda claridad que eran dos criaturas desnudas y sonrosadas, con formas de hombre y sólo un poco más altas que un hombre corriente.

—Lo consiguieron —murmuró—. Los dos. ¡Magnífico!

Dio media vuelta y entró en la cámara de descompresión. Tan pronto como ésta alcanzó la densidad y composición del aire terrestre, se quitó el casco marciano.

Chivo utilizó el ascensor para descender a la planta baja, lo dejó y corrió por un pasillo, llegando
a tiempo a la cámara de descompresión del exterior para abrirla y dar paso a las dos figuras.

Adam entró el primero, lleno de confianza en sí mismo, erguida la cabeza

como un rey. Brute se tambaleaba detrás de él.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó Chivo, temblándole la voz de ansiedad.

—Estupendamente, padre —dijo Adam, revelando al sonreír unos dientes salvajes e iguales.

—¿No ocurrió nada insólito?

—Nada en absoluto, señor.

—¿Lo has olvidado, Adam? —barbotó Brute ávidamente—. ¿Has olvidado que te caíste?

Adam le escupió ferozmente y levantó una pesada mano en son de amenaza. Brute no pestañeó.

—¡No me he olvidado de nada! —barbotó Adam—, ¡Te digo, estúpido Brute, que no me he olvidado de nada!

—Pero, Adam...

—¡Te digo que nada! —aulló Adam, y saltó sobre el otro.

—¡Basta ya! —gritó Chivo, como el estallido de un látigo, y se quedaron petrificados al escuchar aquella voz que los fustigaba.

Dócilmente, se separaron, colocándose a los costados del anciano.

—Después de la cena, me contaréis los detalles —dijo Chivo—. Los niños tienen hambre y yo también.

II

Adam y Brute siguieron a Chivo Hennessey por el corredor, descollando sus cabezas sobre la de aquel hombre como si ellos fueran los perros de San Bernardo que pisasen los talones de un terrier. Entraron en el comedor, una gran habitación cuadrada en cuyo centro había una rústica mesa y varias sillas y que tenía una pared abierta por el agujero de una chimenea en la que un inmenso caldero borboteaba sobre carbones al rojo.

En el comedor, pululaban hasta doce pequeñas criaturas, humanas por su carne sonrosada, más o anenos humanas por sus cuerpos retorcidos. Tan pronto como Chivo entró con Adam y Brute en pos, la asamblea alzó un gran griterío y un gorjeo de excitación, empezando todos a golpear con los cubiertos sobre los platos, la mesa y las paredes.

—¡Quietos! —restalló Chivo sobre el tremendo estrépito, y el ruido cesó.

Se quedaron todos donde estaban, fijos en el hombre sus ojillos brillantes.

Aquéllos eran «los niños». Algunos de ellos eran jorobados, como Evan, el que había llevado el mensaje a la torre. Otros, como Evan, tenían el pecho parecido a un grotesco barrilito, con o sin joroba.
Algunos eran tan delgados como esqueletos, con enormes cabezas; otros eran abultadas miniaturas de Brute. Una muchacha liliputiense era de piernas y nalgas tan voluminosas, que sólo podía avanzar unas pulgadas a cada paso. En cambio, su cabeza y la parte superior del torso eran pellejudas y frágiles.

Chivo se sentó a la cabecera de la mesa, e inmediatamente se produjo un gran estrépito de las informes criaturas, que forcejeaban por encaramarse a sus puestos. La mayor parte de los niños se quedó así sentada, sin dejar de charlar, mientras que dos de las muchachas más voluminosas se movían alrededor de la mesa, recogiendo tazones, que llevaban al caldero, los llenaban de un estofado de color pardo y los devolvían a los comensales.

Comieron en silencio. Cuando se acabó la cena, los niños se desperdigaron, algunos para jugar, otros para realizar sus pequeñas tareas. Chivo ordenó a Adam y a Brute que lo siguieran. Los condujo por el corredor y los hizo entrar en su despacho.

Chivo encendió la luz y se vio una habitación empapelada, con estanterías de libros y una enorme mesa escritorio en el centro. Se quitó su traje marciano para quedarse únicamente con unos pantalones sueltos y una túnica floja. Adam y Brute permanecían en pie cerca de la puerta, vacilando incómodos, pues normalmente el despacho era zona prohibida.

Chivo estaba en pie junto a una espesa ventana doble, mirando sobre el desierto hacia Poniente. El pequeño sol desapareció bajo el horizonte en el momento de él mirarlo, dejando en el cielo oscurecido un rojo sombrío y

débil. Casi como liberado por la puesta del sol, el pálido Fobos surgió por encima del horizonte y empezó a recorrer su camino hacia el Este. El desierto estaba ya a oscuras, pero había en él una agitación que hablaba de una distante tormenta de arena.

Chivo se volvió de la ventana y se quedó miran do a la pareja.

—Bueno —fustigó ásperamente—, ¿qué pasó?

Adam sonrió complacido.

—Hicimos lo que usted nos encargó, padre —contestó—. Caminamos hasta el borde del canal y regresamos luego. No llevábamos ni agua, ni aire. No nos sentimos cansados. No nos sentimos enfermos.

—¡Magnífico, magnífico! —murmuró Chivo.

—Padre... —dijo Brute.

Chivo volvió sus ojos hacia Brute, y una salvaje irritación se apoderó de él. Con aquella palabra, en aquel momento, Brute le causaba la sensación de un augurio de culpabilidad.

—¡No me llames «padre» —fustigó Chivo encolerizado.

—Pero usted nos dice que le llamemos padre —protestó Brute al mismo tiempo que un ceño de desconcierto le arrugaba las cejas—. ¿Qué voy a llamarle, si no le llamo padre?

—No me llames nada. Di «señor». ¿Qué querías decir?

—Padre... señor —empezó Brute de nuevo—. Adam se olvida. Adam se cayó.

Con un ronco mugido, Adam ondeó su poderoso brazo en un arco terminado en un puño que cogió de lleno a Brute en una de las sienes. El golpe habría bastado para derribar a un buey, pero Brute no se inmutó. Aparentemente incólume, siguió en pie con paciencia, con sus ojos azules clavados en Chivo en una especie de súplica.

—¡Adam, déjalo en paz! —ordenó Chivo secamente—. Brute, ¿qué quieres decir con eso de que Adam se cayó?

—Volvíamos. No estábamos lejos del canal. Adam se cayó. Adam enfermó. Adam se puso azul.

—¡Todo eso es mentira, padre! —exclamó Adam, lanzándole a Brute miradas amenazadoras—. No es verdad.

—Déjalo acabar —advirtió Chivo—. Yo decidiré si es verdad o no. ¿Qué hiciste tú, Brute?

—Encontré un cactus, padre —respondió Brute—. Hice un agujero en el cactus. Puse a Adam dentro.
Tapé el agujero. Adam se quedó en el cactus. Luego, Adam lo rompió y salió otra vez. Volvimos.

Chivo se quedó meditando. Si Adam había mostrado síntomas de falta de oxígeno... Los enormes cactus de los canales estaban huecos, y en su interior contenían reservas de oxígeno para su propio uso. Más de una vez, alguno de aquellos cactus habían salvado la vida de un viajero marciano nativo cuando su provisión de oxígeno se le terminaba.

Se volvió hacia Adam.

—¿Qué dices a eso, Adam?

—Le digo, padre, que todo eso no es más que una mentira. No me caí. Brute no me metió en el cactus.

—¿Y por qué había él de mentir? —preguntó Chivo blandamente.

La pregunta dejó desconcertado a Adam durante un largo rato. Luego, resplandeció.

—Brute quiere ser más fuerte y más resistente que Adam —dijo—. Brute sabe que Adam es más fuerte y más resistente que Brute. A Brute eso no le gusta. Le dice a usted mentiras para que usted crea que Brute es más fuerte y más resistente que Adam.

—Yo sé que tú eres el hermano más fuerte, Adam —objetó Brute, casi en tono de queja—. Yo no trato de ser el más fuerte. ¿Por qué dices que no caíste?

—¡No me caí! —aulló Adam—. No me caí, estúpido Brute.

Chivo levantó una severa mano, intimándolos a guardar silencio.

—Desde luego no puedo resolver esta disparidad, pero más bien me inclinaría a aceptar lo que dice Brute —indicó Chivo pensativamente—. Tú eres lo bastante listo para mentir, Adam. Brute no lo es. Lo único que puedo hacer es repetir el experimento. Volverás a salir mañana, y esta vez yo iré contigo.

—Ya verá usted, padre —dijo Adam lleno de confianza—. Adam no caerá.

—Quizá no. Pero tengo que estar seguro. Por mucho que yo prefiera tus características más humanas, Adam, es muy posible que Brute tenga algunas cualidades de supervivencia de las que carezcas tú.

—Es verdad, padre —dijo Brute ansiosamente—. Algunas cosas que matan a Adam, no matan a Brute.

—¡Estás mintiendo! —gritó otra vez Adam, volviéndose hacia Brute—. ¿Por qué mientes?

—No miento —insistió Brute—. Tú sabes que es verdad.

—¡Mentira, mentira! —chilló Adam—. Adam es más fuerte y más resistente. ¿Qué cosa dices tú que puede matar a Adam sin matar a Brute?

—Esto —replicó Brute calmosamente.

Con un movimiento pausado, cogió un pesado cuchillo que estaba en la mesa de Chivo. De un solo ademán ágil, se volvió y clavó limpiamente la hoja en la garganta de Adam.

Atragantándose y borboteando, Adam se cayó de rodillas, saliéndole del cuello la sangre a raudales, mientras que Chivo se quedaba petrificado de horror. Adam siguió inclinándose, cayó, pataleó y se agitó convulsivamente como un pollito decapitado, luego se contrajo y se quedó quieto en medio de un charco de sangre que se agrandaba.

Brute secó con calma el cuchillo en su muslo desnudo y lo volvió a poner luego sobre la mesa.

—Adam muerto —dijo sin emoción—. Brute no miente.

Una angustiada furia hinchó las venas de Chivo, y una niebla rojiza le enturbió ios ojos.

—¡So idiota! —gritó—. ¿Es que eso no puede matarte a ti?

Perdido el dominio de sus nervios, Chivo empuñó el cuchillo y lo clavó con toda la fuerza que pudo en el cuello de Brute. Entró como un hacha que muerde el tronco de un árbol, hundiéndose en la carne casi hasta la empuñadura. Brute retrocedió por el golpe, y eso hizo que el puño del arma se soltara de las débiles manos de Chivo, quedándose el cuchillo clavado en la garganta.

Brute se tambaleó unos momentos. Se enderezó luego y se quitó el cuchillo. Empezó a salirle sangre de la cortada garganta. Brute se llevó una mano a herida y apretó.

Por un momento, la sangre siguió saliéndole por entre los dedos. Luego, pálido pero firme, Brute retiró la mano.

La herida se había cerrado. Estaban sellados ya sus bordes. Quedaba sólo una cruda y roja cicatriz que ya no sangraba.

—Brute no miente —dijo pronunciando las palabras con alguna dificultad —. Esto no mata a Brute.

Inmovilizado por el asombro y la incredulidad, Chivo lo miraba fijamente, moviéndosele los labios sin producir sonido alguno.

—¡Vete! —jadeó roncamente al fin—. ¡Vete de aquí, monstruo!

Obedientemente, Brute salió tambaleándose del estudio. Cuando pasaba ya por la puerta, Chivo recobró la voz y le gritó:

—Diles a los niños que vengan a retirar el cuerpo de Adam.

* * *

A varios kilómetros de distancia, Maya Cara Nome y Nuwell Eli viajaban en el coche de superficie, que se movía rápidamente sobre las interminables ondas de la roja arena. Cabeceaba en los hoyos y saltaba sobre las múltiples protuberancias. Nuwell conducía con alguna dificultad. En el cielo acerado, el pequeño sol caía, velada su brillantez por las delgadas nubes que de cuando en cuando se movían ante él.

El sol tocó el horizonte occidental, pareció vacilar, se hundió luego con una rapidez que cortaba el aliento, y las estrellas empezaron inmediatamente a aparecer en el profundo cielo crepuscular.

El hombre y la mujer hicieron un alto y tomaron una comida compacta, calentada en la cocinilla de ondas del coche de superficie. Luego, Nuwell volvió a encender los faros y continuaron el viaje.

Poco después, una débil mancha de luz apareció en el desierto delante de ellos. Cuando se acercaron, se convirtió en una ventana iluminada de una enorme masa negra que se destacaba contra el cielo nocturno. Habían llegado a Ultra Vires.

Nuwell anunció su llegada por medio de la radio del coche, al que condujo hasta la entrada principal del edificio. Pegó la portezuela del coche a la cámara de descompresión del inmueble para ahorrarse así el tener que ponerse los trajes marcianos.

A los pocos momentos, la cámara de descompresión se abrió. La atravesaron y fueron saludados por un hombre frágil y huesudo de acuosos ojos azules y barba de chivo.

—Les esperaba a ustedes, pero no esta noche —dijo aquella persona, más bien sombríamente—. Bueno, pasen y haré que los niños les preparen algo de comer, si no han comido todavía.

—Yo soy S. Nuwell Eli —dijo Nuwell, alargando una mano que el otro fingió no ver—. Esta es la agente terrestre, señorita Maya Cara Nome. Supongo que usted será el doctor Hennessey.

—Exactamente —dijo Chivo—. ¿Quieren ustedes cenar?

—No, gracias, hemos comido por el camino —dijo Nuwell—. Me gustaría empezar la inspección lo antes posible.

—¿Inspección o investigación? —sugirió Chivo, rezongando—. Bueno, no importa. No tengo nada que ocultar.

Les condujo por un corredor sombrío y polvoriento que se adentraba profundamente en las oscuras entrañas del edificio, y se apartó para dejarlos pasar a una habitación empapelada que, evidentemente, le servía de despacho. Se dirigió con pasos resueltos a una gran mesa, tomó asiento, dio una vuelta en su sillón giratorio y les indicó que se sentasen. Nuwell resopló un poco moleste y luego se sentó en una butaca, pero Maya se quedó de pie junto a la puerta con su pequeño maletín en la mano, creciendo en su ánimo la indignación.

—Antes de que usted se siente a proporcionar datos e informes, doctor Hennessey, ¿le importaría llevarnos a nuestras habitaciones para que pudiéramos quitarnos al menos el polvo del viaje? —preguntó ella con tono helado, chispeándole los negros ojos.

Al oír aquello, Chivo se puso en pie de un brinco y una sincera contrición apareció en su rostro que borraba todas las huellas de su irritada hurañía.

—¡Lo siento muchísimo! —exclamó—. Espero que sabrán perdonar mis modales, pero es el caso que llevo ya tanto tiempo trabajando y viviendo solo aquí en el desierto, que he olvidado los detalles de la civilización.

Aquella disculpa aclaró el ambiente. Chivo les mostró sus habitaciones, que no eran muy lujosas, pero sí razonablemente cómodas, y al cabo de un rato los tres volvieron a congregarse en el despacho de Chivo, todos de mejor humor.

—Tomemos primero una copita —sugirió Chivo—. Este es un vino tinto muy bueno, importado de la Tierra.

Se dirigió a la puerta y gritó hacia el pasillo.

—¡Petway!

Chivo volvió a su sillón. Pocos momentos después, sonó en el corredor un

ruidito intermitente, y luego una horrible y pequeña aparición surgió en la puerta. Era una criatura no más alta que un niño, desnuda, de un pecho grotesco en forma de barril, tambaleándose sobre delgadas piernas zambas. La cabeza sin pelo era lo mismo que un cráneo, con una boca inmensa y redondos ojos enormes.

A Maya se le cortó el aliento por la profunda impresión. Aquella pequeña criatura semejaba más la miniatura de un aborigen marciano que un ser humano, pero ni siquiera los indígenas de Marte estaban tan distorsionados. Vio su propia conmoción reflejada en el rostro de Nuwell.

—Petway, tráenos tres vasos de vino —ordenó Chivo, imperturbable.

Petway desapareció y Chivo se volvió con viveza hacia sus huéspedes.

—Ahora —dijo—, les explicaré el avance de mis experimentos y contestaré todas las preguntas que quieran hacerme.

III

Maya tenía una educación muy amplia, pero que no incluía lo referente a las ciencias genéticas. Pudo seguir las explicaciones de Chivo y las referencias que hacía a los diagramas que tenía colgados en una serie simétrica en una pared de su despacho, pero sus explicaciones sólo podía seguirlas en un sentido general: los detalles técnicos se le escapaban.

Nuwell parecía comprender mejor el tema. Con frecuencia, agachaba su oscura y rizada cabeza en señal de asentimiento y, de cuando en cuando, hacía una o dos preguntas.

—El tratamiento quirúrgico se lleva a cabo con una corriente electrónica concentrada sobre las células del temprano embrión —decía Chivo—. Llamo a eso tratamiento quirúrgico, pero en realidad es una alteración de la estructura de ciertos genes específicos que gobiernan las características que son las que estoy tratando de cambiar. Ni que decir tiene que tales cambios se transmitirían luego a los descendientes.

»Cuanto antes se coja al embrión, más fácil y seguro es el tratamiento quirúrgico, ya que cuando se ha dividido en demasiadas células, la tarea misma de tener que ocuparse de cada una por separado hace que el empleo de tiempo resulte prohibitivo, a más de multiplicar las posibilidades de error. Los marcianos tienen un método especial para alterar la estructura física y la composición genética de un adulto hecho y derecho, pero eso está muy por encima del estadio que he conseguido.

—¿Los marcianos? —repitió Nuwell con asombro—. ¿Se refiere usted a los aborígenes marcianos? ¡Pero si no son más que unos animales degenerados!

—Está usted en un error —replicó Chivo—. Ya sé que ésa es la opinión general, pero yo tuve grandes contactos con ellos durante muchísimos años. Quizá la mayor parte de ellos no son más que extraños animales. Nadie lo sabe en realidad. Viven unas vidas sencillas, instintivas, alojándose en cuevas del desierto, y raramente se muestran comunicativos en ningún sentido. Pero sé por propia experiencia que, al menos algunos de ellos, están todavía familiarizados con aquella ciencia antigua que debieron de poseer cuando la Tierra estaba todavía en una etapa anterior a la de la vida humana.

—Ese... ese niño que nos trajo el vino, ¿es producto de uno de sus experimentos? —preguntó Nuwell.

—Sí. Petway es una bonita representación de los niños, mucho me temo. He estado tratando de poner en claro qué fue lo que funcionó mal. Pudo ser

algún error al tratar la estructura genética, o un fracaso en lo de seguir exactamente la misma norma de cambio al tratar sucesivamente cada una de las células del embrión. ¡Si pudiera hacerme de un embrión que estuviera en la etapa de simple célula...!

»Ninguno de los niños ha dado tan buen resultado como mis primeros experimentos, Brute y Adam. Ambos nacieron hace unos veinticinco años, años terrestres, naturalmente, y se han desarrollado en ejemplares normales, incluso superiores físicamente. Por desgracia, su desarrollo mental se quedó bastante retrasado. Adam era el más inteligente de los dos, y Brute lo ha matado esta noche, poco antes de que ustedes llegaran.

Maya se estremeció.

—En cierto modo, me parece horrible esto de experimentar así con vidas humanas —dijo ella.

—Es algo que se hace por una buena causa, Maya —replicó Nuwell—. El objetivo del doctor Hennessey es ayudar al hombre a vivir mejor en Marte. Después de todo, nada hay más noble que el sacrificio que el individuo hace de sí mismo por su prójimo, voluntaria o involuntariamente.

—Pero, ¿qué piensan las madres de esos niños? —preguntó Maya.

—El problema mayor es localizarlas lo más pronto posible después de la concepción —dijo Chivo, interpretando equivocadamente el sentido de la pregunta—. Lo hacemos por medio de detectores magnéticos que registran al instante la conjunción de lo positivo y lo negativo. El tratamiento quirúrgico se realiza lo antes posible, utilizando la técnica de animación suspendida que se ha desarrollado para los viajes estelares.

—No estaba preguntando por los aspectos técnicos —dijo Maya—. Lo que quiero saber es qué clase de madres le permiten a usted experimentar de esta manera sobre sus hijos nonatos, especialmente después de ver los resultados que ha obtenido usted hasta ahora.

Chivo se dispuso a contestar, pero Nuwell se le adelantó:

—Hay algunas cuestiones que no son de tu incumbencia, querida —dijo —. El Gobierno terrestre te envió aquí con una misión específica, y no creo que debas hacer preguntas sobre temas que están clasificados como secretos por el Gobierno local y que nada tienen que ver con esa misión tuya. Bueno, doctor Hennessey, ¿qué clase de cualidades de supervivencia ha podido usted desarrollar en estos experimentos?

—No hay en ellos nada de brujería —replicó
Chivo, con una mueca sardónica.

—Tampoco yo lo he acusado a usted de nada —dijo Nuwell rápidamente.

—No, pero incluso aquí estoy lo bastante enterado de los acontecimientos que ocurren fuera para saber que es usted el principal investigador del Gobierno de la Ciudad de Marte en cuanto que hay la menor sospecha de percepción extrasensorial. Me extrañaría mucho que hubiese usted hecho este viaje por su cuenta sin tener motivo alguno para eso, señor Eli.

—Se trata de una inspección rutinaria —farfulló Nuwell.

Chivo indicó uno de sus diagramas en el que se veían cromosomas y genes de distintos colores.

—Este es el primero de mis diagramas —dijo—. Lo copié hace ya muchos años, de uno que pertenecía a los marcianos, y las alteraciones genéticas que realicé en Brute y Adam estuvieron basadas en este diagrama. Pero debo de haberlo copiado mal, o puede ser que los marcianos no tuvieran el objetivo que yo creía que tenían, porque el caso es que no pude descubrir ninguna alteración de genes que afectara a la capacidad pulmonar o a la utilización del oxígeno. Mis propios diagramas sucesivos, sobre los que se basaron experimentos posteriores, son una modificación de este original.

—Pero, concretamente, ¿qué objetivo es el que usted se propone y hasta qué punto lo ha logrado? —insistió Nuwell.

—Mi objetivo es lograr la capacidad para sobrevivir en las condiciones dominantes en Marte.

—Ya lo sé. Esto es lo que consta en todos los informes de inspecciones anteriores. Pero necesito una respuesta más detallada.

—Bueno, pues le diré que trato de conseguir la capacidad de sobrevivir en una atmósfera que naturalmente casi carece de oxígeno. Por lo que se puede saber, los marcianos consiguieron esto extrayendo oxígeno de sólidos existentes en la superficie y almacenándolos en sus jorobas, a gran presión, de manera muy parecida a un depósito de oxígeno.

«Hasta cierto punto, he conseguido algunos éxitos con mis niños. Todos ellos pueden resistir una hora o dos sin respirar. Lo que no comprendo es el hecho de que en los cambios genéticos de Adam y Brute no estaban incluidas facultades como ésa y, sin embargo, han ido desarrollando gradualmente una capacidad cada vez mayor para lograr eso. Hoy estuvieron los dos en el desierto casi todo el día sin oxígeno alguno.

Nuwell se quedó silencioso un momento, tecleando sobre el brazo de su butaca con las puntas de los dedos, aparentemente sumido en una profunda cavilación. Luego, dijo:

—Maya, creo que hemos llegado al punto en que sería mejor que te retirases a tu habitación y nos dejases hablar a solas. Por la mañana podrás interrogar al doctor Hennessey sobre las tentativas que hayan realizado los rebeldes para ponerse en contacto con él.

Maya obedeció en silencio, más bien complacida por poderse marchar y pensar a solas. Cuando llegó a Marte como agente del Gobierno terráqueo, no se le había ocurrido nunca imaginarse que pudiera haber zonas de información a las que el Gobierno local le prohibiese el acceso. Reconocía que una prohibición así era totalmente correcta, pero, a pesar de todo, se sentía un poco ofendida.

La suya, era una habitación espaciosa en la planta baja y tenía una de las pocas grandes ventanas de Ultra Vires. Maya deshizo su maleta y disfrutó quitándose las botas y los calcetines, la túnica y los pantalones bombachos. Vestida únicamente con su ropa interior, entró en el pequeño cuarto de baño,

se quitó el cosmético del rostro y se cepilló el cabello corto y espeso.

Después de ponerse el camisón de dormir, se sentó al filo de la cama. Estaba muy cansada del largo viaje y se quedó adormilada sin casi darse cuenta; no se levantó a apagar la luz. Sólo pensó que lo hacía.

El conmutador produjo el chasquido característico y la luz se apagó.

Se sintió atolondrada y un poco asustada. Nunca le había hablado a Nuwell de aquellas cosas. ¿Es que una mujer puede preguntarle a su novio, cazador de brujas: «¿Tú crees que soy una bruja?».

Casi con un recuerdo total, como si estuviera oyéndolo pronunciar, recordó el discurso acusatorio hecho por Nuwell la primera vez que ella lo vio actuar. Estaba acusando a un hombre al que le acusaban de llevar a cabo experimentos similares a los experimentos históricos clandestinos del Rin en la Tierra.

«—Señores, estamos aquí reunidos en un edificio público y dirigimos determinados asuntos humanos imprescindibles de una manera digna y ordenada. Seguimos un sistema de vida que trajimos con nosotros de la distante Tierra. Aparentemente, estamos aquí tan seguros como lo estaríamos en la Tierra.

»Digo "aparentemente”. Algunas veces nos olvidamos de las delgadas barreras que nos protegen aquí contra el desastre, contra la exterminación. Una grieta en la cúpula de esta ciudad, un fallo en nuestro suministro de oxígeno, un taponamiento de nuestro sistema de bombeo por la arena siempre presente, y la mayoría de nosotros moriría antes de que pudiera llegarnos la ayuda de nuestros vecinos más próximos.

»Vivimos aquí con ciertas restricciones que a muchos de nosotros no nos gustan nada. Ciertamente, a nadie le gusta no poder salir a la intemperie sin llevar un voluminoso traje marciano y un depósito de oxígeno. Ciertamente, a nadie le gusta estar racionado de agua y de comida por todo el futuro previsible.

»Pero lo que hemos de recordar es que la disciplina absoluta ha sido siempre un requisito indispensable para las almas animosas que van en vanguardia del progreso humano.

»La brujería, o la práctica de la percepción extrasensorial, si prefieren ustedes que lo ¡lame así, está prohibida en Marte porque, para practicaría, Uno tiene que ser diferente de sus conciudadanos, sien do así que los inexorables peligros de nuestra situación fronteriza exigen que trabajemos juntos. Para practicarla, hay que dedicar tiempo y esfuerzo mental a cosas no experimentadas, siendo así que nuestro exiguo margen de seguridad hace necesario para la supervivencia el esfuerzo concentrado y combinado. Por eso está la brujería prohibida en Marte.

«Dejemos que los que se aferran aún al caprichoso liberalismo de Tierra nos tachen de conformistas, sí quieren. Yo os digo que mientras Marte no esté ganado del todo para la humanidad, no podremos permitirnos el lujo de la no conformidad.

«Señores, tengo el honor de haceros entrega del acta de acusación.»

Maya miró con fijeza fuera de la ventana. Toda aquella parte de Ultra Vires estaba a oscuras, excepto un rectángulo de luz procedente de una ventana situada a corta distancia, la ventana del despacho de Chivo Hennessey. En aquel rectángulo, la roja arena del desierto se veía clara y fuerte.

Cerca del final del rectángulo yacía una figura confusa, encogida, oblonga. Desconcertada, Maya se dedicó a estudiarla. Le pareció un cuerpo humano.

* * *

En el despacho, Nuwell miraba al huesudo doctor con irritados ojos pardos.

—Los boletines que se le enviaron a usted, lo mismo que a otros investigadores, daban instrucciones concretas de que la investigación había de dirigirse a la posible utilización por parte de los hombres de ciertos alimentos que ahora se están produciendo —acusó Nuwell.

—Creí que esto era más importante —replicó Chivo.

—¡Creyó, creyó! No está usted en la Tierra, donde los científicos pueden obtener subvenciones del Gobierno para seguir haciendo investigaciones sobre proyectos absurdos.

—Todavía sigo creyendo que esto es más importante —dijo Chivo tercamente—. Sé que se espera de todos nosotros que cooperemos y sigamos las líneas probadas y aceptadas de forma que no desperdiciemos ni tiempo, ni material. Quizá me equivoqué al no haber hecho eso en un principio. Pero he demostrado ya que esta línea de investigación puede seguirse provechosamente, por lo que su continuidad ahora no puede considerarse una pérdida de tiempo.

—Los científicos tienen que dejar la dirección política a hombres más experimentados —dijo Nuwell con tono de exasperación—. Esto no es meramente un asunto de pérdida de tiempo o de disconformidad. La Corporación Marciana es la que gobierna nuestra única línea de suministro de la Tierra, doctor Hennessey, y esa línea de aprovisionamiento trae al hombre de Marte las numerosísimas cosas que necesita para vivir aquí. El trayecto Tierra-Marte es una operación costosa, y es importante que siga siendo económicamente rentable para que la Corpmar la siga administrando.

«Importa poco el altruismo de ese empeño de usted. Lo cierto es que si consigue que el hombre no dependa aquí del oxígeno atmosférico, tanto las cúpulas como las casas y cámaras de descompresión, los coches de superficie, los equipos de oxígeno e incontables cosas más serán innecesarios. Pero es que todavía hay muchísimas otras cosas que tenemos que recibir de la Tierra. ¿No se da usted cuenta del desastre que sería si la Corpmar decidiese suprimir la única línea de viaje interplanetario a la Tierra porque su cargamento

descendiese hasta el punto de resultar económicamente desventajoso?

Chivo lo miró con astutos ojos azules.

—Creo que puedo extraer una conclusión —comentó blandamente—. La Corpmar tiene algo que ver con los «alimentos» que ustedes están tratando de hacer aptos para el consumo humano mediante los experimentos aprobados, ¿no es así?

—Pues sí. La Corpmar quiere conseguir que el hombre, gradualmente, vaya autoabasteciéndose en Marte, y creo que es legítimo que la Corpmar obtenga algunos beneficios económicos de los esfuerzos que realiza en este sentido.

—Muchas veces me he preguntado hasta qué punto estaban vinculados la Corpmar y el Gobierno —dijo Chivo con frialdad—. Indudablemente, si no hago lo que usted dice, me serán suprimidos los suministros que recibo aquí. Por tanto, no me queda otra alternativa que interrumpir este trabajo y dirigir mi atención por la línea aprobada.

—Lo que usted hace no es lo más adecuado ahora —dijo Nuwell—. Va a tener que abandonar esto y venirse a la Ciudad de Marte, donde hará sus investigaciones bajo control. Naturalmente, los humanos experimentales que tiene usted aquí han de ser destruidos.

—¿Destruidos? —había una nota de agonía en la voz de Chivo—. ¿Todos ellos? ¿Y qué voy a hacer con las dos gestantes que tengo aquí y que todavía no han dado a luz?

—Las destruirá, como destruyó a las otras al poco tiempo del alumbramiento. Y eso me hace recordar otra cosa. Cuando llegue a la Ciudad de Marte tenga cuidado con lo que dice. Casi estuvo a punto de revelarle a la señorita Cara Nome que el Gobierno ha secuestrado de vez en cuando a una mujer encinta para que a usted no le faltaran sujetos para sus experiencias.

—Años de trabajo desperdiciados —se lamentó Chivo sombríamente—. ¿Cuándo tengo que hacer eso?

—Lo más pronto posible. De aquí a dos semanas, tiene que estar en la Ciudad de Marte. Ahora me gustaría ver a esos humanos experimentales.

Pocos momentos después, se encaminaban juntos a un amplio dormitorio en el que estaban durmiendo todas las criaturas a cargo de Chivo. Nuwell se estremeció al contemplar los pequeños y deformes cuerpos.

—No me importa que se lleve usted algunos de éstos a la Ciudad de Marte sin que se sepa. Pero éste —dijo señalando a Brute— parece demasiado normal. Quiero que sea destruido antes de marcharme.

—¿Brute? ¡Pero si es el mejor ejemplar de los que he conseguido!

—Exactamente. Por eso quiero verlo destruido esta misma noche.

Chivo despertó a Brute, y el hombre monstruo lo siguió medio dormido al despacho.

Chivo levantó el inmenso cuchillo, y miró fijamente a la cara de Brute. Éste devolvió la mirada sin que se observase comprensión alguna en sus sombríos ojos azules.

—¿Tú crees que no puedo matarte, Brute? —dijo Chivo fríamente—. Voy a demostrarte que sí.

Con una precisión de cirujano, Chivo clavó la afilada punta, pasándola entre las costillas de Brute, directamente en el corazón.

Una conmoción pasó por la menta de Brute.

¡Padre me mata!

«¡Me rechaza! ¡Me rechaza! »

Padre, todo bondad, todo esperanza, todo sabiduría y amor, no me necesita ya. ¡Padre me rechaza! ¡Padre me mata!

«¡Desesperación!»

«¡Me rechaza! ¡Me rechaza! »

La oscuridad pasó desvaneciéndose por el desesperado cerebro de Brute.

Una agonizada nota de súplica en los pálidos ojos azules, que se cerraron aceptando. Brute se tambaleó y cayó hacia adelante, derrumbándose sobre el suelo, terminando de clavarse el cuchillo en el pecho hasta la empuñadura.

Brute se estremeció y rodó de costado. Se quedó tendido, con las piernas abiertas, caídos los brazos flojamente, sobresaliéndole del pecho el mango del cuchillo. Lanzó un suspiro y su respiración cesó.

Chivo se quedó mirando. Se agachó, cogió la muñeca de Brute y la levantó. El pulso había cesado.

* * *

Poco después del alba, Maya se despertó. Recordando lo que había visto confusamente la noche antes, se acercó con curiosidad a la ventana.

Ahora había dos formas. Eran cuerpos, cuerpos humanos, desnudos e indiscutiblemente muertos. Durante la noche, el aire marciano, seco y vampiresco, los había deshidratado totalmente. Eran ahora esqueletos, piel de pergamino extendida, toda tirante, sobre los huesos sin vida.

Todavía estaba en pie y mirando, cuando vio que un grupo de figuras aparecía en el horizonte y se acercaba lentamente. Eran marcianos, criaturas monstruosas de pechos inmensos, jorobados, con piernas y brazos tremendamente largos y delgados, ojos enormes y cabezas con largas orejas que parecían meras excrecencias puestas delante de las jorobas.

Arrastrándose lentamente por el desierto hacia Aurorae Sinus, pasaron junto a los cuerpos esqueléticos. Uno de los marcianos los vio. Les chilló excitadamente a los demás, lo bastante alto para que Maya pudiese oír el grito a través de la doble ventana.

Los marcianos se detuvieron y se congregaron en torno a los cuerpos.

¿Qué podría interesarles, se preguntaba ella, de los dos cadáveres? No había forma de conjeturarlo. Las motivaciones marcianas y sus procesos mentales eran una cosa extraña e incomprensible incluso para quien, como ella, había vivido entre aquellos seres y tenido comunicación con ellos cuando niña.

Uno de los marcianos levantó a uno de los cadáveres, y todo el grupo empezó a retirarse hacia la tierra baja, mientras el marciano, con facilidad, llevaba a cuestas el cadáver asido con una mano de largos dedos. Remolinos de polvo arenoso fueron siguiéndolos mientras disminuían de tamaño y desaparecían lentamente.

El segundo cuerpo yacía donde lo habían dejado. Una honda herida en la garganta parecía burlarse de ella.

IV

Fancher Laddigan avanzó por un largo y oscuro corredor en la porción trasera del Colegio de Barberos Childress en el barrio oriental de la Ciudad de Marte. Se detuvo y vaciló, con alguna trepidación, ante una puerta sin distintivo alguno situada cerca del extremo del pasillo.

Completamente calvo, gafudo y entrado en años, Fancher tenía el aspecto de un escribiente y los instintos de uno de ellos. Pero era el caso que utilizaba aquella apariencia y tales instintos para una causa peligrosa.

Fancher golpeó tímidamente en la puerta. Al recibir desde dentro una confusa invitación, empujó y entró.

Fancher tenía una tendencia a estremecerse cada vez que se le presentaba la ocasión de ver al Jefe, cuyo nombre verdadero era desconocido para Fancher y para la mayoría de los demás pertenecientes al Colegio de Barberos.

De cuerpo pequeño como un niño, que sostenía una cabeza de delgados cabellos y más voluminosa que el tamaño corriente, el Jefe examinaba a Fancher con helados ojos verdosos. Los ojos eran grandes y redondos como los de un niño, pero en su expresión no había nada infantil. Como para contradecir su pequeñez física, fumaba uno de los fragantes cigarros, de una longitud de unos treinta centímetros y que sólo se producían en las tierras bajas de Hadriacum.

—Siéntese —ordenó el Jefe con voz alta y cantarina.

Fancher obedeció y se sentó frente a su superior, que estaba al otro lado de la gran mesa. El Jefe abrió un cajón, sacó otro de aquellos largos cigarros y se lo tendió a Fancher. A éste no le gustaban los puros, pero nunca se había atrevido a decírselo al Jefe. Lo encendió torpemente, tosió a la primera chupada y se puso a fumar, obediente y desgraciado.

—¿Está usted seguro de reconocer a ese hombre como Dark Kensington? —preguntó el Jefe.

—Bueno... —comenzó Fancher, y empezó de nuevo a toser.

El Jefe se quedó mirándolo con sus fijos ojos sin pestañear. Cuando terminó el sortilegio de la tos, Fancher permaneció silencioso, cargados los ojos de lágrimas, vacilando en cuanto a lo que quería decir.

—Usted conoció a Dark Kensington antes de que éste desapareciera hace veinticinco años —dijo el Jefe, con una nota de impaciencia en su tono—. Me han dicho que ha visto usted a este hombre y le ha hablado. Está usted en posición de poder reconocer a Dark Kensington. ¿Es ese hombre Dark Kensington o no?

—Bueno —dijo Fancher nuevamente—, el hombre iba caminando solo por el desierto, y cuando alguien se le acercó, lo primero que hizo fue

preguntar cómo podría localizar el Colegio de Barberos Childress, y, naturalmente, nuestros hombres se enteraron y salieron...

—Ya he recibido un informe completo sobre la aparición del hombre y de nuestros primeros contactos con él. Le he hecho a usted una pregunta.

—Bueno, Jefe, es una cosa rara. Si ese hombre, tal como está ahora, hubiese reaparecido hace veinticinco años, yo habría sabido que se trataba de Dark Kensington. Pero el caso es que tiene exacta mente el mismo aspecto que tenía Dark cuando desapareció, ni un día más viejo. Y no recuerda una sola cosa después de su desaparición, excepto acontecimientos de las dos últimas semanas, según dice.

»Sin embargo, sus recuerdos de las actividades de Dark antes de la desaparición de éste son indiscutiblemente exactos y claros. Es como si Dark hubiese sido metido en hielo en el momento de su desaparición y lo hubiesen deshelado precisamente ahora, sin haber envejecido durante el intervalo ni recordara nada de ese tiempo.

—Puede que sea eso lo que le haya pasado —dijo el Jefe secamente—. Pero también es posible que este hombre que se parece tanto a Dark Kensington haya estudiado la personalidad y las actividades de Kensington con el mayor cuidado y ahora esté haciéndose pasar por el difunto.

—No, señor —objetó Fancher prontamente—. Hubo un tiempo en que Dark y yo fuimos amigos muy íntimos. Él recuerda eso, aunque le ha costado bastante trabajo reconocerme, puesto que yo estoy ahora mucho más viejo. A él y a mí nos pasaron cosas, estando juntos, que yo no se las he contado nunca a nadie y estoy seguro de que él tampoco lo ha hecho. Las recuerda con el mayor detalle. Por ejemplo, la forma en que cazamos un conejo de canal una vez que en Hadriacum nos vimos cortos de víveres.

Fancher soltó una risita al rememorar el suceso. Explicó:

—Después resultó que no nos pudimos comer aquella cosa.

—Muy bien. Si está usted seguro de su identidad, eso es todo lo que me interesa por hoy —dijo el Jefe—. No quiero caer en la trampa que pueda tenderme la Corpmar con cualquiera de sus trucos de cirugía plástica. Pero si este hombre es Dark Kensington, es la suerte más grande que haya podido tener el Fénix en muchísimo tiempo.

Se quedó silencioso y empezó a ocuparse de los papeles que tenía encima de su mesa, sin prestar ya atención alguna a Fancher. Fancher aguardó y dedujo luego razonablemente que la entrevista había acabado. Y, puesto que el largo cigarro le daba náuseas, se levantó y se dirigió quedamente hacia la puerta.

—No le he dado a usted permiso para retirarse —dijo el Jefe sin levantar ni los ojos, ni la voz—. Kensington debe llegar de un momento a otro y quiero que esté usted aquí cuando yo hablé con él. Si alguna de sus palabras o acciones le parecen a usted contradictorias en algún sentido, quiero que me lo diga.

Fancher suspiró en silencio, volvió a su silla y siguió chupando

desconsoladamente el puro.

Transcurrieron unos cinco minutos. Hubo luego una firme llamada a la puerta.

—¡Adelante! —dijo el Jefe con su vocecita musical.

La puerta se abrió y entró un hombre cuya sola presencia irradiaba confianza en su fuerza y en la potencialidad de una violencia fulgurante. Dark Kensington era alto y de anchos hombros e iba vestido con una túnica color azul marino y unos pantalones bombachos. Su rostro era muy moreno, fuerte, hermoso. El cabello negro como la medianoche. Los ojos de una sorprendente palidez en la cara oscura; ojos de un azul pálido, remotos y llenos de luz.

—Soy Dark Kensington —dijo, acercándose a la mesa del Jefe—. ¿Es usted el hombre al que llaman el Jefe?

—Sí —contestó el otro, y se quedó aguardando.

Dark saludó a Fancher con una inclinación de cabeza. Fancher, sintiéndose más bien cortado, devolvió el saludo.

Dark volvió su atención al Jefe y se quedó también aguardando. Hubo un largo silencio. El Jefe fue el primero en romperlo.

—¿Qué sabe usted del doctor G. O. T. Hennessey, Chivo Hennessey? —preguntó el Jefe calmosamente.

Fancher parpadeó al ver la línea inesperada del interrogatorio. Una nube pasó por el rostro de Dark, como si el nombre hubiese suscitado en él un recuerdo que no llegaba a captar del todo.

—Era un buen amigo mío —contestó Dark—, aunque me parece que sucedió algo entre nosotros que no llego a recordar del todo. Era uno de los más brillantes geneticistas de la Tierra y vino a Marte con un grupo de investigadores que iba a tratar de desarrollar un tipo humano que pudiese vivir más cómodamente en las condiciones marcianas. El proyecto estaba apoyado por el Gobierno.

Se detuvo. Fue el Jefe quien añadió:

—Entonces se interpuso la Corpmar.

El rostro de Dark quedó totalmente inexpresivo al escuchar aquel nombre.

—Usted no sabe lo que es la Corpmar, ¿verdad? —preguntó el Jefe con curiosidad.

—El nombre me suena a algo conocido —replicó Dark—. Es una línea interespacial, ¿no?

—Si su amnesia es auténtica, se explica muy bien que reaccione usted de esa forma —dijo el Jefe pensativamente—. La Corpmar es la sigla de la Corporación Marciana y se trata de la única línea interplanetaria que atiende ahora a Marte. Es una combinación gigantesca de la Tierra y que tiene prácticamente el monopolio de las líneas espaciales de las importaciones y exportaciones entre la Tierra y todos los planetas colonizados.

»La Corpmar se opone a todo desarrollo de seres humanos que puedan vivir en condiciones naturales extraterrestres, porque eso pondría fin a la dependencia de las colonias de Corpmar, por lo que se refiere a los

suministros. Tal como están las cosas, las colonias literalmente no pueden vivir sin la Corpmar. La Corpmar controla en el Congreso Mundial a un número suficiente da senadores y delegados como para bloquear cualesquiera otros proyectos importantes si el Gobierno de la Tierra se niega a cooperar con ella. Por eso, el Gobierno, es decir, la Corpmar, puso el veto a los experimentos que Hennessey y otros científicos estaban llevando a cabo aquí.

—Recuerdo el veto del Gobierno a los proyectos, pero no sabía que la Corpmar tuviese nada que ver con eso —dijo Dark—. Chivo Hennessey formaba parte de un grupo de los nuestros que se retiró al desierto para continuar allí la tarea a pesar de la prohibición del Gobierno.

—Chivo se dejó comprar —dijo el Jefe—. Quizá la memoria de usted no incluye ese punto importante, pero Fancher lo recuerda muy bien. Fue un poco antes de mi época. Chivo se dejó comprar y traicionó a los demás ante el Gobierno a cambio de ayuda para seguir llevando a cabo experimentos más limitados. Algunos del grupo consiguieron huir y formaron el núcleo del movimiento rebelde que ahora está centrado aquí en el Colegio de Barberos Childress. A nosotros mismos nos llamamos la Orden del Fénix.

El Jefe se permito el lujo de una sonrisa muy tenue. Añadió:

—La Corpmar y el Gobierno nos llaman las raías del desierto. Un nombre muy apropiado. Nos consideran de la misma categoría que las ratas.

Dark había estado de pie, como quien no quiere la cosa, ante la mesa del Jefe, con el aspecto de un hombre que no se cansa de estar de pie. Ahora hizo algo que Fancher no se habría atrevido a hacer nunca: sin que el Jefe lo invitara, Dark tomó asiento en una cómoda butaca, se retrepó y tendió las piernas en un movimiento de relajación.

—Para mí es un poco duro tener que darme cuenta de que en mi memoria hay una laguna de veinticinco años —dijo—. Me parece que hace menos de un mes que Chivo y yo estábamos juntos, con otros refugiados que habían huido del edicto del Gobierno, en el desierto de Icaria. ¿Por qué me ha preguntado usted por Chivo?

—Porque el Gobierno lo trajo de vuelta a la Ciudad de Marte no hace aún tres meses —contestó el Jefe—. Ninguno de nosotros tenía la menor idea de donde se hallaba, pero resulta que el Gobierno lo había tenido trabajando bajo vigilancia en algún sitio del desierto de Xanthe, al norte de Solis Lacus. Como a usted lo recogieron no lejos de Solis Lacus, pensé que tal vez habría tenido algún contacto con él.

—Que yo recuerde, no —dijo Dark—. ¿No tiene usted otro de esos puros?

—¿Cómo no? —contestó el Jefe, sorprendido.

Sacó otro cigarro Hadriacum y se lo alargó a Dark. Éste lo encendió y aspiró el fragante humo con evidente complacencia.

—Como ya le he dicho, la última vez que recuerdo haber visto a Chivo fue en el desierto de Icaria, en una cúpula que habíamos montado allí —dijo Dark—. Lo que recuerdo a continuación es haberme despertado en medio de

una especie de cueva en una parte diferente de Icaria. Me vi rodeado de marcianos.

»Pude entenderme con ellos en cierta manera, cosa que antes no había podido lograr nunca, y ellos supieron escribir el nombre del Colegio de Barberos Childress de forma que yo lo pudiera leer. Pero, evidentemente, ellos no distinguen a nuestras ciudades cúpulas por nombres. Yo no tenía la menor idea de que el Colegio estaba aquí, en la Ciudad de Marte, hasta que sus hombres se pusieron en contacto conmigo; yo suponía que se encontraba en Solis Lacus.

—Habría hecho usted un largo viaje, si lo hubiese buscado allí. Nada menos que al otro lado de Marte —comentó el Jefe—. ¿Qué propósito tenía usted para localizar el Colegio?

—No sé qué tuviera ningún propósito específico —replicó Dark con desenvoltura—. Colegí por lo que me dijeron los marcianos que aquí podría hallar a gente que coincidiera con mi idea de oponer resistencia al edicto del Gobierno que prohíbe buscar la autosuficiencia de Marte, y esto me fue confirmado poco más o menos por esos dos hombres suyos que se pusieron en contacto conmigo en Solis Lacus.

—Ya me ocuparé de que en lo sucesivo no se muestren tan francos mientras no estén completamente seguros de una persona —dijo el Jefe en tono sombrío.

Miró inquisitivamente a Fancher y éste le hizo una ligera señal de asentimiento.

—Por lo demás, es verdad lo que usted dice. Pero el Fénix sigue más bien el camino que usted recomendaba para la autosuficiencia mejor que el que busca Chivo Hennessey.

—Eso es un error —replicó Dark con viveza—. Chivo y los otros científicos estaban siguiendo una línea que ofrecía posibilidades valiosas en la investigación genética. El único motivo de que el resto de nosotros eligiera intentar las facultades extrasensoriales, especialmente la telequinesis, fue que no estábamos preparados para contribuir a la investigación genética y este Otro nos pareció un campo en el que teníamos la esperanza de coadyuvar por otra línea alternativa. El esfuerzo debería realizarse a lo largo de ambas líneas.

—El Gobierno se las arregló para apresar a todos los científicos en la época en que usted desapareció, y se supuso que también a usted lo habían capturado —dijo el Jefe—. En el Fénix no tenemos científicos capaces de realizar el tipo de investigación al que se dedica Chivo Hennessey.

—¿Dice usted que está en la Ciudad de Marte? Estoy pensando si no me convendría ponerme en contacto con él.

—Ya le he dicho que fue él quien delató todo el asunto al Gobierno y ha estado trabajando bajo la supervisión del Gobierno los últimos veinticinco años. Yo no confiaría en él.

El Jefe escrutó el enérgico rostro de Dark con pensativos ojos verdes. Luego, añadió:

—A decir verdad, hemos realizado ciertos progresos siguiendo la línea de investigación que usted inició. Como probablemente habrá muchas cosas que usted haya descubierto en este tipo de trabajo y que nosotros todavía no hemos conseguido, podríamos utilizar su ayuda para fomentar eso, si a usted le interesa.

—Muchísimo —contestó Dark—. Me interesa ver qué han logrado ustedes y me gustaría ayudar en todo lo que pueda.

—Queda aún una cosa —dijo el Jefe, midiendo sus palabras—. He mantenido esta organización bien unida, a pesar de algunos graves reveses, durante más de quince años. La razón de haberlo conseguido consiste en que espero y exijo una obediencia absoluta a mis órdenes.

Dark sonrió.

—Ya le he dicho que me gustaría ayudarle —replicó suavemente—. Pero no sigo las órdenes de ningún hombre.

Los ojos verdes se fijaron sin pestañear un largo rato en los ojos de un azul pálido. Los ojos azules no parpadearon.

Por último, para profundo asombro de Fancher, el Jefe inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

V

Maya Cara Nome miró desde su habitación amueblada, a través de las entornadas celosías, al edificio que estaba al otro lado de la calle.

Un colegio de barberos. El edificio que se alzaba en el número 49 de la avenida Sage, en la Ciudad de Marte, era un colegio de barberos.

Eso la sorprendió. Ella no sabía exactamente qué era lo que había esperado encontrar: quizás un hospital o incluso un jardín de infancia. Pero, ¡una academia de barberos!

Sin embargo, la fuente de información que le había comunicado que el número 49 de la avenida Sage era la dirección que ella buscaba, le merecía entera confianza. Había logrado el informe después de mucho tiempo y tras seguir caminos muy enrevesados, y estaba segura de que podía confiar en su veracidad.

«Academia de Barberos Childress» se leía en el bien dibujado letrero que colgaba encima de la puerta principal. La patrona de Maya, la carirredonda señora Chan, le había indicado quién era Oxvane Childress un día que éste salía del edificio: un hombre corpulento, de respetable estómago y de espesa barba castaña en la que, incluso vista a aquella distancia, se notaba que había muchas hebras de plata.

De lo más inocente que sea posible imaginar, Childress entraba y salía, los estudiantes entraban y salían también. Con todo, aquélla era la dirección que le habían dado.

Maya tenía que conseguir entrar en el edificio. No podría enterarse de nada vigilándolo desde fuera. Se había establecido aquí como una turista de la Tierra; por otra parte, la posición y las actividades de las mujeres estaban prescritas rígidamente por las convenciones coloniales marcianas, y en Marte las mujeres no estudiaban para barbero.

Tendría que pedir ayuda. Al pronto, pensó en Nuwell e inmediatamente rechazó la idea.

—«Maya, no veo por qué has de insistir en tu empeño de querer trabajar sola —se había quejado él—. Puedo poner en movimiento toda la maquinaria del Gobierno para ayudarte en cualquier momento que lo necesites.

»—No puedo aceptar, sobre todo porque tú eres muy conocido y tus actividades están siendo observadas —había contestado ella—. Toda la maquinaria de tu Gobierno no ha servido para localizar todavía el cuartel general de los rebeldes, y es lógico suponer que los rebeldes tienen una red de información» muy eficaz. Mi misión consiste en localizar esos cuarteles generales y si me vieran con mucha frecuencia contigo o tratara de utilizar la

maquinaria de tu Gobierno, me identificarían en seguida.»

Se apartó de la ventana, llenó un diminuto lavabo con el agua tan escasa en Marte, se quitó la bata y se frotó el pequeño y perfecto cuerpo. Se puso la ajustada túnica, los calzones y unas faldas cortas, se colocó los calcetines altos hasta las rodillas y se anudó los zapatos marcianos de paseo. Empleó algún tiempo arreglándose el cabello y la cara.

Luego, salió de la habitación y de la casa y empezó a caminar hacia el norte de la ciudad. El trayecto era de cerca de un kilómetro, a lo largo de aceras bordeadas por cúbicas casas funcionales y delgadas franjas de hierba terrestre y arbolitos. Por encima de la ciudad, la cúpula tomaba un color opalino con el sol matinal.

Las casitas iban dejando sitio a edificios comerciales más amplios, cúbicos también, y el césped se reducía y terminaba por desaparecer. Más lejos, los edificios eran todavía mayores y las calles más amplias y concurridas; pero ella no se encaminaba al corazón de la Ciudad de Marte.

Entró en un inmueble dedicado a oficinas y estudió en el vestíbulo la lista de inquilinos. En la lista halló: «Charlworth Scion, abogado procurador, habitación 207».

No había ascensor. Maya subió las escaleras y caminó por un pasillo hasta encontrar una puerta que no tenía más indicación que el número. Hizo girar el picaporte y entró.

La pequeña oficina que hacía de antesala se hallaba desocupada. Tenía alfombras y mesas, con dos altos sillones adosados a una pared, para uso de los clientes. A través de una puerta entornada, pudo ver parte de la oficina interior, recoleta y cargada de papeles y libros.

Se quedó en pie, vacilando. La puerta exterior produjo tras ella un leve chasquido al cerrarse. Al oír el ruido, un hombre de cabellos grises, con gafas, de aspecto preocupado y hombros hundidos, salió de la oficina interior.

—¡Oh! —dijo—. Lo siento, mi secretaria se ha ido hoy a almorzar un poco más temprano que de costumbre. ¿En qué puedo servirla, señorita?

—Estoy buscando al señor Scion —respondió ella.

—Yo soy Chalrworth Scion.

—La Tierra oscurece al Sol —dijo Maya.

Los ojos de Scion se preocuparon de pronto tras las gafas.

—Bueno, bueno —murmuró—. Haga el favor de pasar.

Entraron en la recoleta oficina interior y Scion cerró la puerta con llave.

—Usted es... —dijo Scion tras su mesa mientras sus pálidas manos jugueteaban sin motivo con unos papeles.

—Maya Cara Nome —dijo ella.

Scion buscó un papel y lo compulsó. Por lo visto, encontró allí el nombre de la mujer.

—Me sorprende verla a usted aquí —confesó—. Nuestros informes eran que usted trabajaría enteramente sola.

—Es lo que hago —replicó Maya—. O lo que hacía. Se me dijo que no

me pusiera en contacto con usted a menos que me viera obligada a hacerlo, señor Scion, pero el caso es que voy a necesitar cierta ayuda.

Scion inclinó la cabeza, pero no dijo nada. Ella continuó:

—Como usted puede o no puede saber, mi misión específica es localizar el centro nervioso de la actividad rebelde —dijo Maya—. Parece que los rebeldes tienen una red de información tan eficaz como la del Gobierno y se pensó que una turista llegada de la Tierra podría tener éxito donde cualquier actividad insólita de agentes locales produciría sospechas.

—Es cierto —concedió Scion—. Dudo de que realmente conozcan a ciencia cierta la identidad de algo más que un puñado de nuestros agentes, pero a veces pienso que tienen un fichero de todas las personas residentes en Marte. Hemos de tener mucho cuidado de que los movimientos de nuestros agentes sean los adecuados a sus supuestas ocupaciones.

—He recibido un soplo digno de confianza en el sentido de que el centro nervioso de los rebeldes está situado en la Academia de Barberos Childress de esta ciudad —explicó ella—. No puedo descubrir nada a menos de entrar en el edificio durante algún tiempo. Como mujer que soy, no estaría bien visto que me empeñara en aprender ese oficio.

—No —admitió Scion—. Comprendo su problema.

Se volvió hacia un fichero, lo abrió empleando una llave diminuta y se puso a buscar entre las fichas mientras silbaba desatinadamente. Luego, eligió un cartapacio, lo sacó y se puso a examinarlo.

—Si eso es verdad, desde luego lo tienen muy bien disimulado —dijo—. No hay la menor nota de sospecha contra la Academia de Barberos Childress. Pero hay una posibilidad de que pueda usted entrar allí. La Academia de Barberos tiene, entre otros empleos, el de secretaria, siempre una mujer. Ahora bien, si usted puede asumir, su puesto...

Maya sonrió.

—Lo mismo podría solicitar ser estudiante de barbero —dijo—. ¿Propone usted quitar de su ambiente a un miembro de confianza de ese grupo y reemplazarlo con una completa desconocida?

—No sabemos que la secretaria actual sea una rebelde —contestó Scion —. Si no lo es, podemos encandilarla ofreciéndole otro empleo con un sueldo mucho mejor. Si lo es y no podemos atraérnosla, bueno, hay otros medios. La agencia de colocaciones de la Ciudad de Marte está regida por uno de nuestros agentes, y usted será la única secretaria disponible cuando la academia de barberos solicite una mujer para ocupar la vacante.

«Créame, señorita Cara Nome, siendo tan fácil como es para una mujer casarse en Marte, es difícil encontrar mujeres que hagan trabajos de oficina. No parecerá extraño en absoluto que sea usted la única disponible.

—Lo malo es que en la vecindad se sabe que soy una turista de la Tierra —objetó Maya.

—Bueno —dijo Scion—, las cosas han resultado aquí más caras de lo que usted tenía supuesto que eran en Marte. Se ha quedado corta de dinero. Tiene

que trabajar cierto tiempo para costearse sus gastos aquí mientras zarpa la próxima nave para la Tierra,

—Pero, ¿y mi cuenta en el Banco?

—Desaparecerá sin dejar rastro en los registros —replicó Scion con una sonrisa—. El Banco es una institución del Gobierno.

—Muy bien —dijo Maya, recogiendo su bolso de la mesa—. Comuníqueme cuándo debo presentar la solicitud.

—Ya no volverá usted a tener noticias mías —dijo Scion, meneando la cabeza—. La agencia de colocaciones le dirá que se presente en la Academia de Barberos para una entrevista con el administrador.

Maya sólo sabía de Scion que era su contacto de emergencia en Marte. No sabía qué posición era la que él ocupaba en aquella red subterránea de agentes terrestres, red que en su mayor parte era desconocida incluso para Nuwell Eli, el fiscal del Gobierno. Pero, cualquiera que fuese su posición, lo cierto era que hacía las cosas a toda prisa.

Dos semanas después, Maya estaba ya mecanografiando impresos, actas de exámenes y órdenes de suministro en la Academia de Barberos Childress, bromeando y coqueteando con estudiantes de barbero entre clase y clase y ponderando ingenuamente a su aparente patrón, el flemático Oxvane Childress, la suerte tan grandísima que había sido para ella el poder encontrar un empleo en frente mismo de donde se alojaba.

—El trabajo es fácil —había rezongado Childress, explicándole cuáles serían sus tareas—. En cualquier momento que quiera usted tomar un café con cualquiera de los jóvenes o ir al centro de compras, hágalo, con tal de que el trabajo quede terminado. Únicamente hay una cosa: tiene usted que quedarse siempre aquí, en la parte delantera del edificio, y no entrar nunca en la parte de atrás, donde se dan las clases. Los profesores se muestran muy severos en este aspecto y ésa es una regla que yo no podría permitir que fuese violada.

Aquella significativa prohibición terminó de convencer a Maya de que seguía la pista cierta. Pero necesitaba moverse con toda precaución si no quería despertar inmediatas sospechas. Así pues, durante un mes, se atuvo estrictamente a su papel, manteniendo los ojos bien abiertos.

Si era una operación rebelde, estaba enmascarada casi a la perfección. Childress desempeñaba las funciones de administrador de una academia de barberos y nada más. Los estudiantes, unos cincuenta, entraban y salían a las horas regulares de clase, y ella llegó a conocer casualmente a muchos de ellos. La media docena de profesores, a los que también llegó a conocer, eran menos regulares en sus movimientos, pero no pudo notarles nada sospechoso.

«Cortamos los cabellos de Marte», era la divisa de la escuela, y Maya se enteró de que se trataba de la mayor de las dos únicas academias de barberos que había en el planeta. Aparentemente, surtía en realidad de barberos graduados a todas las ciudades cúpulas. Admitía a parroquianos para que los estudiantes pudiesen practicar, y, aunque muchos de ellos eran desconocidos, algunos de los clientes eran personas prominentes de la Ciudad de Marte y

ella los conocía de vista.

En eso no cabía duda alguna: en parte al menos, era un legítimo colegio de barberos cualesquiera que fuesen las actividades que pudiera enmascarar. El único detalle un poco raro que se mostraba en la superficie era el de que la academia desplegaba una severidad extrema en la selección de estudiantes que solicitaban ser examinados para realizar los cursos de barbería. Maya extrajo esa conclusión por los trámites que se hacían seguir a las solicitudes.

Si quería descubrir algo concreto, tendría que penetrar en la prohibida parte trasera del edificio. Pero indudablemente allí se daban clases auténticas, además de desarrollarse las actividades que ella sospechaba, y, si la sorprendían husmeando por las aulas, la despedirían inmediatamente por violación de las reglas, y se quedaría sin descubrir lo que andaba buscando. Tenía que acertar a la primera.

Controlando el tiempo y vigilando constantemente, llegó a aprender, casi de una manera intuitiva, por los movimientos de los estudiantes, de los parroquianos y de los profesores, que las aulas en las que se enseñaba efectivamente el arte barberil estaban todas concentradas en la parte del edificio que daba a poniente. Si había actividades más siniestras, tenían que desarrollarse al lado opuesto. Habiendo llegado a esta conclusión, formó sus planes sobre la manera de actuar en lo sucesivo.

Casi a finales de su primer mes de trabajo, eligió el momento un día en que Childress había bajado a la ciudad dejándola a ella sola en la oficina. Las clases de la tarde estaban en su apogeo.

Después de coger un complicado impreso como excusa, Maya caminó rápidamente por el pasillo que se extendía al otro lado de la parte delantera del edificio. Quedamente y con gran cuidado, empujó la puerta que había al final del corredor y, a decir verdad, se quedó un poco sorprendida al ver que no estaba cerrada con llave.

Se vio en otro corredor que se dirigía en línea recta a la parte trasera del edificio.

Vaciló. Había puertas espaciadas a todo lo largo de aquel pasillo, tanto en la pared de la izquierda como en la de la derecha. ¿Se atrevería a abrir una confiando en que el cuarto que estuviese tras la puerta se hallara desocupado?

Entonces vio que una puerta, un poco más adelante, estaba entornada. Sin hacer ruido, se acercó al aula, no del todo, pero sí lo bastante para poder ver una amplia zona de la habitación que había detrás.

Había allí gente. En la parte que pudo ver, había sentados seis estudiantes, y uno de los profesores estaba en pie entre ellos. Afortunadamente, todos estaban vueltos de espalda.

Fuera lo que fuese lo que estaban estudiando, desde luego no se trataba del arte barberil. De vez en cuando había un murmullo de voces, pero ella no podía distinguir las palabras.

Luego, vio. Sobre la mesa que estaba al frente de la habitación, ante los estudiantes, había una gran bacía de barbero.

Mientras ella miraba, la bacía se levantó lentamente de la mesa y se movió hacia arriba varios centímetros. No había nadie cerca de la bacía, pero flotaba allí, temblorosa y tambaleándose un poco, en el aire. Luego, de aquella bacía, lentamente, el agua empezó a elevarse en un extraño surtidor, se separó por completo de la bacía y quedó colgada sobre ella en el aire, asumiendo gradualmente la forma de un globo.

Telequinesis. Aquello era una clase de telequinesis. Los estudiantes estaban concentrándose sobre la bacía y el agua, a las que elevaban en el aire mediante el poder de sus mentes.

Desde luego, éste era el corazón del movimiento rebelde. Había encontrado lo que buscaba.

—¿No está usted donde no debiera, señorita?
—preguntó tras ella una tranquila voz masculina.

Sorprendida y aterrorizada, dio media vuelta. Un hombre alto y guapo y de cabellos negros, al que ella nunca había visto antes, estaba allí en pie observándola críticamente. Sus pálidos ojos parecían mirar a través de ella más allá.

Maya se esforzó en adoptar una actitud desenvuelta.
—No creo haberlo visto a usted nunca —dijo—.
¿Es usted uno de los profesores?

—Soy Dark Kensington, uno de los inspectores —replicó—. Y usted es la señorita Cara Nome, la secretaria, que no debería estar aquí.

¿Había notado él que ella había visto la práctica de telequinesis? Maya dirigió una mirada de soslayo al aula. La bacía estaba ahora plácidamente reposando sobre la mesa y llena de agua.

—Acaba de llegar este pedido y he creído que se trataba de algo muy urgente —dijo ella mostrándole el impreso adecuado—. El señor Childress no estaba y pensé que lo mejor sería buscar a uno de los profesores para saber si hay que cumplimentarlo inmediatamente o se puede esperar un poco.

Dark cogió el papel y le echó una ojeada.

—No creo que la urgencia sea tanta como usted piensa —dijo concisamente—. Sin embargo, el señor Childress está más capacitado para juzgar eso. Comprenderá usted que tengo que darle a él cuenta de esta infracción de las reglas.

De pronto, Maya se sintió abrumada por una sensación profundamente terrorífica. Le pareció que aquellos ojos de un azul pálido estaban mirándole la mente, escrutando, tratando de averiguar sus pensamientos y sus verdaderas intenciones.

Instintivamente, sin saber cómo lo hizo, veló sus pensamientos con una barrera psíquica. E instintivamente también, notó que él chocaba con aquella barrera y no podía atravesarla.

¿Telepatía? ¿Por qué no, si estaban experimentando la telequinesis con éxito?

—Lo siento —murmuró apresuradamente, y pasó muy rápida junto a él.

Él no trató de retenerla.

Maya regresó a la oficina. Se dio prisa, pero después de haber recorrido precipitadamente el primer pasillo y luego el otro, descubrió que sus pasos iban retrasándose involuntariamente. Una fuerza poderosa parecía estar reteniéndola, intentando hacerla volver.

Asustada, pero llena de curiosidad, trató de analizar esa fuerza al mismo tiempo que luchaba contra ella. No podía estar segura; era algo perturbador, de todas formas, pero no podía estar segura de sí se trataba de una cosa telepática o meramente de la fuerza magnética de la poderosa personalidad masculina de aquel hombre lo que tiraba de ella.

En un estado de desconcierto mental, llegó a la oficina. Childress no había vuelto aún.

¿Debería aguardarlo?

Luego, tan repentinamente como había percibido el intento telepático de Dark Kensington, percibió otra cosa más. En alguna parte de la zona trasera del edificio, él estaba hablando con otro hombre a quien ella no había visto antes, y diez minutos después Dark Kensington estaría en esta oficina. La perspectiva que ella tenía que afrontar era mucho más seria que una mera disculpa por haber infringido las reglas de la casa.

Tenía que ponerse en contacto con Nuwell inmediatamente. Comprendió que, si lograba salir de aquel edificio y cruzar la calle hasta llegar a su alojamiento, estaría a salvo por algún tiempo. Desde allí podría telefonear a Nuwell.

Cogió su bolso y se apresuró a salir de la oficina.

VI

Los tres hombres que estaban en pie junto a una mesa en el vestíbulo posterior de la Academia de Barberos Childress y que vigilaban la partida de los hombres a intervalos regularmente espaciados eran tan diferentes en aspecto como lo eran en las posiciones que ocupaban en la Orden del Fénix.

Oxvane Childress, corpulento y barbudo, era la «fachada», y se encargaba de la muy necesaria tarea de administrar la Academia de Barberos Childress como genuina escuela de barbería. Childress era miembro prominente de dos de los mejores clubs cívicos y sociales de la Ciudad de Marte, y un cuidadoso examen de sus actividades en un período de largos años no habría arrojado sobre él sospecha alguna.

El Jefe, cuyo nombre verdadero tal vez conocía Childress pero sin pronunciarlo nunca, era un hombrecito de enorme cabeza que dirigía las muy complejas actividades de la Orden del Fénix como organización rebelde clandestina. Nunca salía del edificio, pero le eran traídos informes de todo Marte. En cualquier momento sabía muchísimas cosas sobre lo que el Gobierno y la Corpmar estaban haciendo, y daba las órdenes precisas destinadas a mantener el secreto de los movimientos del Fénix.

Dark Kensington, alto y de pálidos ojos, se había colocado inmediatamente en el cargo natural de dirigir la tarea experimental de la organización en todo lo referente a percepción extrasensorial y telequinesis. Pudo añadir sus conocimientos de anteriores trabajos al progreso que se había realizado desde su desaparición y coordinaba los estudios en las distintas ciudades cúpulas.

Un poco detrás de los tres, estaba en pie Fancher Laddigan, haciendo el efectivo cotejo con un lápiz sobre una lista que tenía en la mano.

—Yo creo que todo esto es completamente innecesario —farfulló Childress con tono de desconsuelo—. Vigilé cuidadosamente a la muchacha mientras estuvo aquí y se hicieron las investigaciones usuales en su pasado. Es cierto que tuvo algunos contactos sociales con Nuwell Eli recién llegada a Marte, pero no parece haber nada siniestro en esa amistad, y, además, sería la última cosa que un agente de la Corpmar haría abiertamente. En mi opinión, ella se dio cuenta de que había quebrantado una regla y que la despediríamos por eso y ha preferido marcharse antes de ser despedida.

—No ha regresado a su alojamiento —comentó el Jefe con su voz tenue y atiplada.

—Tal vez está buscando otro empleo o haciendo un viaje —dijo Childress —. Después de todo, es una turista terrestre. Si no se trata más que de una

falsa alarma, ¿cómo voy a explicar la suspensión de actividades de la academia durante un cierto período?

—Reformas —indicó el Jefe—. Prepare los detalles y ponga una señal tan pronto como la evacuación esté lo suficientemente avanzada.

—Puede que sea innecesario, Oxvane —dijo Dark—, pero es mejor no correr riesgos. Esto de la telepatía es una cosa muy insegura y algunas veces es difícil diferenciar la auténtica comunicación telepática de las propias esperanzas o miedos de uno. Pero me pareció que tuve la sensación muy ciara de que la señorita Cara Nome estaba buscando algo con intenciones hostiles, y es enteramente posible que viese parte de uno de los experimentos a través de la puerta entornada.

Aparecieron dos estudiantes, dieron sus nombres a Fancher en voz baja y se escabulleron por la puerta trasera del edificio.

—¿Cómo está la situación ahora? —preguntó el Jefe.

—Estos eran el diecinueve y el veinte —contestó Fancher con precisión —. Forman parte del grupo C, que va a Hespiridum. El grupo A va a Regina, el grupo B a Charax, el grupo D a Nuba y el grupo E a Ismenius.

—¿No va nadie a Solis? —preguntó Childress, sorprendido.

—No, señor, ni tampoco a Fenicis —respondió Fancher—. Ambos lugares están muy lejos y Solis es un balneario donde podrían ser localizados con más facilidad. Estamos utilizando tanto los transportes públicos como coches de superficie particulares. Hasta ahora, todos ellos han podido informar, por conducto de la floristería, que se encuentran a salvo, excepto estos dos últimos que han salido, lo que demuestra que el Gobierno no ha mandado rodear aún el edificio.

—Ni creo que lo mande nunca —gruñó Childress—. Os digo que todo esto es innecesario.

—¿Están arregladas todas las cosas aquí dentro? —preguntó el Jefe.

—Sí, señor —replicó Fancher—. Los últimos cinco hombres que han de marchar están cuidándose de los parroquianos que puedan llegar, y los demás están empaquetando las cosas en los baúles. Tan pronto como me llegan noticias de la floristería de que la última pareja ha podido salir sin incidentes, transmito a otra pareja la orden de marcha.

—Todo parece ir saliendo bastante bien —dijo el Jefe, y volvió sus verdes ojos hacia Childress—. ¿Está atendida la oficina comercial?

—Pues..., pues, ahora no hay nadie allí —dijo Childress, cogido por sorpresa.

—Creo que le parecería muy raro a cualquier investigador que no estuviera usted allí tratando frenéticamente de encontrar a una nueva secretaria —dijo con calma el Jefe.

Childress se marchó lleno de confusión. El Jefe se volvió hacia Dark.

—Creo que Fancher está llevando todo esto muy bien sin mi ayuda —dijo —. ¿Sabe usted dónde está su coche de superficie para el caso de que todos tuviéramos que emprender la huida?

—Sí —contestó Dark—. ¿No vamos a ir juntos?

—No —replicó el Jefe, y sus labios se torcieron en una tenue sonrisa—. Tengo mi propio método de salida, método que les proporcionará otras cosas en qué pensar.

Se marchó, moviéndose con pasitos cortos y rápidos. Dark se quedó todavía unos momentos, luego volvió también al interior del edificio para ayudar a guardar el equipaje.

La floristería «Tierra Baja», al otro lado de la Ciudad de Marte, cerca de la cámara de descompresión de Poniente, era el punto de control para los evacuados. La tienda estaba dirigida por un agente del Fénix y cada pareja que salía de la escuela de barberos pasaba por allí antes de abandonar la ciudad e informaban a los que venían detrás que no habían sido molestados por hombres del Gobierno. Otros agentes del Fénix vigilaban el helipuerto y la estación de autobuses, buscando la menor prueba que demostrará que el Gobierno estaba tratando de bloquear las rutas de salida de la Ciudad de Marte.

La evacuación proseguía a buen ritmo y empezaba a parecer que Childress tenía razón. Sólo que se habían puesto en movimiento ya los dos primeros de los cinco camiones destinados a trasladar la impedimenta, y todos los instructores especiales y treinta y dos de los estudiantes habían informado en el sentido de que pudieron salir sin dificultad de la floristería, cuando...

Dark estaba trasladando un montón de diagramas desde una de ¡as aulas al sótano cuando campanas y timbres levantaron en todo el edificio un terrible estruendo. Inmediatamente, la serena evacuación se convirtió en una barahúnda, con hombres que corrían y gritaban mientras los timbres sonaban incesantemente.

Dark supuso lo que había sucedido. Childress, en la oficina delantera, había visto que se acercaban agentes del Gobierno o tal vez incluso que entraban ya en el edificio. Había apretado el botón de alarma y luego trataba de detenerlos con la justa indignación adecuada al administrador principal de una escuela de barberos invadida por funcionarios del Gobierno.

Los timbres cesaron de pronto en su repiqueteo, y el desperdigado griterío sonó extraño y tenue en el relativo silencio. Luego, la voz cantarina del Jefe llegó a los altavoces distribuidos en todo el edificio.

—¡Atención! —dijo el Jefe—. Por el momento, estamos a salvo. La alarma ha sellado automáticamente todas las puertas de acceso al edificio tras el pasillo central.

«Kensington, haga el favor de venir a mi despacho. El resto de ustedes debe ocuparse de maniatar a los parroquianos que estén todavía en el interior, dejarlos atados, sin hacerles daño, y luego abandonar el edificio por las salidas de emergencia. Dispérsense y, por los medios privados de transporte que puedan encontrar, diríjanse al lugar de cita asignado a cada grupo. No utilicen los transportes públicos, porque la Corpmar indudablemente estará ahora inspeccionando esos transportes.

Dark depositó los diagramas en la escalera y se dirigió a la oficina del Jefe. Éste estaba sentado, todo diminuto tras su enorme mesa, con el rostro tan sereno como siempre. Estaba chupando con desenvoltura uno de sus largos puros Hadricum.

Dark se echó a reír.

—¿No tiene usted por casualidad otro de esos cigarros? —preguntó.

Por primera vez desde que estaba aquí, Dark vio que la boca del Jefe se rompía en una ancha y llena sonrisa.

—Creo que sí —dijo el Jefe con un tono de delicia que le bullía en la voz.

Abrió un cajón y sacó un cigarro. Dark lo aceptó gravemente y lo encendió.

—Los dos últimos evacuados no han aparecido por la floristería y ya están más que retrasados —dijo el Jefe, poniéndosele la cara seria—. Childress tampoco ha vuelto a informar por teléfono, por lo que hay que suponer que la pandilla de Corpmar probablemente había entrado ya en el edificio antes de que él se diera cuenta y pulsara el botón de alarma.

—¿Qué hay de Childress? —preguntó Dark—. ¿Qué le pasará?

—Se hará el tonto —contestó el Jefe—. Fundará su defensa en que, si aquí había actividades del Fénix, él no tenía la menor idea. Estaba administrando una escuela de barberos con la mayor buena fe. No creo que puedan probarle lo contrario.

—¿Tenemos alguna idea de cuál es nuestra situación? —preguntó Dark.

—Una idea muy exacta. Tenemos observadores apostados en las dos casas que se encuentran al final de nuestras salidas de emergencia, y han estado informando a Fancher, que se encuentra en la habitación contigua, por teléfono. Hay una fuerza de unos cien policías de la Ciudad de Marte y agentes de paisano en todas las calles que rodean al edificio. Los nuestros vieron que una escuadra penetraba en la parte delantera, pero, evidentemente, no les tiempo para avisar a Childress con anticipación.

—¿Resistirán las puertas?

La boca del Jefe se contrajo.

—Necesitarán un equipo de demolición para derribarlas —dijo—. Todos los que han venido tienen pistolas caloríficas y gas lacrimógeno. Uno de los observadores situados en la parte baja de la ciudad dice que ha visto un carro de combate que se encamina hacia aquí, pero si no saben ya que dentro hay parroquianos inocentes, Childress se lo hará saber.

—Entonces, ¿todo el mundo va a escabullirse manos Childress?

—Eso es lo que esperamos. No dejarán de fijarse en las casas que nos rodean, especialmente cuando vean que hay gente que sale de ellas y que se aleja. Por eso quiero recalcarle a usted la importancia de una cosa, Kensington: es usted tan valioso para nosotros, que no podemos permitirnos el riesgo de perderlo en esta coyuntura, con todo lo que usted sabe del trabajo realizado desde un principio. La casa que está al final de su salida contendrá poco más o menos a una docena de nuestros hombres, que esperan

escabullirse uno a uno, pero usted no tiene tiempo para preocuparse de ellos. Quiero que coja usted solo el coche de superficie que tiene allí preparado y emprenda la marcha tan rápido como Fobos al despuntar.

—¿Va usted a utilizar la otra salida de emergencia?

—Eso no es cuenta suya. Pero, a decir verdad, no. Si quiere usted ver algo que consternará a los hombres de la Corpmar, observe el tejado de este edificio. Y ahora, en marcha, Kensington. Buena suerte. Fancher y yo nos marcharemos tan pronto como termine de recoger todos los documentos.

El Jefe alargó su diminuta mano y Dark se la estrechó. Luego, Dark salió, bajó al sótano y penetró por una puerta subterránea que había en la parecí que daba al este. Tuvo que arrastrarse por el túnel abierto en la arena que había bajo la calle.

Casi la mitad del personal de la escuela de barberos que no había sido sorprendido por la alarma vagaba por las habitaciones de la casita, escabulléndose uno a uno por la puerta trasera con diez minutos de intervalo.

Dark se acercó a una ventana de la fachada y miró al otro lado de la calle a la Academia de Barberos.

La calle estaba llena de hombres que empuñaban pistolas caloríficas y que se movían incansablemente de cara al colegio de barberos. Algunos llevaban puesto el uniforme de la Policía. Las escuadras se movían en torno al terreno de la escuela, y unas cuantas estaban apostadas en los patios de las casas de este otro lado de la calle.

Dark miró al tejado.

En el mismo momento en que lo hizo, vio que desde el centro del tejado un helicóptero ascendía en el aire, planeaba sobre el edificio y seguía elevándose lentamente.

De manera que este era el método de escape del Jefe. ¡Había entrado de contrabando, pieza a pieza, nada menos que un helicóptero en la ciudad cúpula. ¿Pero cómo iba a salir de la ciudad con ese aparato?

La aparición del helicóptero causó una confusa excitación en los hombres que estaban afuera. Se echaron a correr, enfilando fútilmente sus armas caloríficas de corto alcance contra el helicóptero cada vez más alto.

Un carro de combate del Ejército, indudablemente aquel del que le habían hablado al Jefe, apareció en una de las esquinas. Se detuvo y sus cañones se movieron apuntando al helicóptero. Pero permanecieron silenciosos. Los pesados rayos caloríficos o la artillería podían agujerear la cúpula protectora de la ciudad.

El helicóptero ascendía rápidamente, ganando velocidad. Más y más arriba, y más arriba aún, y sin pararse.

Chocó con la cúpula de plástico cerca del cenit minino de ésta. Se tambaleó y cabeceó. Atravesó la cúpula y desapareció.

Inmediatamente, las sirenas empezaron a aullar en toda la ciudad. Por todas partes, se oía el ruido de los cierres automáticos de las puertas. Luces y señales de alarma flameaban en todas las esquinas, advirtiendo a los

ciudadanos que debían correr al refugio más próximo dotados todos ellos de una instalación de aire a presión normal.

¡La cúpula estaba agujereada!

En cuestión de minutos, equipos de emergencia subirían a reparar la brecha y sería poco el aire de la ciudad que consiguiera escaparse. Pero mientras tanto, toda actividad en la Ciudad de Marte quedaba paralizada por la necesidad de buscar refugio. En verdad, el Jefe había creado una situación de pánico en la que sería más fácil para los hombres del Fénix eludir a sus enemigos.

Los hombres armados de las fuerzas del Gobierno estaban ya registrando las casas de esta zona. Algunos de ellos se dirigían al edificio desde el que Dark estaba observando.

Los hombres del Fénix se estaban poniendo trajes marcianos. Esperarían a que la policía corriese en busca de los refugios y entonces ellos saldrían de la casa con sus trajes marcianos.

Dark sonrió satisfecho y atravesó rápidamente la casa hasta llegar al garaje contiguo a la misma. Saltó al coche de superficie, puso en marcha el motor y abrió la puerta del garaje mediante el mecanismo de control remoto que había en el tablero de mandos.

Acelerando, a toda marcha, Dark sacó el coche del garaje y se precipitó a la calle. Los hombres que trataban de penetrar en las casas no le prestaron mucha atención. El carro de combate empezó a girar pesadamente en dirección a su vehículo, pero cuando ya estaba casi en posición de poderle disparar con los cañones, el coche de superficie de Dark había alcanzado la esquina, la doblaba y corría velozmente por la ancha avenida que llevaba a la cámara de descompresión del este de la Ciudad de Marte.

La cámara de descompresión estaba sólo a una docena de manzanas de distancia. La teoría del Jefe había sido la de que el Gobierno, contando con su movimiento de sorpresa al rodear la Academia de Barberos Childress, no intentaría la complicada tarea de controlar todo el tráfico de pasajeros por la cámara de descompresión hasta que se diese cuenta de que algunos de los hombres del Fénix habían escapado de la trampa tendida en el colegio.

Dark llegó a la cámara de descompresión en pocos minutos. La teoría del Jefe resultó ser correcta. No había policía alguno en la cámara y el empleado encargado de su custodia si siquiera levantó la vista cuando Dark se acercó para mover la puerta interior.

Metió el coche en la cámara. La puerta interior se cerró tras él. La puerta exterior se abrió y Dark salió a la carretea que pasaba directamente por la tierra baja de Syrtis Mayor hacia el desierto Aeria y Edom. Fue así de sencillo.

A unos diecisiete kilómetros, estaba la carretera circular que rodeaba la Ciudad de Marte, y Dark se propuso utilizarla volviendo a la derecha, pues su destino era Hesperidum. La carretera que iba siguiendo le llevaría al Este, y Hesperidum estaba cerca de ocho mil kilómetros al sudoeste de la Ciudad de

Marte. Su combinación sería un poco mejor que un viaje de dos días a velocidad de coche de superficie por las rectas y planas carreteras.

Dark aumentó la marcha y colocó el selector de radio del coche en la onda que habían elegido para las emisiones de emergencia Fénix durante la operación. Si las autoridades captaban las emisiones y las interferían, había canales alternos para elegir. Como en Marte sólo existían dos docenas de emisoras de radio, más la banda oficial para aviación y para coches de superficies, había una gran abundancia de espacio libre en el aire.

En las ondas de Fénix no se captaba más que un estático ligeramente desconsolado.

La comarca que iba atravesando en aquellos momentos era una tierra baja deshabitada. En Marte, la vida humana, la agrícola, la industrial y comercial, se concentraban bajo las cúpulas de las ciudades. Excepto unas pocas diminutas cúpulas individuales al borde de la Ciudad de Marte, no había estructuras humanas cerca de ella excepto el aeropuerto y el cosmódromo, y éstos se hallaban situados al oeste y al norte de la ciudad respectivamente.

La carretera pasaba recta y solitaria por un mar débilmente rizado de poleo de canales de un verde grisáceo, salpicado de vez en cuando por los altos troncos de algún cactus de canal sobresaliendo de la masa vegetal. Más tarde vería alguna que otra granja con cúpula, pero no podía contar con más de dos o tres veintenas de dichas granjas en todo el largo recorrido a Hesperidum.

Dark aflojó la marcha y entró en la bifurcación que había de llevarlo al comienzo de la carretera de gran velocidad. Mientras hacía aquello, la radio carraspeó y la delgada voz del Jefe sonó en el altavoz del coche.

—Atención, Fénix —dijo el Jefe con tono muy tenso—. Atención, Fénix. Instrucciones de emergencia. Hemos recogido informes de que el Gobierno está controlando las cámaras de descompresión en tedas las ciudades. Repito: el Gobierno está controlando las cámaras de descompresión en todas las ciudades.

«Algunos miembros han sido apresados cuando intentaban salir de la Ciudad de Marte. Instrucciones: los que estén en la Ciudad de Marte no deben intentar marcharse, sino buscar refugio en casas de simpatizantes de Fénix. Los que estén fuera de la cúpula sin credenciales deben dirigirse a los lugares de reunión para caso de emergencia fuera de las ciudades cúpulas. Repito instrucciones: los que...

Soltando un juramento en voz baja, Dark paró el coche junto a la carretera. ¡Era una medida tan simple! Debían haber previsto que el Gobierno daría semejante paso en cuanto que cayese en la cuenta de que los hombres del Fénix estaban saliendo de la Ciudad de Marte. Evidentemente, él había conseguido salir por la cámara de descompresión por verdadera chiripa.

Lo malo es que a él no se le había asignado ningún lugar de reunión en el exterior. No sabía si se trataba o no de un olvido, pero lo cierto era que las únicas instrucciones con que contaba eran las de dirigirse a Hesperidum. El

único contacto Fénix que conocía era la tienda de antigüedades de Ausonia del Sur en Hesperidum; y ahora no podía entrar en la ciudad sin que lo capturaran.

Sólo tenía una alternativa: los marcianos del desierto de Icaria en el centro mismo del planeta. Se acordarían de él y le darían refugio. Estaba seguro de que podría localizar el lugar.

Miró el indicador de combustible. El depósito estaba lleno. No le bastaría para llegar hasta allí, pero podía arriesgarse a repostar en Solis Lacus, a unos veinte mii kilómetros de la Ciudad de Marte. Podría coger por la carretera y salir luego al desierto para dar un rodeo a Edom, Aram y Ofir.

Nuevamente puso en movimiento el coche y encontró una vuelta en forma de U en la carretera.
Entró en la Ciudad de bifurcación e iba ya por la mitad de la U cuando vio al helicóptero.

Era un helicóptero rojo y blanco del Gobierno y estaba descendiendo hacia él en un ángulo ceñidísimo que indicaba la procedencia de la Ciudad de Marte. Dark conectó la radio con el canal oficial.

«...aguarde inspección. Repito: coche de superficie en bifurcación, deténgase inmediatamente y aguarde inspección.»

Dark frenó el coche y paró. Tan pronto como el helicóptero se posara, él podría acelerar y escapar. Pero el helicóptero no se posó. Se quedó suspendido directamente encima de él. Entonces Dark comprendió que el aparato estaba aguardando la llegada de un coche patrulla desde la Ciudad de Marte que lo inspeccionaría y lo detendría si fuese necesario.

Inmediatamente, puso el coche en marcha y salió de la bifurcación a toda velocidad. Si pudiese llegar al máximo de 350 kilómetros por hora, el helicóptero se vería imposibilitado para seguirlo.

Pero el helicóptero estaba a su cola en cuanto que dobló la cerrada curva. Sus cañones dispararon.

Hubo un impacto terrorífico y la cúpula del coche de superficie se hizo añicos encima de él. Sin protección, sintió como el aire estallaba desde el coche de superficie y desde sus pulmones. La muerte por carencia de oxígeno entraba a raudales en la cúpula rota.

Todo sucedió en un instante. En el mismo momento en que la cúpula se rompía bajo el disparo del helicóptero y Dark se daba cuenta de la inminencia de la muerte, el coche se quedaba sin mando y se salía de la carretera. Sintió como daba varias vueltas de campana y luego las tinieblas se cerraron en torno a él.

VII

Maya no había visto nunca a Nuwell en un estado tal de refrenada furia.

Caminaba de arriba abajo por el comedor privado del club de Sirtis Mayor, cerca del borde occidental de la Ciudad de Marte, golpeándose una mano con un puño. Usualmente, su rostro era atractivo, juvenil y las ondas de su oscuro cabello estaban peinadas artísticamente, pero ahora estaba todo arrebolado como un niño petulante, y el rizo de cabellos le colgaba sobre la frente. Maya, la única otra persona que había en la habitación, estaba sentada tranquilamente viéndolo caminar.

—Tuvieron todo el tiempo y toda la información que necesitaron —tronó Nuwell— y, sin embargo, no kan cogido ni a uno solo siquiera de los hombres clave. La mayoría de los rebeldes se les ha escabullido con la mayor facilidad, justamente bajo sus propias narices.

Maya lo observaba con ojos críticos. Este era el hombre con el que ella había prometido casarse y, como ya le había pasado una o dos veces antes, estaba sufriendo oleadas de duda. Después de todo, sólo conocía a Nuwell Eli de los pocos meses que ella llevaba en Marte.

Se había enamorado de él por su encanto, su inteligencia, su gentileza y su buen humor, pero no le gustaba este despliegue de furia. No era una cólera controlada, sino que había en ella algo de irracional.

—Childress fue capturado —le recordó ella.

—¡Childress! ¡Un figurón! Dice que no sabía nada de las actividades rebeldes que se desarrollaban en el colegio, y es tan estúpido, que no puedo formular una acusación contra él.

Maya comprendió que ese factor, el éxito de la carrera fiscal de Nuwell, era un elemento muy importante para su prometido.

—¿Únicamente han sido apresados los doce que identifiqué? —preguntó Maya.

—Sí. Doce apresados, siete muertos, y todos ellos gentes sin importancia. Indudablemente, los jefes se escaparon en aquel helicóptero. Bloqueamos a toda prisa las cámaras de descompresión, de forma que la mayoría de los demás probablemente están aún en la ciudad, pero no tenemos la menor idea de dónde buscarlos.

—Yo puedo ayudar en esa tarea cuando vuelva de mi recorrido por las demás ciudades —dijo Maya.

—¡No quiero que continúes esa persecución, Maya! —exclamó Nuwell dando media vuelta y mirándola con feroz apasionamiento—. Dijiste que cuando localizaras el cuartel general, dimitirías y te casarías conmigo. ¡Y ahora quieres recorrer todo Marte buscando a los rebeldes!

—Nuwell, yo puedo identificar a casi todos los que estaban en la

Academia de Barberos —replicó Maya—. Han atrapado a algunos hombres en las cámaras de descompresión y a otros en las carreteras que llevan a diversas ciudades, y ni siquiera la ley marciana te permitiría desterrar a esa gente trayéndolos aquí a la Ciudad de Marte sólo por sospechas. No los pueden enviar aquí para que yo los identifique; he de ser yo quien vaya allá.

—Podemos amañar algunas acusaciones para conseguir la extradición de esos tipos y su envío a la Ciudad de Marte —contestó Nuwell irritadamente —. No quiero que vayas, Maya. Quiero que te quedes aquí y te cases conmigo inmediatamente.

—¿No estás mostrándote un poco dictatorial, Nuwell? —sugirió ella fríamente.

La advertencia envuelta en aquel distanciamiento de la mujer pareció causar una reacción opuesta en Nuwell. Los furiosos ojos oscuros se suavizaron de pronto, la terca cólera del rostro se cambió al instante por una sentimental y astuta sonrisa de súplica.

—No te enfades, Maya —imploró, medio dolorido, medio burlón—. Es que te quiero tanto... Es que estoy tan impaciente por que seas mi esposa.

La volubilidad se atribuye al sexo femenino, pero Maya no podía alterar su estado de ánimo con la misma facilidad que su novio.

—Si merezco el que sea deseable casarse conmigo, merezco que se aguarde un poco, de tiempo más —dijo con un filo de acritud en la voz.

Estaba enfadada con Nuwell por portarse como un niño mal criado.

—Quiero ver terminado este asunto. Esta noche salgo para Solis Lacus en el reactor.

—¡Solis Lacus! —exclamó él, atónito—. ¡Pero, Maya, si eso está al otro extremo de Marte!

—Por eso, justamente, es más que probable que haya rebeldes allí. A pesar de las patrullas, tú sabes que no han cogido a todos los rebeldes que escaparon de la Ciudad de Marte en coche de superficie. Los que se hayan dirigido, a Solis Lacus llegarán allí en los próximos dos o tres días. Luego, continuaré el recorrido y emplearé el tiempo que sea necesario en cada una de las ciudades cúpula antes de regresar aquí.

La irritada y terca expresión se pintó de nuevo en el rostro de Nuwell.

—Maya, no quiero... —empezó a decir.

Pero en aquel momento comenzaron a llegar los invitados. Cuando el presidente del Tribunal Supremo de la Ciudad de Marte y su esposa entraron en el salón, Nuwell se interrumpió bruscamente y se volvió a saludarlos. Su rostro se aclaró en un instante, los labios se le curvaron en una sonrisa de complacencia y les dio la bienvenida con una gracia tan natural e inocente, que se habría podido creer que era incapaz de fruncir el ceño.

Por eso, a la tarde siguiente Maya estaba tendida en una tumbona colocada en el solario del Château Nectaris y se permitía el lujo de sentirse disgustada con todo el planeta Marte.

El cuerpo pequeño y perfecto de Maya guardaba una mínima modestia a

base de uno de los exiguos trajes de sol marciano. Una inmensa pamela de paja, tejida con poleo seco de ios canales, ocultaba su hermoso rostro.

Un balneario decepcionante para una mujer terrestre, este Solis Lacus de las Tierras Bajas. Nada de bañarse, ni de remar, ni de patinar. Nada de agua ni de nieve. Sólo una vasta extensión de tierra salitrosa rayada con verdoso y grisáceo poleo de canales y punteada con las cúpulas de plástico de las quintas del balneario. Nada qué hacer sino vagabundear con traje marciano o tomar el sol bajo una cúpula.

Ella había elegido el Château Nectaris porque era el mayor de los alojamientos del balneario y, por tanto, el más probable para ser elegido por hombres que tratasen de ocultarse durante algún tiempo. Se había puesto en contacto con los gerentes de todas las quintas, y todos habían convenido en que la tendrían al corriente de la llegada de nuevos huéspedes.

Por la mañana, habían llegado tres, dos en coches de superficie y uno en helicóptero. Se habían alojado en tres quintas diferentes. Ella se había personado en las tres y, con la debida circunspección, había examinado a los nuevos huéspedes, pero a ninguno lo había reconocido como procedente de la Academia de Barberos Childress.

En cierto modo, deseaba haber accedido a las importunidades de Nuwell. En la Ciudad de Marte había cosas más interesantes que hacer. Y Nuwell era encantador e inteligente y más bien deslumbrante, y ella lo cubría y quería casarse con él. Pero...

Pero ella tenía razón al querer ayudar a identificar a aquellos rebeldes que no habían sido apresados. Sólo entonces podría considerar terminada su tarea. Y quizás Nuwell había tenido razón al disentir de su idea de venir primero a Solis Lacus, tan lejos de la Ciudad de Marte. Lógicamente, ¿no sería más difícil perderse en un balneario de moda que en una ciudad de gran extensión? Pero algo dentro de ella la había empujado a venir aquí primeramente. Era una corazonada y estaba dispuesta a seguirla.

Con un suspiro, Maya se apartó del rostro y se quedó mirando fijamente, con sus exóticos ojos negros y rasgados la brillante confusión de la cúpula a varias decenas de metros por encima de su cabeza. Se sentó, rodeándose las rodillas con los brazos.

Una veintena de huéspedes estaba también allí tomando baños de sol. Al moverse ella, los solteros le clavaron los ojos francamente; los casados, de una manera furtiva, siendo reprendidos casi al momento por sus respectivas esposas.

Los ojos de ónice de Maya observaron altivamente aquel aburrimiento, se elevaron luego por encima de la barandilla más próxima y más allá del exiguo césped terrestre que sólo podía crecer bajo la cúpula. Los lejanos acantilados del desierto de la Thaumasia Felix resplandecían sombríamente, distorsionados por las paredes laterales de la cúpula.

La cámara de descompresión se abrió para admitir a un coche de superficie. Interesada, lo siguió con la vista mientras el vehículo se deslizaba

como una inmensa burbuja de cristal por la serpenteante carretera y desaparecía bajo el parapeto que estaba frente al castillo. Tal vez correo de la Ciudad de Marte o suministros. Incluso un nuevo huésped.

Hubo algo que la impresionó, ahora que el coche de superficie no se veía ya. Había pasado demasiado lejos para poder discernir los detalles claramente, pero había algo extraño en el aspecto de aquel coche, Una burbuja de cristal, pero no del todo esbelta y brillante. Más bien como una burbuja que se hubiera achatado por el choque con otra.

Maya se levantó con un propósito bien definido. Se irguió grácilmente, para delicia de los espectadores reunidos, y caminó contoneándose hacia la entrada del segundo piso del castillo, arrastrando en una mano el inmenso sombrero.

Atravesó con ligereza la galería y cruzó el vestíbulo para dirigirse a su habitación. Al dar la vuelta al recodo y pasar junto a la gran escalera, pudo ver la entrada del castillo y el mostrador del recepcionista.

El coche de superficie había traído a un huésped nuevo. Estaba firmando en el libro de inscripciones. Era un hombre alto, ancho de hombros y vestido con un traje marciano. Llevaba el casco bajo el brazo. ¿Por qué había de ponerse un traje marciano yendo en un coche de superficie?

En el momento en que ella miraba, él soltó la pluma y se volvió. Tenía el rostro oscuramente bronceado, un rostro enérgico y guapo. El cabello era negro como la medianoche; los ojos, sorprendentemente pálidos en la faz oscura.

Su mirada se alzó hasta la galería, y Maya se ocultó tras el inmenso sombrero con el tiempo justo.

¡Dark Kensington!

La inundó una oleada de triunfo. ¡Había tenido razón al venir aquí! Éste era Dark Kensington, el hombre al que ella había visto una vez, justamente antes de la incursión contra la escuela. ¡Éste era uno de los jefes!

Manteniendo el sombrero alzado como para ocultarse involuntariamente el rostro, Maya se dirigió a su habitación.

El teléfono estaba sonando cuando entró. Arrojó el sombrero sobre la cama y se puso al habla.

—Señorita Cara Nome, le habla Quelman Gren, el gerente —dijo la voz masculina en el auricular—. Me pidió usted que la tuviese al corriente de la llegada de cualquier nuevo huésped. Acaba de inscribirse uno.

—Ya lo he visto —dijo ella—. ¿Qué puede decirme de él?

—Se ha inscrito como D. Kensington, procedente de Hesperidum —contestó Gren—. Viene sólo a pasar la noche. La cúpula de su coche de superficie se le rompió en un accidente y quiere que se la cambien y que, además, le reposten el coche.

—Gracias —dijo Maya—. Ahora haga el favor de pedirme conferencia con S. Nuwell Eli, de la Ciudad de Marte.

Se había bañado y vestido para la comida cuando le dieron la conferencia.

—Nuwell —dijo después que el otro se hubo identificado al extremo de la línea—, sabía que tenía razón al venir aquí. Acaba de llegar uno de los jefes rebeldes.

—¿Estás segura? —preguntó él con excitación.

—Claro que lo estoy. Era uno de los que permanecían ocultos en la parte trasera de la Academia de Barberos, y lo vi por primera vez el día del registro. Se me presentó como inspector. Va a pasar aquí la noche.

—Entonces, tenemos tiempo suficiente. Cogeré un reactor y estaré ahí dentro de pocas horas. Dile a la Policía que lo detenga y que no lo pierda de vista hasta que yo llegue.

—Querido, no hay policía ninguna en Solis Lacus —le recordó Maya—. Esto es un balneario particular. La policía más próxima está en Ofir.

Se produjo un silencio mientras Nuwell digería la noticia.

—¿Dices que va a pasar ahí la noche? —insistió Nuwell—. Puedo estar ahí antes de medianoche con algunos hombres que se encarguen de detenerlo.

—Soy un agente con experiencia —dijo Maya—. Yo puedo tenerlo bien custodiado hasta que tú vengas.

—¡No debes hacer semejante cosa! —gritó Nuwell, alarmado—. ¡Es demasiado peligroso! Escúchame, Maya. Que ese hombre no te vea y espera hasta que yo llegue.

—Está bien, querido, haré lo que me parezca —replicó Maya calmosamente, y colgó.

Se sentó y se puso a reflexionar un ralo. Estaba vestida para cenar y su intención había sido aparecer en el comedor con el modelo algo sensacional, todo ceñido, rojo llama, que había comprado recientemente en la Ciudad de Marte. No se le apetecía la idea de ordenar que le trajesen la comida a la habitación y consumirla aquí ella sola.

Se levantó con una súbita decisión. Se caló unas gafas oscuras y se echó un velo de un rojo polvoriento sobre el obscuro cabello. Kensington sólo la había visto una vez y no podría imaginarse que estaba aquí. Si la veía ahora, no la reconocería.

Quince minutos más tarde estaba degustando en el comedor un martini extremadamente caro, cuando alzó los ojos y vio entrar a Dark Kensington, llevando un traje de etiqueta, muy ajustado y de un rojo oscuro.

Nada más pasar la puerta, se detuvo y se dedicó a inspeccionar lentamente el comedor. Sus ojos se posaron en Maya y allí hicieron alto. Luego, se encaminó derechamente hacia la mesa.

—¿Puedo sentarme con usted, señorita Cara No...me? —preguntó con una voz profunda y bien modulada y una sonrisa bastante irónica en los labios.

Se sintió como cogida en una trampa, e irracionalmente furiosa contra él por haberla reconocido.

—Me temo que se equivoca usted —dijo fríamente—. No me llamo así.

En el mismo momento, un camarero servicial apareció junto al codo de Maya y preguntó con una voz de claridad aterradora:

—¿Quiere usted que le sirva otro martini, señorita Cara Nome, o desea comer ya?

—Un error explicable, puesto que es un nombre tan corriente —dijo Dark, sentándose frente a ella.

Volvió los ojos de un azul pálido, remotos y llenos de luz, al camarero, y añadió:

—Tomará otro martini, y a mí tráigame lo mismo.

El camarero se marchó y Maya se quitó las gafas oscuras para clavar unos furiosos ojos negros en Dark.

—Podría llamar al gerente y quejarme de que me está usted molestando, ya lo sabe —dijo.

—Podría —concedió él sombríamente—. Usted parece ser una charlatana muy eficaz. ¿O va a intentar decir que no fue usted la única responsable de la incursión contra la escuela?

Maya reconoció que se tenía bien merecido lo que pasaba. El otro no iba a jugar una partida de fingimientos. Bueno, ella había intentado, por lo menos en parte, hacer lo que quería Nuwell.

Con gran deliberación, abrió el bolso, dándose cuenta de que Dark la vigilaba estrechamente, todos los músculos en tensión. Maya sacó una pitillera y un encendedor, los dejó a su lado en la mesa y notó que el otro se tranquilizaba visiblemente.

Maya extrajo un cigarrillo y se lo colocó con desenvoltura entre los labios. Cogió el encendedor y lo balanceó en la mano.

—Supongo que no está usted armado, señor Kensington —dijo.

Él se encogió de hombros y sonrió, dejando al descubierto fuertes dientes blancos.

—Me sería muy difícil con este traje —replicó—. Me alegro de que por fin se haya decidido a reconocerme.

—Yo sí lo estoy —dijo ella con crueldad—. Armada, quiero decir. Esto no es un encendedor, sino una pistola calorífica muy eficaz y mortífera. Queda usted detenido, señor Kensington. Por tanto, supongo que tendrá que cenar conmigo, le guste o no.

Y ahora, ¿le importaría portarse como un caballero y encenderme el cigarrillo, ya que este chisme no es muy a propósito para eso?

Él la miró a la cara y luego bajó los ojos hasta el encendedor, todavía sonriendo.

—Será mejor que crea usted en mi palabra —le advirtió ella—. No quiero matarlo a usted, señor Kensington, pero no vacilaría lo más mínimo. Soy agente del Gobierno terrestre.

Dark se encogió nuevamente de hombros. Sacó un encendedor y se inclinó hacia adelante para prenderle fuego al cigarrillo de la joven, sin temblar lo más mínimo.

El camarero volvió con las bebidas y con un aviso.

—Hay una conferencia para usted desde la Ciudad de Marte, señorita

Cara Nome —dijo.

Maya clavó sus miradas en Dark.

—¿Puede usted traer un teléfono a la mesa? —le preguntó al camarero.

—Desde luego, señorita —contestó el sirviente.

Salió y volvió unos instantes más tarde con un teléfono. Lo colocó ante ella y lo conectó debajo de la mesa,

Balanceando suavemente el encendedor-pistola en una mano, Maya agarró con la otra el microteléfono. Tan pronto como dijo su nombre, sus oídos fueron asaltados por la voz angustiada de Nuwell.

—¡Maya, no puedo llegar ahí esta noche! —le indicó—. No hay aquí ningún reactor y estos idiotas se niegan a traer para mi uso uno de Hesperidum o de Cynia. Tendré que ir en un coche de superficie.

Maya se quedó silenciosa y turbada. No le había parecido una hazaña demasiado grande tener cautivo a Dark con su disimulada pistola calorífica cuando se trataba de anticiparse sólo unas horas a la llegada de Nuwell. Pero ahora se sentía como un cazador que hubiese prendido a un león en una trampa para conejos.

—Maya, ¿estás ahí? —preguntó Nuwell quejumbrosamente—. Nos iremos relevando al volante y conduciremos sin descansar, pero, de todas maneras, tardaré dos días y medio en llegar ahí.

Maya hizo una inspiración profunda.

—Ven cuando puedas —dijo con voz firme—. Haré que el individuo te esté aguardando aquí cuando llegues.

—¿Que harás qué? Pero creo que me dijiste que sólo iba a pasar la noche. Maya, no vayas a hacer ninguna tontería.

—Me temo que ya la he hecho —dijo ella con cierta malevolencia—. Acabo de detenerlo ahora mismo.

El ruido al otro extremo de la línea sonó como un desmayado quejido.

—¡Pequeña loca! —chilló él—. ¡Te dije que no hicieras nada de eso! ¿Cómo vas a poder sujetar tú sola a un hombre durante dos días y pico? Llama a la Policía.

—Creo que ya te he indicado que aquí no hay Policía —le recordó pacientemente.

Hubo un largo silencio al otro extremo de la línea. Luego, Nuwell dijo con forzada tranquilidad.

—Salgo inmediatamente. ¡En nombre del Espacio, Maya, ten cuidado!

Maya colocó calmosamente el microteléfono en su horquilla y miró al otro lado de la mesa al personaje que había atrapado. Dark le sonrió son desenvoltura.

—Así pues, los refuerzos que usted estaba esperando no llegarán esta noche, después de todo —comentó blandamente.

—No es eso lo que me han dicho —replicó ella con demasiada rapidez.

—No tiene objeto tratar de engañarme, ¿verdad? —insistió él—. He deducido muchas cosas de sus propias palabras y de la expresión de su rostro

mientras escuchaba las del interlocutor, y he comprendido que la ayuda va a llegarle desde la Ciudad de Marte por coche de superficie, un viaje que acabo de realizar, por lo que sé exactamente cuándo dura. ¿Tiene usted la intención de que pasemos, estas dos noches en su habitación o en la mía?

Lo miró, silenciosa y aterrada.

—Veo que vuelve nuestro camarero —dijo Dark con ecuanimidad—. Confío en que disfrutará usted tanto de su comida como yo voy a disfrutar de la mía, señorita Cara Nome.

VIII

El camarero desconectó el teléfono y se lo llevó de la mesa.

—Ya puede servir la comida —le dijo Maya—. Y haga el favor de rogarle al señor Gren que venga aquí.

Momentos después de haberse marchado el camarero, se acercaba el gerente a la mesa. Quelman Gren era moreno y de cara huesuda, de cabello escaso y aceitado.

—Cuando le dije a usted que estaba aquí con una misión oficial del Gobierno, señor Gren, me prometió que cooperaría conmigo de todas las formas posibles —dijo Maya.

—Sí, señorita Cara Nome, he hecho todo lo que estaba de mi parte para dejarla satisfecha —replicó Gren—. ¿Hay alguna otra cosa en que pueda ayudarle?

—La hay —dijo ella—. Este hombre es prisionero mío y he de tenerlo bajo custodia aquí durante dos días y medio, hasta que lleguen refuerzos de la Ciudad de Marte. Quisiera que armase usted a una pareja de hombres vigorosos, con pistolas caloríficas, y los pusiera a mi servicio para ayudarme a custodiar al detenido.

Gren meneó la cabeza.

—Lo siento, señorita Cara Nome, pero ninguno de los empleados del Château Nectaris fue contratado para ese tipo de trabajo y no voy a pedirles ahora que lo hagan. Lo que usted necesita es ayuda de la Policía.

—Como usted sabe muy bien, la Policía más cercana está en Ofir —dijo ella con tono exasperado—. Seguramente tendrá usted funcionarios semioficiales empleados en el castillo para intervenir en caso de incidentes entre los huéspedes.

—Tengo un detective particular, pero su obligación es intervenir solamente cuando se comete un crimen contra un huésped o contra el castillo. Usted me dijo que estaba buscando rebeldes políticos, y supongo que ésta es su acusación contra el señor Kensington. El detective de la casa no tiene autoridad para actuar en tales casos y a mí no me interesa que el castillo se vea mezclado en esos asuntos.

»He cooperado con usted hasta el grado de darle la información que necesitaba, señorita Cara Nome, y continuaré cooperando mientras no se me pida que haga algo que no estoy autorizado a hacer. Creo que si vino usted aquí en busca de rebeldes, debió traer consigo el equipo necesario para detenerlos sí los encontraba.

—Me está pareciendo que actúa usted como si sintiese demasiada simpatía por la causa rebelde —replicó Maya, encolerizada.

—Mis simpatías no son incumbencia del Gobierno mientras yo no cometa

actos ilegales —dijo Gren—. Buenas noches, señorita Cara Nome.

Maya lo siguió con la mirada furiosamente mientras el otro salía del comedor. Dark, sentado completamente a sus anchas, le dirigió una agradable sonrisa.

—Puede usted estar segura —le dijo— de que trataré de evitar hacerle el menor daño cuando me escape de su custodia.

—Eso no me preocupa lo más mínimo, porque usted no se va a escapar —repuso ella—. Pero agradezco el pensamiento. Parece usted ser una persona de muy buenos modales, parase detuvo.

—¿Para ser un rebelde? —dijo él acabando la frase—. Realmente, no sé qué clase de información puede usted haber tenido, Maya, si me atrevo a llamarla así, ya que no tiene objeto ser demasiado ceremonioso en estas circunstancias. Los estudiantes de la Academia de Barberos eran todos rebeldes, y los informes que recibí coincidían en que se llevaba usted muy bien con la mayoría de ellos.

—Sí, es verdad. No creo que me sorprendiera descubrir que los rebeldes son también seres humanos.

—Se trata meramente de una diferencia de orientación. Y una pregunta que usted tendría que considerar es: ¿qué orientación es efectivamente la correcta?

A Maya no le gustaba el giro que iba tomando la charla. Se sintió aliviada con la aparición del camarero, que traía los platos de carné gruesa y humeante con todos los aditamentos oportunos.

—Transcurrirá mucho tiempo antes de que se nos pueda servir nada de esto por telequinesis —dijo ella, echándose a reír—. Pero, señor Kensington...

—Dark, si a usted no le importa.

—Muy bien. Dark, dice usted que vino aquí en coche desde la Ciudad de Marte. ¿Cómo pudo sortear a las patrullas de helicópteros que habían salido para interceptar la fuga de los rebeldes?

—A decir verdad, no pude evitar nada, y es una cosa muy rara —contestó pensativamente—. Uno de ellos me alcanzó en las afueras de la Ciudad de Marte y me destrozó la cúpula del coche.

—Ya noté que llevaba usted un traje marciano cuando se inscribió aquí, y Gren me dijo que había pedido que le cambiasen la cúpula.

—Ésa es otra cosa rara. Yo no tenía puesto el traje marciano cuando el helicóptero me rompió la cúpula. Me quedé absolutamente sin protección. El coche se salió de la carretera y dio unas vueltas de campana. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero, por lo visto, fue lo bastante para que el helicóptero me mirase desde arriba, llegase a la conclusión de que estaba muerto y se quitase de en medio. Lo que no puedo comprender es por qué no me asfixié.

—¿Quiere usted decir que no estaba protegido por ningún equipo de oxígeno en absoluto?

—En absoluto. Recobré el conocimiento y estaba allí tendido con la

cúpula rajada en toda su extensión y con mi cara expuesta al aire marciano. Inmediatamente, me metí dentro del traje, como es natural, pero en eso tardé unos cuantos minutos, además del tiempo que había estado inconsciente. Y no me sentía coartado por la falta de aire. Ni siquiera respiraba. Y la sensación era de que tampoco tenía necesidad de hacerlo.

—Eso es raro —dijo ella reflexivamente—. Dígame, ¿conoce usted a un hombre llamado Chivo Hennessey?

—Es usted la segunda persona que me ha preguntado eso en poco tiempo —contestó Dark—. Lo conocí muy bien, hace muchos años, pero hace ya tiempo que no lo he visto. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque el único caso en que he oído hablar de un ser humano capaz de vivir sin oxígeno en la atmósfera de Marte estaba relacionado con algunos experimentos genéticos de Chivo Hennessey, antes de que el Gobierno le prohibiese continuar y le ordenase destruir las criaturas con las que había estado experimentando.

—Dark se echó a reír.

—Puedo asegurarle que no soy uno de los experimentos genéticos de Chivo —dijo—. Chivo y yo éramos compañeros en este movimiento rebelde hace veinticinco años, antes de que yo fuera atacado por un período de amnesia del que he salido hace poco.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—¿Un período de amnesia de veinticinco años? ¡Imposible! Usted no puede tener más de veinticinco años de edad —dijo, convencidísima.

—Si lo que la gente me dice es correcto, estoy ya cerca de los setenta —replicó Dark—. Años terrestres, desde luego.

—Lo supongo. Pero no lo creo.

Dark se encogió de hombros y cortó otro pedazo de carne. Parecía estar disfrutando de su comida como si no fuera él el preso y ella la aprehensora como, en realidad, lo era.

Charlaron agradablemente a lo largo de toda la comida, y Maya descubrió, con cierta sorpresa, que estaba hablando muchísimo de ella misma a este hombre de ojos pálidos. Le contó su niñez en Marte, entre los aborígenes del planeta, y de cómo se fue a la Tierra a vivir con su tío, un senador mundial que tenía estrechas y provechosas relaciones con la Corpmar.

Siguió contándole cómo adoptó la decisión de hacerse agente del Gobierno terrestre a pesar de las objeciones de su tío, pero como resultado del entusiasmo de éste por el papel del Gobierno en el desarrollo de las colonias planetarias. Le habló también de la misión que la había traído a Marte para localizar el cuartel general de los rebeldes, tarea en la que habían fracasado los mejores esfuerzos del Gobierno marciano. Incluso le contó cómo había conocido a Nuwell y se había enamorado de él.

Poco tiempo después de terminar la comida, Maya se paró de pronto en mitad de una frase.

—¿Qué pasa? —preguntó Dark.

—Estoy pensando que es usted mi detenido —contestó ella, sonriéndole —. Francamente, no estoy muy segura de qué es lo que debo hacer con usted. No podemos estarnos sentados aquí en el comedor toda la noche.

—¿Por qué no salimos y nos sentamos en la terraza? —sugirió él—. Dicen que Solis Lacus tiene una vista hermosísima cuando sale Fobos y empieza a moverse.

—Y una terraza en penumbra es un lugar muy a propósito para intentar escapar —objetó ella.

—Mire, no hay necesidad de que hagamos la noche más difícil de lo que es. Desde luego, tengo el propósito de escaparme de usted y evadirme de aquí durante los próximos dos días, si puedo, pero por ahora estoy disfrutando de esta conversación. Si le prometo que no haré ningún intento por escapar en las próximas dos horas, ¿accederá usted a que subamos un rato a la terraza?

Ella le estudió cuidadosamente el rostro. Era un rostro hermoso, serio, lleno de fuerza, lleno de sabiduría, con un toquecito de cansancio.

—Está bien —dijo ella por fin—. Pero le advierto que, si intenta abusar de mi buena fe y trata de escaparse, lo achicharraré sin contemplaciones.

Subieron juntos con la misma desenvoltura de dos huéspedes que estuvieran descansando en el balneario, y encontraron butacas en la semioscuridad que se cernía sobre el valle bañado por la luz de los satélites.

Deimos estaba colgado cerca del cenit, un diminuto globo de luz, prácticamente estacionario. Fobos, mayor y más brillante, había salido hacía poco y se movía rápido y sereno por el cielo como el frío reflector de una gigantesca aeronave. Conmovidos y transformados por las cambiantes sombras. Maya y Dark se sentaron y se pusieron a hablar como viejos amigos.

Era Dark el que hablaba ahora y le contaba a ella su vida pasada, su venida a Marte, su incorporación al movimiento rebelde cuando se dio cuenta de cómo el Gobierno estaba poniendo trabas al progreso del hombre hacia la autosuficiencia marciana. Hablaba sobriamente, con intensa convicción, y Maya, al escucharlo, empezaba a darse cuenta de que en aquel conflicto había otra cara sobre la que no había sido instruida.

Empezaba a dudar y a hacerse preguntas, pues la voz grave de aquel hombre era como una música profunda que ella nunca había oído antes, pero que parecía recordarle algún otro tiempo anterior en que la estuvo oyendo, una música que agitaba las profundidades de su ser.

Luego, sintió como el brazo del hombre le rodeaba la cintura y la atraía suavemente hacia él. Por un instante, respondió al movimiento y volvió la cara hacia arriba.

En aquel momento se acordó.

Con un esguince rapidísimo, se zafó y se quedó en pie delante de él. Retrocedió unos pasos y empuñó el encendedor-pistola.

—Creo que me dijo que podía confiar en usted —reprochó fríamente—. Por lo visto, fui una tonta al hacerlo.

El levantó la mirada hacia ella y en su rostro no había más que sorpresa.

Luego, lentamente, le sonrió.

—Depende de la interpretación que usted le dé a las palabras —dijo él—. Únicamente estaba intentando besarla, querida.

Ella dejó caer el brazo, sintiéndose bastante estúpida.

—Pues no —dijo, queriendo cubrir su confusión con un tono de dureza—. No somos una pareja de enamorados, señor Kensington.

—No —dijo él con entera seriedad—. Y le aseguro que lamento que no lo seamos.

Ella se quedó en pie mirándolo, luchando con la absurda pena de que él no hubiese logrado su propósito.

—Creo que esta luz de luna nos ha causado a los dos un efecto deplorable —dijo ella—. Será mejor que entremos. Además, como he de estar vigilándolo toda la noche, necesito ponerme algo más práctico que este vestido que llevo puesto.

Sin protesta alguna, Dark la precedió en el camino al interior del hotel. Se dirigieron a la oficina del gerente y Maya dio instrucciones a Gren.

—Que una doncella traslade mis cosas desde la habitación que ocupo ahora a una del último piso —ordénó—. Esperaremos aquí hasta que el traslado está hecho.

Cuando la doncella le trajo a Maya la llave de la nueva habitación, ella y Dark entraron en el ascensor. Una vez en el cuarto, ella cerró la puerta con llave.

—Voy a cambiarme de ropa en el cuarto de baño —dijo tajantemente—. La ventana de esta habitación está a seis pisos por encima de un patio de piedra, y no creo que pueda usted dar un salto tan grande sin matarse, ni siquiera en Marte. Como es tas ventanas no se abren, oiré el ruido si usted las rompe y podré achicharrarlo mucho antes de que consiga descolgarse por la pared.

Con el encendedor en la mano, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras sí.

Acababa apenas de quitarse el vestido de noche, cuando oyó que la puerta del cuarto de baño la cerraban por fuera con llave. Un momento después, se oyó el chasquido de cristales rotos.

Tranquilamente, Maya abrasó la cerradura de la puerta del cuarto de baño con la pequeña pistola calorífica. Empujó y entró en la habitación contigua en ropa interior. Dark se disponía a trepar por la rota ventana.

—Es una buena caída, Dark —dijo ella.

Él volvió la cabeza y se quedó mirándola por encima del hombro. Sonrió lastimeramente y bajó de la ventana.

—Bueno, valía la pena probarlo —dijo filosóficamente.

La examinó con ojos francamente admirativos y añadió:

—Y valía la pena de fracasar, por la vista.

Se puso muy colorada. Pero, sin quitarle los ojos de encima, entró de nuevo en el cuarto de baño, cogió la túnica y los amplios pantalones que tenía

allí preparados y se los puso.

—Creo que será mejor que bajemos y nos sentemos en medio del vestíbulo —dijo ella, abriendo con llave la puerta de la habitación—. De esa forma, tendrá que correr usted más, si trata de escabullirse.

Bajaron y encontraron cómodas butacas. Se sentaron y se pusieron a charlar, semejando dos huéspedes corrientes del castillo. Poco a poco, la conversación volvió a los términos amistosos y francos del principio.

Maya no sabía cuánto tiempo estuvieron charlando, pues se hallaba envuelta en el gozo de las cosas que decía Dark y de la actitud de éste hacia la vida. Pero al cabo de algún tiempo se dio cuenta de que ya no había más huéspedes sentados en el vestíbulo o moviéndose por allí. Ellos eran ios únicos, y Gren, que estaba sentado sombríamente detrás del mostrador de la recepción.

—¿Cómo se propone usted dormir un poco y vigilarme al mismo tiempo? —preguntó Dark.

—No pienso hacer eso —contestó ella, sonriendo—. Si usted puede estar despierto dos noches, también puedo estarlo yo.

—Se olvida usted, señorita —replicó él—, que no tengo la menor obligación de estar despierto.

Tras de lo cual, se tendió sin ceremonia alguna en el sofá donde había estado sentado, juntó las manos detrás de la cabeza y cerró los ojos. Muy poco después, estaba indudable y auténticamente dormido con un profundo sueño.

Maya siguió sentada y mirándolo, un poco picada y de bastante mal humor. No podía permitirse el lujo de quedarse dormida ella también. Su única actitud era permanecer despierta, sentada allí, viéndolo dormir y profundamente. No era una perspectiva muy agradable para dos noches seguidas.

Con los ojos que se le cerraban de sueño, se estrujaba el cerebro buscando alguna solución y, silenciosamente, maldecía a Gren por negarse a proporcionarle la ayuda que necesitaba. Dark seguía durmiendo, y una tenue sonrisa rozaba sus labios. Entonces, Maya se sorprendió pensando complacida en todas las cosas de que habían hablado durante la larga velada, y admirando a aquél hombre y sintiendo por él una gran simpatía.

Se despertó.

Se despertó sobresaltada, dándose cuenta de que se había quedado dormida. Ya no estaba sentada en la butaca, sino acurrucada cómodamente en un sofá, la cabeza hundida como la de un niño sobre... ¿sobre qué?

¡Sobre el pecho de Dark!. Él estaba despierto, sentado, sonriéndole, y ella estaba acunada en la curva de su brazo nervudo. Y el pequeño encendedor-pistola no estaba ya en su mano.

No reaccionó violentamente ante la repentina comprobación. Suspiró, casi feliz, y le murmuró:

—Así es que, después de todo, usted gana. Creo que me alegro, Dark. Ahora ya puede usted marcharse, si quiere.

El meneó la cabeza.

—Me alegro de que tenga esa manera de pensar, Maya, pero me temo que ya es demasiado tarde. De otra forma, no me habría quedado para servirle de almohada mientras se despertaba.

Había algo en su rostro que la obligó a sentarse repentinamente.

Dos hombres uniformados estaban allí en pie, en el vestíbulo, delante de ellos, en su lugar descanso, pero vigilantes, con las pistolas caloríficas de reglamento asidas en las manos. Al sentarse ella, uno de los guardias se llevó la mano a la gorra y le habló:

Ella se levantó airadamente.

—Yo no he pedido que vengan ustedes a ayudarme, por tanto pueden marcharse —dijo, dándose cuenta de la mirada de sorpresa que le dirigía Dark —. Cometí un error en la identificación.

El policía que había hablado meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Estamos actuando en virtud de órdenes del señor Eli, no de usted. Tenemos que custodiar al señor Kensington hasta que llegue el señor Eli.

Los miró con ojos llameantes. El que había hablado era corpulento, voluminoso y de aire eficiente. El otro era flaco y callado, con una mirada mortecina en su delgado rostro.

Entonces, ella vio su encendedor-pistola, caído sobre el suelo del vestíbulo junto a la butaca de la que se había levantado para echarse a dormir.

Se agachó como quien no quiere la cosa y recogió el arma. Se enderezó con el pequeño instrumento preparado en la mano.

—Esto no es un encendedor, sino una pistola calorífica —dijo prosaicamente—. Soy yo la encargada de esta misión, y digo que hay que permitir que el señor Kensington se marche tranquilamente. Si hacen ustedes algo para impedírselo, los achicharraré.

Las dos pistolas caloríficas de los policías se alzaron en pequeños arcos y se quedaron encañonándola. El guardia corpulento habló suavemente.

—Lo siento, señorita Cara Nome, pero obedecemos órdenes del señor Eli y tenemos la intención
de cumplirlas —dijo—. Sentiría mucho ver que recibe usted algún daño, pero, si dispara contra uno de nosotros dos, el otro le quemará la mano.

—¡No, Maya! —exclamó Dark, poniéndose en pie—. ¡No hagas eso! No tiene sentido que te hieran por mi culpa.

Ella no le hizo caso.

—¡Tiren ustedes dos esas pistolas o disparo! —gritó, casi histéricamente.

Entonces, Dark se lanzó de pronto contra los dos hombres.

El de la cara delgada movió su pistola para repeler la carga de Dark. Maya dirigió el encendedor contra el guardia y en el mismo momento el policía voluminoso se lanzó contra ella. El rayo del encendedor rozó el hombro del flaco, y Maya se derrumbó bajo el golpetazo del cuerpo del otro.

Mientras caía, vio cómo el rayo casi invisible de la pistola calorífica del

policía de la cara delgada golpeaba a Dark directamente en el estómago, achicharrándole la tela y abriendo un gran agujero ardiente en el abdomen. Dark cayó al suelo retorciéndose, estertorando, llevándose las manos al estómago.

Sin el encendedor ya, Maya, medio loca, luchaba de rodillas por ponerse en pie. El policía corpulento encañonaba su propia pistola sobre el postrado Dark, pero el otro, mordiéndose los labios por el dolor que le producía la herida del hombro, lo detuvo:

—Déjalo estar —dijo—. Me gusta verlos morir.

Con un gemido, Maya se arrastró hasta la vera de Dark. Le acunó la cabeza en el pecho y sollozó cuando él murió en sus brazos.

IX

Desde el momento en que vio morir a Dark Kensington hasta la llegada de Nuwell al Château Nectaris, Maya permaneció en su habitación, medio conmocionada, medio en una agonía de pena y remordimiento.

Estaba tan agotada por su prueba, que llegó a quedarse dormida, pero era un sueño a rachas y sin auténtico descanso. Las comidas se las llevaban a la habitación, y comía automáticamente, sin tomar el gusto de los alimentos.

Razonablemente, no podía en forma alguna censurarse por la muerte de Dark, pero aquello no le evitaba el fuerte sentimiento de que había sido su insistencia en perseguir a los fugitivos de la Academia de Barberos Childress lo que directamente la había convertido en su matadora. Su sentimiento de dolor era mucho más profundo y más personal que la pena lógica que podría haberle producido la muerte de un enemigo amistoso caído mientras ella cumplía su deber.

Maya se daba cuenta de que en las pocas horas que había estado con Dark y había charlado con él, había tomado raíces y florecido algo que había cambiado en ella toda su visión de la existencia. No lo llamaba amor; era una joven muy práctica y no creía en el amor a tan corto plazo. Pero, al examinar sus sentimientos, se veía perpleja sobre de qué otra manera podía llamar a aquello.

Había sentido una poderosa atracción por aquel hombre, una tremenda admiración y una inmensa simpatía por él, un sentimiento de pertenencia en su presencia. Había tenido la sensación de su fuerza. Se había quedado aterrada cuando tuvo que oponerse a él para mantenerlo en cautividad, pero en otras circunstancias comprendía que era el tipo de fuerza en el que ella habría podido descansar. A sabiendas, pensaba ahora, podría haber prescindido de cualquier otra cosa en su vida y seguido a Dark Kensington por donde quiera que él eligiese vagar, fugitiva entre los desiertos y las tierras bajas.

¿Y Nuwell? Sus sentimientos hacia él no habían cambiado. Todavía estaba atraída por él y todavía lo admiraba. Pero la admiración que había sentido por la forma brusca y sardónica con que trataba a sus antagonistas en un tribunal de justicia parecía un poco superficial y un poco inmatura en comparación con la súbita acometida de lo que había sentido por Dark.

Desde que fue una jovencita había sido enconada enemiga de aquellos rebeldes a los que concebía como seres que atacaban salvajamente la ordenada colonización de Marte, y su deseo de contribuir a la derrota de aquellos rebeldes había sido una fuerza disciplinadora e integradora de su personalidad. Sin embargo, en sólo unas pocas horas de charla tranquila, Dark había destruido los cimientos de aquella fuerza y la había disipado.

Si ella no se hubiera retrasado, si hubiese tomado resueltamente la decisión en el sentido que ahora la penetraba... Dark no habría tenido que morir, ella podría haberle dado la libertad y juntos podrían haber salido de Solis Lacus. Con él, habría luchado tan tenazmente a favor de la causa rebelde como en el pasado había luchado contra ella.
Pero ahora era demasiado tarde. Y, rumiando amargamente en su habitación, hallaba que no le importaba ya lo más mínimo, ni en un sentido ni en otro, la lucha empeñada entre la Corpmar y los rebeldes.

Cuando Nuwell llegó de la Ciudad de Marte, ella había recuperado el control de sus sentimientos. Cuando le telefoneó a su habitación, bajó al vestíbulo a reunirse con él, pálida pero dueña de sí misma.

Tuvo un extraño sentimiento al salir al gran vestíbulo y asomarse a los balcones, un sentimiento como si hubiese estado alejada en un país distante por un tiempo muy largo y regresase ahora al mundo que había conocido toda su vida. En este regreso, miraba las cosas con nuevas ideas y no se le aparecían lo mismo que antes.

Este era el mismo vestíbulo espacioso que había cruzado para inscribirse cuando llegó a Solis Lacus desde la Ciudad de Marte unos pocos días antes. Era el mismo vestíbulo en el que, mirando desde el hueco de la escalera, había visto llegar a Dark Kensington. El mismo vestíbulo en el que había estado sentada con Dark y habían hablado tanto rato. Pero parecía un lugar extraño, un sitio diferente, un local que tenía la apariencia del vestíbulo que ella recordaba, pero por el que nunca hubiese andado antes.

Nuwell estaba en pie al otro lado del vestíbulo con los dos policías de Ofir, junto a una larga caja de madera que descansaba en el suelo cerca del mostrador de la recepción. Tras el mostrador, Quelman Gren, el gerente de Château Nectaris, estaba clasificando el correo del día.

Nuwell la vio, se separó de los otros y cruzó el vestíbulo para salirle al encuentro. Mientras se acercaba, ella experimentaba el mismo sentimiento hacia él que había tenido hacia el vestíbulo: él era como alguien que ella hubiese conocido, pero una persona diferente.

Había un ceño de preocupación en el rostro de Nuwell, y se las arregló para dejar traslucir algo de desaprobación en su beso de saludo.

—Fue una suerte que se me ocurriese llamar a Ofir y ordenar que viniesen aquí esos hombres —fueron sus primeras palabras—. Si no hubiesen llegado cuando lo hicieron, ese rebelde podría haberte matado y huido. Ya te dije, Maya, que no tratases de hacerte cargo de una situación semejante.

—Fue muy astuto por tu parte enviarlos —contestó Maya secamente—. Se me debería haber ocurrido a mí misma.

—Por eso precisamente no debes tratar de resolver tú sola semejantes asuntos —dijo Nuwell, aparentemente algo dulcificado.

Maya le miró a la cara, una cara hermosa y juvenil que tenía una expresión ligeramente petulante, y ella pensó dos cosas: pensó en el largo e intensivo adiestramiento a que había tenido que someterse como agente de la

Tierra y se imaginó lo eficazmente que Nuwell habría resuelto la cuestión de la captura de Dark si hubiese sido él el que hubiera tenido que ocuparse de los detalles.

—Bueno, Maya, vamos a liquidar esto para poder salir de aquí y volver a la Ciudad de Marte —dijo Nuwell, y la condujo a través del vestíbulo. hacia los dos policías y la caja de madera.

Los dos hombres de Ofir la saludaron con cierto embarazo y parecieron aliviados cuando ella les dirigió una sonrisa vacía.

—Estos hombres me han dicho cómo el rebelde le había dado una vuelta completa a la situación y te había ganado la partida antes de que ellos llegasen —dijo Nuwell—. Dicen que antes de encontrar la muerte, les confesó que era Dark Kensington, uno de los más importantes jefes rebeldes que escaparon de la Academia de Barberos Childress. Creo que eso coincide con la identificación que hiciste de él, ¿no es así?

—Sí —contestó Maya en voz baja—. Era Dark Kensington. Lo vi una vez en la Academia y me dijo que era inspector.

No tenía ganas de decir nada más ni de referirle a Nuwell lo que Dark le había contado sobre la rebelión y sobre el papel que había desempeñado en ella.

—Muy bien —dijo Nuwell con satisfacción—. Hemos detenido al Jefe, el individuo de extraño aspecto que escapó en su helicóptero perforando la cúpula de la ciudad. Todos los datos indican que él y Kensington eran las dos figuras principales en la rebelión. Creo que ya lo único que falta es que tú identifiques el cuerpo y afirmes con toda seguridad que es el de Kensington, Maya.

Indicó la caja de madera que yacía, sin tapa, encima del suelo. Reluctante, Maya dio unos pasos y bajó la mirada.

El dolor que había contraído el rostro de Dark cuando se retorció alcanzado por el disparo de la pistola calorífica había desaparecido ya de sus rasgos. Estos aparecían tranquilos y apacibles en la muerte.

Maya le miró el rostro, acongojada y doloridamente; luego, se apartó.

—¿Qué hay? —preguntó Nuwell con impaciencia.

—Sí —murmuró ella—. Es Dark Kensington.

—Muy bien —dijo Nuwell, y se volvió hacia los dos hombres—. Llevaremos el cuerpo a las tinas de la granja hidropónica —dijo—. Habrá otros después de los juicios y ejecuciones de los rebeldes que hemos cogido.

—¿Es necesario que hagas eso? —protestó Maya—. ¿Por qué no puedes concederle un entierro decente aquí, en el valle?

—No te metas en cosas que no te incumben —replicó Nuwell con brusquedad—. Los cuerpos de los criminales se envían siempre a las tinas, Allí siempre están escasos de cuerpos y no vamos a mandarles los cadáveres de los ciudadanos que han cumplido con la ley.

Se apartó. Mientras Maya lo acompañaba por el pasillo, los dos hombres de Ofir empezaron a clavar la tapa de la caja de madera que contenía los

restos de Dark Kensington.

En el ascensor, Nuwell dijo:

—Prepara tus maletas lo antes posible. Quiero volver a Marte ciudad directamente en helicóptero. Hay algunas cosas de las que tengo que hablar contigo muy en serio, pero pueden esperar hasta que estemos en el aire.

—¿Por qué en helicóptero? —preguntó Maya—. El coche de superficie es más rápido.

Por primera vez, el rostro de Nuwell se expandió en una auténtica sonrisa y su acostumbrado encanto brilló ampliamente.

—Porque —replicó burlón— da la casualidad de que acabo de hacer ese viaje en coche y me duelen todos los huesos del cuerpo. Puede que sea más lento, pero quiero volver por aire, donde no hay tantos baches.

Maya pudo reírse al oír eso. Subió a su habitación. No tardó mucho tiempo en hacer la maleta y en vestirse con una túnica y unos pantalones de viaje. Cuando bajó al vestíbulo, Nuwell estaba ya aguardando y tomaron un coche de superficie para ir desde el castillo a la cámara de descompresión de la cúpula.

Los tres agentes gubernamentales que habían venido con Nuwell desde la Ciudad de Marte tenían el helicóptero preparado en el llano que había al otro lado de la cámara. Cuando el coche de superficie emergió a la anura cubierta de poleo, los agentes estaban ayudando a los dos policías de Ofir a descargar de otro coche de superficie la caja que contenía los restos de Dark Kensington y que fue cargada luego en el departamento de equipajes del autogiro.

Nuwell y Maya se pusieron sus trajes marcianos, se aseguraron los cascos y bajaron del coche. Nuwell les dio a sus hombres algunas instrucciones finales que habían de seguir antes de regresar a la Ciudad de Marte en coche de superficie. Luego, él y Maya subieron a bordo del helicóptero.

Se afianzaron con correas a los asientos. Nuwell selló la puerta del autogiro y soltó en el interior oxígeno de los depósitos. Cuando las esferas indicadoras mostraron que el aire ya era respirable, él y Maya se quitaron los cascos, Nuwell puso en marcha el motor y el autogiro se elevó, lento y sereno, en el aire por encima de la tierra baja de Solis Lacus.

Nuwell puso rumbo al Noroeste. Tan pronto como estaban ya en pleno vuelo, se volvió hacia Maya con una expresión severa en el rostro.

—Hay una cosa que no comprendo en absoluto —dijo gravemente—. ¿Qué picada de locura te dio para resistir a los hombres que mandé desde Ofir e intentar que Kensington huyera?

Ella lo miró con firmeza, sin replicar nada.

¿Qué podía contestarle? ¿Podía decirle: «Descubrí que me había enamorado de Dark Kensington. Comprendí que sus razones para ser un rebelde me habían convencido y que tú y el Gobierno y la Corpmar estáis en un error?» ¿Cuál sería la reacción de Nuwell si ella le dijera esta verdad?

Pero decir aquello no podría producir ningún bien. No les haría bien alguno a los rebeldes, porque ahora estaban desperdigados y en derrota. No le

haría bien ninguno a Dark, porque estaba muerto. No creía que ella pudiese sufrir personalmente a causa de tal revelación, pero sólo serviría para lastimar a Nuwell, que la quería.

Así es que, al final, dijo:

—Nuwell, preferiría mejor no hablar de eso. No tuve éxito, por tanto será mejor que lo olvidemos.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer —admitió Nuwell—. Lo único que se me ocurre pensar es que estabas un poco nerviosa por el hecho de que Kensington te hubiese ganado la mano después de todo el trabajo de haberlo custodiado durante tanto tiempo, y tu acción fue una expresión inconsciente de resentimiento al ver que los guardias tenían que encargarse de la custodia por haber tú fracasado. Pero podríamos habernos enterado de muchas cosas interrogando al individuo largo y tendido, y la acción tuya hizo necesario que hubiese que matarlo.

Nuwell no podía tener idea de lo profundamente que aquellas palabras impresionaban a su acompañante. Ella apartó el rostro y las lágrimas se le agolparon en los ojos.

—De todas formas —continuó Nuwell, sin darse cuenta de nada—, creo que esto demuestra que estas actividades de espionaje han sido para ti un esfuerzo demasiado grande y que ya es hora de que descanses. Hemos detenido a uno de los jefes principales, y el otro está muerto y no creo que el resto vaya a darnos ya mucho trabajo aunque no podamos localizar a todos los fugitivos. Así es que espero que renuncies a esa idea de vagar de ciudad en ciudad ayudando a identificar a rebeldes.

—Creo que tienes razón —admitió ella con voz ahogada.

Desde luego, ahora había perdido todo interés por la persecución de rebeldes.

—Y continuó Nuwell, todavía con mayor firmeza—, creo que debes casarte conmigo cuando lleguemos a la Ciudad de Marte.

Bueno, ¿por qué no? Nuwell la quería. ¿Qué otra cosa le quedaba a ella que hacer?

—Sí, también en eso estoy de acuerdo —dijo—. Tan pronto como volvamos, haré mi informe y lo enviaré, junto con mi dimisión, en la primera nave que zarpe para la Tierra. Luego, me casaré contigo, Nuwell.

Él tenía la cara radiante y triunfal cuando se volvió hacia ella. Le pasó un brazo sobre los hombros, la atrajo hacia sí y la besó.

El helicóptero volaba con rumbo Noroeste. Después de pasar sobre las tierras bajas de Solis Lacus, cruzó el desierto de Thaumasia y el lago Titonius. y se puso a zumbar sobre el desierto de Cándor. Delante de él, al cabo de un rato, surgieron en el horizonte las formas de piedra blanca de un grupo distante de edificios.

Nuwell hizo descender un poco al helicóptero. Descendió más aún y, al cabo de poco tiempo, se posó en el desierto cerca de uno de los cuatro edificios de la Granja Hidropónica Canfell.

Cuando él y Maya se colocaron los cascos, un grupo de hombres con trajes marcianos salieron por la cámara de descompresión del edificio y vinieron por la arena hacia ellos.

Maya miraba con curiosidad a través de la ventana del autogiro. Había oído hablar de esta estación experimental del Gobierno, pero nunca la había visitado antes.

—Ésta es otra de las razones por las que yo quería venir en helicóptero —explicó Nuwell, mientras abría la válvula y dejaba salir el aire del interior del autogiro—. No hay ninguna carretera hasta este sitio y no quería venir conduciendo un coche de superficie a través del desierto, para traer aquí el cadáver de Kensington.

Salieron del helicóptero cuando el grupo procedente del edificio estuvo junto a ellos. Nuwell saludó a los cinco que componían el grupo y los presentó a Maya. Cuatro le resultaron a ella desconocidos, pero se acordó del quinto: Chivo Hennessey, con su barba blanca y sus ojos acuosos.

—¿Cómo se le da su nuevo trabajo aquí, doctor Hennessey? —le preguntó Nuwell.

—Muy bien —respondió Chivo con voz cascada—. Están empleando una línea de investigación diferente a la mía, pero la encuentro extremadamente interesante.

Al recordar los primitivos experimentos de Chivo en Ultra Vires, Maya se sintió agradecida por el hecho de que Dark no hubiera caído vivo en manos de esta gente de la Granja Hidropónica Canfell.

La vista duró sólo unos minutos. Nuwell rechazó una invitación para pasar allí la noche, explicando que estaba ansioso por llegar a la Ciudad de Marte. Los otros descargaron el ataúd de Dark y lo llevaron al interior del edificio. Nuwell y Maya subieron de nuevo al helicóptero y, poco después, estaban otra vez en el aire, y ¡os edificios de la Granja Hidropónica Canfell se iban haciendo más pequeños tras ellos.

Nuwell dirigía ahora el helicóptero casi derechamente al Oeste. Pasó sobre Cándor y zumbó por encima del amplio desierto de Xanthe.

Y allí empezaron las dificultades. Sin previo aviso, el motor se puso a roncar y terminó por pararse. Nuwell manejó frenéticamente los mandos sin conseguir nada. Cuando las grandes aspas retrasaron su giro, el helicóptero empezó a descender, lentamente al principio, luego cada vez con más rapidez, hacia la superficie del desierto. Se pusieron apresuradamente las escafandras.

El aparato golpeó con un crujido terrorífico que los habría lanzado a través de las ventanillas si no hubiesen estado firmemente atados con las correas. Todo el cuerpo del helicóptero retembló y se quedó quieto por fin, un cacharro sin salvación, con ellos dos sentados en el centro, milagrosamente ilesos.

No podía pensarse ni en que los motores funcionaran ni en que volara el vehículo. Era un colapso total. Nuwell probó la radio sin éxito alguno.

—¿Qué demonios le habrá pasado a este chisme? —preguntó airadamente

—. Sé que no es por falta de combustible. Bueno, Maya, me temo que no nos queda más remedio que echarnos a andar.

—¿De vuelta a la Granja Hidropónica?

—No, ya nos hemos alejado demasiado. Por mi plano, veo que no estamos lejos de Ultra Vires. Lo mejor será que nos dirijamos allí a pasar la noche, y, si Chivo dejó funcionando su equipo de radio, podremos pedir ayuda. Si no, lo único que nos queda que hacer es caminar hasta Ofir.

Ultra Vires... Maya lo recordó con un escalofrío. El lóbrego y negro baluarte del desierto, donde Chivo Hennessey había hecho experimentos con grotescas y retorcidas caricaturas de seres humanos.

Registraron en torno a los restos del aparato, buscando el mínimo de raciones de emergencia que pensaban que podrían necesitar y, luego iniciaron la marcha a pie hacia el Oeste.

X

Happy Thurbelow acabó de barrer las largas barracas y se apoyó cansadamente en su escoba. Es decir, no se apoyó en ella, pues entonces se habría caído al suelo, sino que inició el ademán. ¿Por qué, se preguntaba, no querían los Amos que los Duros barriesen sus propios barracones? Quizá era imposible obligar a los Duros o quizá los Amos hacían aquello por un exceso de crueldad.

El cuerpo monstruosamente hinchado de Happy retemblaba y la piel se le ponía peligrosamente seca y tirante. Happy era tan adiposo, que sus manos abrazaban la escoba como si se tratase de un palillo de dientes; bajo la transparente piel, su carne era clara y translúcida y podían verse en ella las diminutas líneas rojas de las venas ramificadas. Happy era como una gibia en inmensa forma humana.

—¡Shadow! —gritó con voz alta y rasposa—. Voy abajo.

Shadow apareció de una manera desconcertante a unos tres metros de distancia. El moreno Shadow lo miró silenciosamente con sus ojos ribeteados de blanco. Luego dio media vuelta y desapareció como sólo Shadow podía hacerlo.

Después de soltar la escoba, Happy fue hasta la reja de hierro que impedía la entrada a una rampa descendente. Apretó un botón que había junto a la reja y aguardó.

Miró por la ventana que había al lado de la reja.

Las arenas del desierto de Candor se extendían anaranjadas y azulencas bajo el cielo de bronce. En alguna parte hacia el Sur, después de aquellas arenas, bajo aquel cielo, se alzaba la brillante cúpula de Ofir.

La ventana podría romperse con la mayor facilidad y era lo bastante grande para dejar paso incluso al voluminoso cuerpo de Happy. Pero el aire de Marte, tan escaso de oxígeno, le quemaría los pulmones y le produciría la muerte si no llevaba un casco; y aunque no muriese así, la piel de Happy se secaría y rompería a las pocas horas de verse expuesta al aire exterior y él moriría con una agonía lenta.

—¿Para qué has llamado? —preguntó una voz impersonal desde el altavoz que estaba junto a la puerta enrejada.

—He acabado mi tarea, Amo —dijo Happy, jadeando un poco—. Ruego a usía que me deje bajar,

El altavoz no dijo nada más, pero al cabo de pocos momentos la reja chirrió y subió metiéndose en el techo. Happy pasó complacido y empezó a bajar por la suave cuesta de la rampa. La reja descendió tras él.

Happy no sabía si Shadow había venido o no con él por la reja abierta, pero aquello no importaba. Shadow podía deslizarse fácilmente entre los barrotes siempre que lo deseara.

Al pie de la rampa había una amplia y baja caverna que se extendía, perdiéndose de vista, en todas direcciones. Estaba en penumbra, sumiéndose entre sombras en la oscuridad de la distancia. Su suelo era agua, agua estancada subdividida en grandes tinas rectangulares. En la mayoría de las tinas crecían vegetales en diversos estadios de desarrollo, verdeciendo bajo los rayos ultravioletas que llegaban del techo bajo. Entre los estanques, corrían rectos y estrechos pasillos de tierra apisonada.

Happy caminó por uno de los pasillos hasta encontrar una tina vacía. Se agachó sobre el borde y se hundió, feliz, en el agua quieta y fría, como un hipopótamo que se sumerge. Se hundió completamente, luego se tendió de espaldas en el agua con sólo la cara flotando desnuda sobre la superficie.

Apareció Shadow, aparentemente llegado de ninguna parte, y se sentó al borde de la pileta, dejando que sus piernas planas chapoteasen en el agua.

—No hay nada como esto —proclamó Happy, manoteando un poco—. En todo Marte, no hay nada como esto. Tú deberías bañarte también, Shadow. Siendo tan flaco como eres, flotarías en la superficie sin la menor dificultad.

Shadow asintió silenciosamente, pero después no hizo ningún movimiento.

—No veo por qué los Duros no han de encargarse de limpiar sus propios barracones —se quejó Happy, volviendo al tema que más le desagradaba—. ¿Crees tú que los Duros son en realidad los rebeldes y que ios Amos no pueden obligarlos a hacer nada?

Shadow meneó la cabeza, pero Happy no pudo interpretar si aquel movimiento era una negativa o una confesión de ignorancia.

Happy se movió un poco y cambió de sitio en el estanque.

—Todavía hay aquí parte de un esqueleto —anunció—. Yo creía que esta pileta estaba vacía.

Se movió y avanzó otra vez. Premeditadamente, dio un salto y buceó hasta el borde del estanque.

—He de encontrar otra tina —dijo—. No puedo darme un baño si a cada momento he de estar enredándome con huesos.

Se izó difícilmente sobre el borde de la pasadera y, despacio, se puso en pie. Shadow retiró sus piernas del agua, se levantó y desapareció.

Happy estaba ya acostumbrado a la forma súbita que Shadow tenía de desaparecer y eso no le molestó. Visto directamente por delante o por detrás, Shadow tenía las dimensiones de un hombre normal de piel negra. Pero Shadow se ponía de costado y desaparecía de la vista.

Algunas veces, Happy se preguntaba cómo Shadow habría llegado a existir y por qué estaba en las cavernas, pero aquel no era asunto que preocupase su mente mucho tiempo.

Happy se movió por las pasaderas, lanzando un vistazo a los estanques que parecían estar vacíos. Suponía que Shadow iba siguiéndolo como hacía siempre.

En las encrucijadas, se encontraba con criaturas burbujeantes como él

mismo y que se encargaban de cuidar a las plantas. Saludaban con una inclinación de cabeza y Happy respondía de la misma manera.

Su búsqueda resultó descorazonadora. Los estanques que no estaban llenos de plantas parecían tener todos cadáveres, en diversas etapas de descomposición.

En una de las bifurcaciones, Happy tropezó con un Duro que caminaba indolentemente por el pasillo. El Duro era un joven macizo y musculoso, con cabeza de toro, ojos sombríos y boca dura. Parecía que fuera andando con las manos en los bolsillos, pero, al igual que Happy y que todos los demás, estaba desnudo, así es que aquello no pasaba de ser una impresión.

Happy se paró. Él y los de su especie blanduzca evitaban a los Duros siempre que podían. El Duro lo miró con ojos desinteresados, luego miró a otra parte.

Happy no sabía qué hacer ni qué decir. Su impulso fue dar media vuelta y retroceder, pero no se atrevía del todo.

—¿Tú eres un rebelde, Duro? —preguntó dando salida a la primera cosa que tenía en la cabeza, a falta de otra cosa mejor que decir.

El Duro lo miró despreciativamente. Luego, de pronto, los ojos minerales del Duro flamearon con bronca excitación y se lanzó rápidamente contra Happy. Mientras éste empezaba a dar media vuelta lleno de pánico, vio con el rabillo del ojo cómo otro Duro se le acercaba por detrás después de dar la vuelta en un ángulo de la pasadera.

El Duro que estaba frente a él lo alcanzó y empezó a aporrearlo cruelmente con los puños, puños de piedra que se hundían profundamente, como dolorosos martillos, en la carne de Happy a cada golpe asestado. Happy sudaba de espanto y de angustia, tratando ineficazmente de rechazar a su atacante.

Luego, como si surgiera de ninguna parte, Shadow se lanzó igual que un relámpago contra el otro Duro, cuando éste ya casi alcanzaba a Happy. Hubo un breve y jadeante forcejeo y el Duro fue a parar de cabeza a un estanque lleno de vegetación.

Shadow aparecía y desaparecía intermitentemente, como una luz relampagueante. El primer Duro, al ver lo que le había sucedido a su colega, dejó pronto de aporrear a Happy y puso pies en polvorosa. Desapareció por una esquina.

El Duro derrotado trepó fuera del estanque, escupiendo y maldiciendo, y huyó en dirección opuesta.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó Happy, dirigiéndose al ahora invisible Shadow —. ¡Qué criaturas más malas!

Molido y quebrantado, siguió andando por la pasadera, intensificada ahora su búsqueda por la necesidad de frescor que apaciguase su carne dolorida.

Llegó junto a un estanque sin vegetales y, a la primera mirada gozosa, creyó que estaba vacío. Luego, decepción: un cuerpo relativamente bien conservado aún flotaba casi en la superficie.

Era el cuerpo de un hombre. Desnudo, aparecía liso e hinchado con el agua que se había metido en sus tejidos, y tenía la uniforme blancura de la muerte por toda su piel, como la barriga de un pescado. El rostro y los labios eran de un blanco monocromo, el cabello estaba descolorido y, cuando abrió los ojos, se mostraron éstos tan incoloros, que el movimiento apenas si se notaba.

Al darse cuenta, Happy se quedó paralizado por la sorpresa.

Los ojos de la muerta criatura empezaron a moverse de un lado a otro; luego, se pararon y se clavaron en Happy. El pecho de aquel cadáver aparente empezó a llenarse y vaciarse con lentitud, respirando, bajo el agua.

—¡Shadow! —hipó Happy lastimeramente.

Shadow apareció a su vera.

—Shadow, está vivo —cuchicheó Happy, desesperadamente asustado.

Los dos se quedaron juntos, mirando con fijeza y conteniendo el aliento a aquel bulto que flotaba en el agua. La criatura del estanque movió sus manos como tanteando, abrió la boca y la cerró. Luego, se agitó adrede, dio media vuelta y trepó por el borde del estanque, goteando como una extraña criatura que surgiera de las profundidades del mar.

Se irguió ante ellos, chorreante.

El hombre se inclinó ligeramente y vomitó una gran cantidad de agua que tenía en los pulmones. Se enderezó y respiró el aire con grandes bocanadas de satisfacción.

—Soy Dark Kensington —dijo con voz herrumbrosa—. ¿Qué sitio es éste?

Al escuchar sus palabras, Shadow desapareció. Por la razón que fuera, al escuchar sus palabras, Shadow desapareció.

Dark Kensington. Si Maya lo hubiese visto ahora, le habría sido imposible reconocerlo. El cuerpo musculado y obscuro, el rostro hermoso, estaban abotagados y pálidos. El negro cabello se había descolorido convirtiéndose en algas pálidas, y los ojos azules carecían ahora completamente de color.

—Esta es la Granja Hidropónica de Canfell —contestó Happy haciéndose un poco de valor—. Bajo la superficie del desierto de Cándor.

—¿El desierto de Cándor? —repitió Dark, y los pálidos labios se torcieron en una sonrisa—. Bien lejos me han traído. Yo estaba en Solis Lacus.

—¿Cómo ha venido usted a parar aquí? —preguntó Happy con súbita avidez—. Sólo los muertos son arrojados a los estanques para producir substancias químicas que alimenten a las plantas. ¿Cómo ha podido permanecer vivo bajo el agua?

—Me imagino que puedo respirar agua por la misma razón por la que puedo seguir viviendo después que un rayo calorífico me quemó las entrañas, pero no sé qué razón es ésa. Supongo que el primer paso para descubrirla es salir de este lugar.

—No puede usted salir de aquí —dijo Happy muy convencido—. Nadie

ha salido nunca.

—Ya veremos —dijo Dark con tono de confianza—. Me figuro que usted y su compañero serán una especie de presos.

—Esclavos —corrigió Happy con desacostumbrada amargura—. Los Blandos son esclavos para trabajar en los estanques. Yo no sé si los Duros son esclavos también, pero los Amos los dejan dormir en barracones en la superficie. Shadow no es ni Blando ni Duro y no sé si es esclavo. Shadow es sencillamente Shadow.

—Antes de que usted continúe —interrumpió Dark—, me parece que tengo un hambre extraordinaria.

Happy empezó a agitarse y a bambolearse. Por una de las pasaderas se trasladó lo más aprisa que pudo a una pileta de aprovisionamiento y volvió instantes después con una gran cantidad de la insípida gelatina que les servía de comida allí. Dark la atacó vorazmente, y Happy, suelta su lengua por aquella nueva compañía, empezó a suministrarle información en una corriente inagotable.

—No sé cómo llegamos aquí —dijo Happy—. No hemos nacido aquí, pero algo sucede en nuestra memoria. No podemos estar mucho tiempo al aire seco, porque la piel se nos raja y se nos cae la carne. Como usted ve, nuestros tejidos son en su mayor parte agua.

»Aquí abajo todo el mundo me tiene simpatía. Todo el mundo menos los Duros. Ya los verá usted. Tampoco sé cómo han venido ellos aquí ni para qué sirven. No trabajan como trabajamos nosotros.

»Luego está Shadow. Él es diferente. Shadow me quiere. Está conmigo todo el tiempo. Y después está Barba Vieja. Está escondido aquí abajo y no creo que los Amos sepan que está aquí. Es muy viejo y muy sabio.

—¿Quiénes son los Amos? —preguntó Dark con curiosidad, entre bocado y bocado—. ¿Y qué clase de trabajo hacéis para ellos?

—Los Amos son la gente que dirigen la Granja Hidropónica. Son hombres normales, como usted, quiero decir, como sería usted si no estuviese hinchado y pálido como los cuerpos que se arrojan a las piletas.

«Barba Vieja está enterado; él es muy sabio. Llama a los Amos «Corpmar». No sé por qué, pero parece que, antes de yo perder la memoria, yo sabía un lenguaje en el que corp significa cuerpo. Como cadáver, ya usted sabe. Quizá eso tiene algo que ver con los cuerpos que ponen en los estanques.

»Barba Vieja dice que los Amos están creando alimentos marcianos que podamos comer sin morirnos, y debe de tener razón, porque algunas veces bajan aquí alimentos muy ásperos y nos los hacen comer en lugar de la gelatina. Pero los que comen los alimentos ásperos se mueren siempre, por eso supongo que todavía no han tenido éxito, excepto con algunos de los Duros. Algunos de los Duros han comido a veces el alimento áspero sin morirse, pero se ponen muy enfermos. Y luego...

—¡Para un poco! ¡Espera un momento! —exclamó Dark levantando una

mano en señal de alto—. Sé lo que es la Corpmar y no me extraña que estén detrás de esto. Pero estoy tratando de digerir todo lo que me has dicho.

Happy se quedó callado, un poco temeroso, y Dark meditó profundamente.

Happy se agitaba, ansioso de hablar, pero temiendo interrumpir los pensamientos de Dark.

Y entonces, Shadow reapareció. Shadow apareció como viniendo de ninguna parte e hizo señas a Happy. Happy miró tímidamente a Dark. Por último, reunió valor para hablar.

—Shadow me está diciendo... —empezó, luego se contuvo cuando Dark levantó la cabeza sorprendido.

Dark le indicó que continuara.

—Shadow me está diciendo —prosiguió Happy— que Barba Vieja quiere verle. ¿Quiere usted venir con nosotros a ver a Barba Vieja?

—Desde luego —contestó Dark—. Por lo que me estás diciendo, también yo tengo muchas ganas de conocer a Barba Vieja.

Siguió a Happy y al alternativamente visible e invisible Shadow por los caminitos que serpenteaban entre los estanques en gran extensión. Por último, desembocaron en un exuberante follaje que colgaba del techo formando una bóveda sobre el espacio entre dos estanques.

Barba Vieja estaba sentado allí, en un rincón de la penumbra, sus ojos pálidos fijos silenciosamente en el trío. Barba Vieja no era en realidad tan viejo. Parecía estar en lo más robusto de la edad madura, aunque su piel era muy pálida por la larga existencia subterránea. Su cabello y su espesa barba se mostraban largos y revueltos y eran de un profundo gris acerado.

—Gracias por haber venido —dijo Barba Vieja con una voz honda y resonante que revelaba una gran energía y que tenía un tono subyacente de amarga determinación—. Para mí, es más seguro no moverme demasiado por el exterior excepto a ciertas horas.

—Me he alegrado al venir, porque estoy seguro de que usted podrá ayudarme y quizá yo pueda ayudarle también —dijo Dark—. Me llano Dark Kensington.

—Eso es lo que me ha dicho Shadow y lo que me ha parecido enormemente interesante.

—¿Es que ha oído ya usted hablar de mí? —preguntó Dark.

Barba Vieja soltó una risa profunda.

—Más interesante aún que eso —respondió—. En tiempos, antes de que yo anclara aquí y la gente como Happy me conociera por Barba Vieja, yo tenía un nombre.

Se pasó la mano por la barba y dirigió a Dark una mirada astuta de sus pálidos ojos. Continuó:

—Sí, he oído hablar de Dark Kensington y, que yo sepa, nunca hubo más que un Dark Kensington. Por eso me parece la cosa tan interesante. Ya ve usted, da la casualidad de que yo soy Dark Kensington.

XI

El desierto de Xanthe se extendía rojo y yermo por todas partes en torno a la caminante pareja, sin que las arenas fueran interrumpidas por la forma de planta o piedra de ninguna cosa viviente, y así en todo el contorno hasta el ahogado horizonte de Marte. Sobre ellos, el sol pequeño y centelleante bajaba lentamente por el cielo color de cobre hacia su ocaso.

Era curioso, pensó Maya, lo liso y plano que aparecía el desierto visto desde el aire, y lo irregular y ondulado que era cuando había que caminar sobre la arena compacta. Llevaban horas andando y, a pesar de la escasa gravedad de Marte, ella iba sintiéndose muy cansada.

—Está más lejos de lo que yo creía —dijo Nuwell, desfigurada su voz por el micrófono del casco marciano—. Las distancias en los planos engañan siempre. No podremos llegar por la noche a Ultra Vires.

Maya no contestó. Una vez más, como le había pasado muchas semanas antes, se sentía presa de la sensación de que aquel desierto por el que iban caminando era sólo una cosa superficial, una máscara espejeante de la realidad que yacía tras él. Aquella realidad parecía muy profunda, muy significativa, y Maya sentía que estaba a punto de comprenderla, pero sin lograr captarla del todo.

Estaba un poco irritada contra Nuwell por haber hablado éste cuando lo hizo. Si su voz no hubiese interrumpido el hervidero de sus emociones, sentía ella, podría haber irrumpido a aquella realidad obscuramente tanteada.

—Nuwell —dijo, dándose por vencida—, tengo que descansar un poco. Si no hemos de llegar por la noche, pues no llegamos. Siempre queda el día de mañana, y estoy cansada.

El consintió a regañadientes y se sentaron juntos en la arena. Nuwell sacó un mapa del bolsillo de su traje marciano y empezó a estudiarlo. Maya estaba tendida de espaldas, entrecruzadas las manos detrás del casco, y cerró los ojos, sintiendo complacida cómo los cansados músculos se relajaban y cómo el sudor que la bañaba empezaba a evaporarse en la suave circulación del sistema de control de temperatura del traje marciano.

—¡Maya! —exclamó Nuwell de pronto—. ¡Mira! ¡Nos van a salvar!

Ella se sentó y miró en la dirección que él estaba señalando con el dedo. En el horizonte, hacia el Nordeste, se veía una nube de polvo, demasiado plácida y estacionaria para ser una tormenta de arena.

Se pusieron en pie y Nuwell habló apresuradamente en la radio de su casco, empleando la longitud de onda convencional para los casos de emergencia.

—¡Atención, coche de superficie! ¡Atención, coche de superficie! Estamos a pie y en apuros. Estamos a pie al sudoeste de donde ustedes se encuentran. Hagan el favor de ayudarnos. ¡Atención, coche de superficie!

En el silencio que se siguió no hubo ninguna res puesta de radio. Pero inmediatamente fue como si una voz profunda y extraña hablase en las interioridades de la mente de Maya:

—Os estamos viendo.

Sorprendida, miró con curiosidad a Nuwell. Pero, evidentemente, él no había tenido la misma experiencia. Otra vez estaba charlando frenéticamente por la radio.

—Por lo visto, no han sintonizado la banda de emergencia, Nuwell —le dijo ella—. Pero vienen casi directamente hacia nosotros. Forzosamente tendrán que vernos si es que no nos han visto ya.

—Eso es verdad —dijo Nuwell, y añadió ásperamente—: Pero deberían estar sintonizados. Es lo que manda la ley.

La nube de polvo se seguía acercando lentamente, demasiado lentamente para un coche de superficie. Pudieron divisar un núcleo oscuro abajo y al frente. Entonces, Nuwell dijo:

—¡En el nombre del Espacio! No es un coche de superficie, Maya. Es una pandilla de marcianos. Alejémonos de aquí.

Empezó a caminar rápidamente, pero Maya no se movió.

—No seas tonto —le dijo—. Los marcianos no nos harán ningún daño. Me crié entre ellos.

Nuwell se detuvo y volvió con reluctancia junto a la joven.

—Puede que no nos hagan daño, pero, ¿por qué hemos de esperarlos? —preguntó con una nota de espanto histérico en la voz—. ¡Vámonos, Maya!

—Es muy posible que nos hayamos extraviado al tratar de llegar en línea recta a Ultra Vires —replicó Maya con lógica—Puede que sea por eso por lo que todavía no lo hayamos visto. Los marcianos sabrán donde está, y el encuentro con ellos puede evitarnos el que nos extraviemos del todo en el desierto.

Nuwell se resignó, pero ella pudo notarle en la expresión de su fisonomía que estaba lleno de pánico. Eso la dejaba perpleja. No podía comprender que nadie le tuviese miedo a los marcianos. Eran grandotes, feos y extraños, pero no mostraban hostilidad alguna contra los humanos.

Cuando los marcianos estaban ya bastante cerca, Maya les hizo señales con los brazos y empezó a caminar para salirles al encuentro, siguiéndola Nuwell a corta distancia. Los marcianos cambiaron ligeramente de rumbo y se les acercaron.

Maya llamó en su ayuda los recuerdes de su niñez. Puso el altavoz de su casco al máximo de volumen y les habló en el lenguaje de ellos, con los tonos más profundos que le era dado alcanzar.

—Hijos del pasado, buscamos ese lugar en el desierto que los humanos llaman Ultra Vires —dijo—. ¿Podéis vosotros mostrarnos en qué dirección debemos caminar?

Los marcianos se congregaron en torno a ella, sobrepasándola. Era cuatro. Sus inmensos pechos se movían lentamente, mezclando el oxígeno de sus

grandes jorobas con el aire circundante. Sus delgados brazos colgaban fláccidos a los costados y sus grandes orejas se adelantaban, empinándose, hacia ella. Sus enormes ojos oscuros parecían atravesarla con la mirada y ver más allá.

—El sol se mueve hacia ese sitio, pero ahora ya no hay humanos allí —mugió uno de los marcianos—. Nada vive allí ahora, excepto pequeños animales en los muros y corredores.

—Sabemos eso —contestó Maya—, pero deseamos ir allí para poder comunicarnos con otros humanos y pedirles que vengan y nos recojan.

Deseaba decir que las reservas de oxígeno que llevaban en los depósitos de sus trajes marcianos no bastarían para alcanzar otro sitio que no fuera Ultra Vires, pero no sabía cómo decir eso adecuadamente en el idioma marciano.

Pero, con gran asombro por su parte, el marciano contestó como si ella hubiese hablado.

—Si las substancias químicas respirables que lleváis están tan escasas, no podéis arriesgaros a perderos —dijo la criatura—. Mejor que deciros donde se encuentra ese lugar, será acompañaros hasta allí.

Durante aquella conversación, Nuweil había permanecido a la vera de Maya, con una expresión en el rostro que era una mezcla de curiosidad, irritación y miedo. Maya se volvió hacia él.

—Los marcianos dicen que nos acompañarán a Ultra Vires para que no nos perdamos —le dijo.

—¡No! —exclamó él con vehemencia—. Diles que no queremos que vengan con nosotros. Que nos digan sólo cuál es el camino y nosotros iremos por nuestra cuenta.

—No seas ridículo —replicó Maya fríamente, e indicó a los marcianos, que estaban dispuestos a acompañar al grupo.

Empezaron a caminar juntos hacia Poniente, los cuatro marcianos y los dos humanos. Maya, sintiéndose algo aliviada ahora que disponían de una ayuda experta para alcanzar la meta, intentó hablar con Nuwell, pero éste se negaba a contestar excepto con monosílabos. Estaba enfadado por el hecho de que ella hubiera aceptado que los marcianos los acompañasen, y evidentemente se sentía todavía muy nervioso en presencia de aquellos seres. Por consiguiente, en lugar de hablar con él, se puso a hablar con el marciano que había actuado como portavoz del grupo. Supo que se llamaba Qril.

—El sitio al que os dirigís tiene una mala atmósfera —dijo Qril—. El humano que vivió allí durante muchos años intentó hacer cosas de una manera equivocada.

—Nosotros estuvimos allí en la estación anterior a ésta —contestó Maya—. Eso fue justamente antes de que se marchara ese humano.

—Yo ya he leído eso en ti —dijo Qril—. También he leído en ti que, cuando niña, viviste entre nosotros, que somos hijos del pasado. Por tanto, quizá tú supieses antes de que yo hablara que una atmósfera mala permanece en ese lugar y todavía no ha sido lavada por el tiempo.

—No, cuando niña no me enseñaron semejantes cosas —contestó Maya—. Pero, dime, es verdad que este hombre trató de hacer cosas malas a juicio de las normas humanas, pero, ¿eran malos también conforme a las normas marcianas los experimentos genéticos de Chivo Hennessey?

—No has interpretado con entera corrección lo que he dicho —replicó Qril—. La atmósfera mala es dejada por el hombre porque hizo lo que es malo con arreglo a sus propias normas. Yo dije únicamente que él trató de hacer cosas de una manera errónea.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maya.

—Para explicártelo, tengo que hablarte de cosas que ya conoces en parte —contestó Qril—. Antes de que tú nacieses, el humano al que llamáis Chivo era uno de un grupo de humanos que buscaban procedimientos para independizar a los humanos de las naves espaciales que traen materiales de la Tierra a Marte, y crear pequeñas islas de condiciones terrestres en medio del ambiente marciano. Cuando tropezaron con la resistencia natural de los humanos, que obtienen ventajas materiales de las actividades de las astronaves, vinieron al desierto para poder trabajar libremente.

«Buscando alejarse de los hombres que se oponían a su trabajo, este grupo de humanos llegó a la zona que, tú conoces con el nombre de desierto de Icaria. Algunos de nosotros, que somos hijos del pasado, vivimos en esa zona a veces, y aquellos humanos buscaron nuestra ayuda, sabiendo que poseemos muchos restos de los conocimientos que tenían nuestros antepasados.

»Pero nos era difícil ayudarles. Ellos estaban intentando seguir dos líneas al mismo tiempo, y las dos líneas estaban equivocadas.

—Yo sé algo de esas dos líneas —dijo Maya—. Algunos de ellos trataban de desarrollar facultades humanas extrasensoriales para que los materiales pudiesen ser teleportados desde la Tierra, y los otros instaban tratando de cambiar el cuerpo humano fisiológicamente, de forma que los humanos pudiesen vivir en las condiciones marcianas. Pero tú dices que ambas direcciones eran erróneas, ¿no?.

—En cada una de las direcciones seguidas por ellos, trataban de hacer a los humanos parcialmente como nosotros, los hijos del pasado —dijo Qril—. Nosotros tenemos la facultad de poder comunicarnos mediante nuestras mentes a una cierta distancia, y algunos de nosotros podemos transportar cosas con nuestras mentes a una cierta distancia también. Nosotros no necesitamos vuestro rico aire terrestre, porque tomamos el oxígeno directamente del suelo y lo almacenamos en nuestros cuerpos para propósitos de combustión.

»Pero los humanos y los hijos del pasado son formas diferentes de vida y no es posible hacerlos muy semejantes. Es posible para los humanos desarrollar facultades mentales similares a las nuestras, pero este sistema los haría depender de la importación de materiales de la Tierra, aunque esta importación se hiciera por transmisión mental en lugar de por naves espaciales. El otro sistema seguido por ellos no podía tener éxito, porque el

cuerpo humano no puede ser alterado de forma que consiga tomar oxígeno del suelo y almacenarlo para su uso ulterior.

—¡Pero tú estás equivocado! —exclamó Maya—. Chivo Hennessey tuvo éxito al crear algunos humanos que podían vivir durante cierto tiempo sin el oxígeno del aire. Sus experimentos eran imperfectos, es verdad, pero los seres por él creados podían hacer eso.

—Los humanos imperfectos que el humano llamado Chivo llegó a crear no eran lo que él pensaba —replicó Qril—. Nosotros tratamos de ayudar a los humanos a encontrar el camino acertado, pero ellos no pudieron comprendernos bien. Tratamos de mostrarles, con diagramas y ejemplos, que la forma adecuada de adaptar un humano a las condiciones marcianas era una cosa distinta.

»Por el hecho de que la Tierra está, más cerca que Marte del Sol, los humanos tienen una posibilidad que nosotros no tenemos. Lo que nosotros tratábamos de mostrarles a aquellos humanos era un método con el que podían cambiar la fisiología del embrión de forma que el humano adulto pudiese hacer uso de la energía de las radiaciones solares directamente, en lugar de depender de la energía de la combustión de esas substancias químicas que vosotros llamáis oxígeno y carbono. Esto hace al cuerpo independiente tanto del aire como de la comida y tiene, además, la ventaja de proporcionar también un poder regenerador muy superior a los tejidos corporales.

»El humano Chivo, por razones que no conocemos, robó algunos de nuestros diagramas y dos de las mujeres humanas embarazadas, y continuó su trabajo en ese lugar al que ahora nos dirigimos. Pero él pensó que todavía estaba intentando lograr el cambio de la fisiología de forma que el oxígeno pudiese ser almacenado, y por tanto sus experimentos se desarrollaban en una línea errónea.

—Pero él tenía vuestros diagramas —objetó Maya—. Aunque no estuviese haciendo las alteraciones que él creía que estaba haciendo, ¿cómo podía equivocarse si seguía al pie de la letra las indicaciones de los diagramas?

—Los diagramas mostraban los cambios que había que hacer en las células embrionarias, pero no podían mostrar el procedimiento a seguir para esos conseguirlo mediante métodos mecánicos, quirúrgicos, pero éstos eran demasiado crudos y brutales para tener éxito. El método que nosotros utilizamos para provocar tales cambios, método que es el único verdadero, consiste en enfocar las fuerzas mentales sobre el embrión. Creo que vosotros llamaríais eso psicoquinesis.

Maya se excitó grandemente al escuchar aquella revelación.

—Entonces, los experimentos más antiguos de Chivo, aquellos que él llamaba Brute y Adam, eran en realidad los únicos en los que vosotros, hijos del pasado, llevasteis a cabo los cambios en el embrión —exclamó—. Deben de haber sido los hijos de las mujeres embarazadas que él secuestró. Por eso justamente resultaron más eficaces que los demás.

—Así es —dijo Qril—. Realizamos el cambio completo solamente en uno de los dos, por tanto sólo ese uno se habría desarrollado y convertido en un adulto que podría vivir, si fuese necesario, en total independencia del aire y de la comida. El otro nunca podría haberlo hecho por más de un corto período sin regresar a las condiciones terrestres.

La pandilla llegaba ahora a la cresta de una loma larga y baja, y la masa de Ultra Vires surgió del desierto delante de ellos. El sol estaba cerca del ocaso, y las negras murallas del baluarte se arrebolaron lúgubremente bajo sus rayos carmesíes.

Los marcianos los abandonaron entonces y Nuwell y Maya prosiguieron solos hacia su meta. Nuwell exhaló un pronunciado suspiro de alivio.

—Me alegro de que nos veamos libres de esos monstruos —dijo—. No comprendo cómo has podido sostener una conversación con semejantes criaturas, Maya. Para mí sonaba como una serie de gruñidos y gritos animalescos. De vez en cuando cogía alguna que otra palabra como «oxígeno» y «psicoquinesis». ¿De qué estabais hablando?

—Me estaba refiriendo los experimentos de Chivo Hennessey y hasta qué punto diferían de los experimentos hechos por los rebeldes antes de que Chivo viniese a Ultra Vires —contestó Maya.

—Ese tipo de charlas no puede servir para nada bueno —dijo Nuwell con irritación—. El movimiento rebelde ha quedado ahora aplastado y no tiene sentido ocuparse de las cosas ilegales que ellos trataban de hacer.

Bajaron la cuesta y se acercaron a la cámara de descompresión situada en la parte sur de Ultra Vires. La cámara estaba todavía sellada. Nuwell la puso en funcionamiento y penetraron por ella en el vasto edificio.

En el interior reinaba la oscuridad. Nuwell se puso a tantear por las paredes y encontró un conmutador. Lo apretó, pero no pasó nada.

—El sistema eléctrico no funciona —dijo—. Tendremos que utilizar las linternas de nuestros trajes.

Encendió su propia luz. Ésta arrojó un largo rayo sobre el corredor polvoriento. Delante de ellos, un pequeño animalucho se escabulló ante la débil luz y desapareció en la oscuridad.

Nuwell compulsó en su esfera el estado de la atmósfera.

—Aquí dentro, el oxígeno está perfectamente —dijo—. Por lo menos el aire se ha mantenido en debida forma. Podemos quitarnos los cascos.

Se quitaron los cascos y avanzaron por el corredor. Probaban cada una de las puertas laterales, buscando el cuarto de las transmisiones, pero sólo hallaban cámaras vacías o habitaciones abandonadas en las que libros, papeles y muebles rotos estaban desperdigados en una desorganización completa.

Tardaron cerca de una hora en encontrar el cuarto de las transmisiones. Y allí sufrieron un desengaño.

El emisor y receptor de radio de Ultra Vires había sido desmantelado. No quedaba nada sino un amasijo de tubos rotos, piezas sueltas y cables desnudos que emergían de las paredes. Una mesa tumbada y dos retorcidas sillas

metálicas.

—Esto es lo que hay —dijo Nuwell, más filosóficamente entonces de lo que Maya habría podido esperar—. Nuestra única esperanza es encontrar un coche de superficie.

Aquello requirió otra búsqueda, pero, por fin, encontraron el garaje. Y había allí tres coches de superficie, todos en distintas etapas de avería o desmantelamiento.

—Parece como si tuviéramos que seguir andando, Nuwell —dijo Maya.

Nuwell meneó la cabeza.

—He estudiado el plano cuidadosamente —dijo—. La reserva de oxígeno de un traje marciano no bastaría para llevarnos ni a la Granja Canfell, ni a Ofir, ni siquiera con depósitos suplementarios. Tenemos que dedicarnos a desmontar dos de estos vehículos para reparar un coche de superficie.

—Pero, Nuwell, ¿cuánto tiempo vamos a emplear en eso?

—No lo sé —confesó él—. Desde luego, parece que va a ser toda una faena. Calculo que nos va a costar dos o tres semanas de trabajo, pero es la única forma de salir de aquí.

Él la miró pensativamente.

—Es una lástima que no estemos ya casados —dijo—. Esto nos proporcionaría una especie de luna de miel, los dos aquí solitos en el desierto.

—Sí, pero no lo estamos —dijo ella prosaicamente—. Y no lo estaremos hasta que volvamos a la Ciudad de Marte.

—Es verdad —dijo él—. Bueno, lo único que podemos hacer por esta noche es cenar y encontrar las habitaciones que nos asignó Chivo la primera vez que estuvimos aquí. Espero que habrá, dejado camas intactas en esas habitaciones o en algunas otras. Si no, nos esperan muchas malas noches.

XII

Los dos Dark Kensington y Happy Thurbelow caminaban por una de las pasaderas entre los estanques, siendo Happy el que iba detrás del todo, con su paso cansino. Sabían que cerca de ellos, por alguna parte, Shadow iba acompañándolos.

El sitio estaba en penumbra, la húmeda penumbra propia de un pantano. No llegaba a discernirse la fuente de luz que se filtraba a través de la débil niebla y que parecía impregnar el aire, y el techo de aquel mundo subterráneo se perdía en la oscuridad por encima de sus cabezas. La plácida superficie del agua espejeaba vagamente en los estanques junto a los que iban pasando, y el amasijo verde pálido de la vegetación se alzaba por encima y en torno de las piletas, extendiendo a veces sobre las pasaderas brazos huesudos y serpenteantes que trataban de sujetarlos.

—Lo que no comprendo —decía Dark el joven— es que nuestras memorias coincidan exactamente hasta un punto que usted dice que está situado en un pasado de hace veinticinco años. Mis recuerdos son tan auténticos como los que usted dice que son suyos; no se trata de algo que me haya dicho alguien, sino que son recuerdos reales de cosas que me han sucedido, cosas que yo he sentido y que he hecho. Si los dos son auténticos conjuntos de recuerdos, ¿cómo puede explicarse eso? ¿Somos nosotros dos la misma persona que, de una manera o de otra, se ha escindido en dos individuos distintos?

—Sólo puedo conjeturar la explicación, pero tengo una teoría —contestó Barba Vieja—. Usted es mucho más joven que yo. Calcularía que es usted veinticinco años más joven que yo. Mis recuerdos son consecutivos y completos: recuerdo no solamente las tempranas cosas que usted dice recordar, sino los acontecimientos de estos últimos veinticinco años sin la menor laguna. Usted dice que sufrió un período de amnesia y que su siguiente recuerdo consecutivo es el de haber estado con los marcianos en el desierto de Icaria.

—Eso parece que le da a usted ventaja en la pretensión de ser el verdadero Dark Kensington —convino Dark con una sonrisa—. Pero, si usted lo es, ¿quién soy yo? ¿Cómo es que me acuerdo de ser Dark Kensington?.

—Es muy posible que, por la razón que sea, mis primeros recuerdos hayan sido injertados en usted como suyos propios —replicó Barba Vieja—. No sé cómo es posible conseguir eso, tal vez por medio de una hipnosis muy profunda y extensa. Los marcianos, por lo que de ellos sé, son expertos en tales cuestiones mentales, una reliquia que les queda de la antigua ciencia que, según la leyenda, poseían cuando sus civilizaciones cubrían todo Marte.

»Yo trabajé con los marcianos en una relación muy estrecha durante largos períodos en los primeros días de la rebelión, del Fénix, como ustedes lo llaman ahora, y es posible que ellos registrasen todo el contenido de mi

memoria a base de ciertos métodos de ios que nada sé y por razones que no puedo imaginarme.

—Eso parece razonable —concedió Dark—. Pero, con todo, quedan sin contestar estas preguntas: ¿quién soy yo y qué es lo que les ha pasado a mis recuerdos de mis veinticinco años de vida?

—Me temo que ésas son preguntas a las que me es imposible contestar —replicó Barba Vieja.

En la penumbra que se extendía ante ellos, divisaron a un grupo de Duros desnudos que se acercaban caminando por la pasadera. Doblaron a un lado y se escondieron entre las plantas para aguardar a que pasasen los Duros y proseguir ellos luego su camino. Los Duros eran agresivos e insensatamente brutales, y un encuentro con ellos sólo podía significar jaleo.

—Happy me ha explicado la situación que aquí reina, lo mejor que ha podido, pero me temo que no fue una explicación muy adecuada —dijo Dark en cuanto que se acurrucaron en el refugio umbroso—. ¿Podría usted decirme algo más y explicarme el motivo de su presencia aquí?

—Happy es muy inteligente, a pesar de ser un Blando, pero ninguno de los Blandos es excepcionalmente brillante —contestó Barba Vieja con una nota de afecto en la voz—. Le describiré a usted todo esto lo más brevemente que pueda.

»Como indican los recuerdos de usted, o recuerdos trasplantados, yo formaba parte de un grupo de colonos marcianos que juntaron sus fuerzas para trabajar en un proyecto que a primera vista parecía ser puramente teórico y fantástico: la consecución de la capacidad necesaria para vivir en las condiciones naturales marcianas sin tener que depender de la importación regular de mercancías extremadamente caras traídas de la Tierra. Como usted sabe, este proyecto empezó muy pronto a perder sus cualidades fantásticas y apareció claramente como una cosa dentro del margen de la realización posible.

»A causa de la diferente formación y orientación de quienes intentábamos ese proyecto, se adoptaron dos formas de enfocarlo. Una, basada en la progresiva investigación terrestre en el campo de la percepción extrasensorial, se orientaba hacia el desarrollo de facultades telepáticas y telequinéticas, de forma que la comida, el oxígeno, la maquinaria y otros elementos esenciales pudieran ser teleportados directamente desde la Tierra a las cúpulas marcianas sin tener que depender de las líneas interplanetarias. El otro procedimiento, basado en principios científicos más ortodoxos, apuntaba al desarrollo genético de un tipo humano que pudiese vivir sin tales importaciones, con comida marciana existente en este planeta y en la atmósfera marciana.

»Como usted sabe, el Gobierno prohibió estos experimentos, y entonces nos retiramos al desierto para continuarlos a pesar de la prohibición. Por lo que usted me dice del alcance de sus recuerdos, lo que usted no sabe es el motivo que había detrás de aquella prohibición, motivo que descubrimos o que, al menos, descubrí yo, solamente después de haber sido traicionados y de

que el Gobierno hubiese irrumpido en nuestra colonia experimental, destruyéndola completamente.

»Como era fácil de conjeturar, la culpa la tenían las líneas espaciales. Veían que el éxito de los experimentos pondrían fin a sus lucrativos negocios. Estas líneas espaciales, dirigidas por la Corporación Marciana, que posteriormente absorbió a las demás e implantó un monopolio, ejercieron una fuerte presión política y lograron que nuestro proyecto quedase prohibido.

»Me enteré de que muchos de mis colegas lograron escapar y formar una organización rebelde que prosiguió el trabajo, secreta y clandestinamente, pero nunca puede llegar a conocer detalles de eso hasta que usted vino y me contó las actividades que ha estado desarrollando. Tenga en cuenta que hace ya un cuarto de siglo que no salgo de estas cuevas.

Shadow apareció en el refugio para informarles de que los Duros ya habían pasado de largo. Dark no pudo determinar con seguridad la forma en que Shadow transmitió el informe, ya que no oyó que se pronunciase ninguna palabra. O bien Shadow se comunicaba por medio de gestos sutiles o con entonaciones por encima de la facultad auditiva de Dark, el caso era que sólo Barba Vieja y Happy parecían comprenderlo fácilmente.

—¿Y cómo es que está usted aquí, Barba Vieja? —preguntó Dark, una vez que salieron del escondite y reanudaron su avance por las pasaderas.

—Me detuvieron cuando el Gobierno destruyó los grupos experimentales —contestó Barba Vieja—. Yo era el jefe de la sección de experimentos relacionados con las percepciones extrasensoriales, y, en lugar de ejecutarme inmediatamente, trataron de inducirme a que continuara este trabajo para el Gobierno según directrices específicas y bajo supervisión. Me negué porque sabía que cualquier ayuda que les prestase no se utilizaría en beneficio de los colonos marcianos, sino para obtener mayores beneficios en las líneas espaciales.

»Al final, pude escapar a estas cavernas subterráneas donde cultivan plantas alimenticias hidropónicamente, y las venden para aumentar la producción de las granjas cúpulas y de los huertos en las ciudades cúpulas. Estas cavernas son muy extensas y, con la amistad y ayuda de los Blandos, he logrado no ser descubierto en veinticinco años.

—¿Quiénes y qué son concretamente los Blancos? —preguntó Dark—. A esa pregunta no he podido conseguir que Happy me responda muy satisfactoriamente.

—Son animales humanos de experimentación —contestó Barba Vieja—. Las plantas alimenticias terrestres, cultivadas hidropónicamente y vendidas en efecto en las ciudades cúpulas, son una actividad accesoria del verdadero propósito de este lugar. La Corpmar está llevando a cabo aquí sus experimentos con un equipo de expertos genetistas.

»Lo que la Corpmar trata de conseguir es producir plantas aborígenes marcianas que crezcan al aire libre en las Tierras Bajas sin necesidad de una oxigenación e irrigación costosísimas, plantas que no sean venenosas para los

humanos y que puedan utilizarse como alimento. Al mismo tiempo, están ocupándose del problema desde otro ángulo de enfoque, y los Blandos son hombres y mujeres cuya estructura glandular ha sido alterada para lograr que su fisiología sea más receptiva a la vegetación marciana nativa. Naturalmente, si llegaran a tener éxito, la Corpmar tiene un monopolio completo sobre semejantes alimentos, igual que lo tiene sobre las importaciones de la Tierra. Pero tales alimentos los obtendría con mucho menos gasto.

—¿Y los Duros?

—Son también animales humanos experimentales surgidos de una forma diferente de alteración glandular. No son ni dóciles ni inteligentes como los Blandos y por eso no se los puede utilizar para el trabajo de esclavos que realizan los Blandos. Casi su única utilización consiste en formar con ellos de vez en cuando escuadras pendencieras con las que aterrorizar a los Blandos y mantenerlos bajo el yugo.

—¿Y ha estado usted aquí veinticinco años y nunca ha podido escapar? —preguntó Dark incrédulamente.

—Este Sitio no está custodiado —replicó Barba Vieja con una torcida sonrisa—. No tienen necesidad de custodiarlo. Todo lo que tienen que hacer es vigilar el cuarto de víveres donde se guardan los trajes marcianos, y vigilar el garaje. Este lugar se encuentra en el centro del desierto de Cándor y nadie puede vivir en el desierto marciano sin oxígeno.

Llegaban ahora a uno de los muros de la caverna subterránea, y Barba Vieja los condujo de pronto a una fisura que estaba bien disimulada, resultando visible desde los caminitos, por una enmarañada cortina de vegetación. Avanzaron poco más de un metro por un estrecho pasillo y emergieron a un burdo pozo de mina, en las paredes del cual una escalera de peldaños rudamente cincelados subía hasta una intensa oscuridad. Ahí se detuvo Barba Vieja.

—Cuando le dije a usted qué no había manera de escapar de aquí, no quise con ello darle a entender que yo no lo haya intentado muchas veces— le explicó Dark—. Este pozo conduce hasta los muros de la estructura que hay arriba, arriba aunque todavía debajo del suelo, y, por las noches, he subido a menudo. Durante tiempo he alimentado la esperanza de poder hacerme con un traje marciano o un coche de superficie y escaparme, pero están guardados bajo llave y vigilados siempre contra los Blandos y los Duros.

»Ahora quiero que suba conmigo para que se forme usted idea del lugar, y después tal vez se le ocurra algo que pueda ser útil. Happy y Shadow se quedarán aquí abajo hasta que volvamos.

Barba Vieja trepó lentamente por los empinados escalones, y Dark lo siguió casi rozándolo. Aunque el fondo del pozo estaba iluminado con la misma luz turbia que se derramaba sobre toda la zona subterránea, más arriba ya no había luz en absoluto y tenían que avanzar tanteando el camino con gran cuidado para no caerse de los estrechísimos peldaños.

Una vez arriba, Barba Vieja se detuvo y Dark tropezó rudamente con él.

—Voy a avanzar por el hueco que existe entre las paredes —cuchicheó Barba Vieja—. Agárreme la mano y sígame. Pero no hable y procure no hacer el menor ruido, porque cualquiera que esté fuera de las paredes podría oírlo todo.

Empezaron a avanzar. El camino era muy estrecho, muy oscuro y muy difícil y, con frecuencia, estaba estrangulado por tubos de ventiladores o amasijos de cables. Habían recorrido unos diez o quince metros cuando Barba Vieja se detuvo.

Por los movimientos de Barba Vieja, Dark comprendió que estaba trabajando en algo. Luego, una parte de un tubo de ventilador fue retirada de la rejilla del mismo y una débil luz iluminó el espacio en el que estaban acurrucados. En aquella penumbra, Dark pudo distinguir el ademán de Barba Vieja, indicándole que mirase por el ventilador.

Dark se puso a atisbar y vio que estaban cerca del cielo raso de una amplia habitación de techo muy alto. En ella, bajo luces deslumbrantes, un grupo de media docena de hombres vestidos de blanco trabajaban con bisturíes y otros instrumentos sobre el cuerpo de un hombre, anestesiado o muerto, que yacía en una mesa de operaciones.

Barba Vieja colocó el rostro contra la rejilla, cerca de Dark, y los dos hombres vigilaron por pocos momentos la escena que se desarrollaba abajo. Luego, uno de los hombres que estaba alrededor de la mesa levantó la cabeza, dejando ver un delgado rostro de acuosos ojos azules y enmarañada barba de chivo.

Los dos intrusos que estaban entre los muros jadearon como un solo hombre. Y uno exclamó:

—¡Padre!

La sola palabra en voz alta fue arrancada de la garganta de Dark en contra de su voluntad, sin que en realidad llegase a darse cuenta de que la había pronunciado.

Las cabezas de ¡os hombres que estaban en la habitación se alzaron al oír el grito y todos ellos miraron en torno y se miraron unos a otros con expresión de perplejidad. Barba Vieja pegó con fuerza una mano sobre la boca de Dark y le susurró al oído:

—¡Loco! ¡Vámonos de aquí!

Regresaron tan quedamente como les fue posible. A través del ventilador, llegaba tras ellos el murmullo de voces irritadas.

Después de bajar las escaleras del pozo y de pasar con Happy y Shadow por la hendidura del muro, Barba Vieja fijó unos ojos penetrantes en Dark y dijo:

—¡Ya le advertí que se estuviese callado! ¿Qué significaba aquella exclamación?

—Es algo muy extraño —murmuró Dark, pensativo y preocupado el rostro—. Pero evidentemente también usted reconoció a ese hombre. ¿Quién es él?

—Sí, lo conozco muy bien —contestó Barba Vieja, con profunda amargura en su tono—. Es Chivo Hennessey. Pero esta es la primera vez que lo veo en veinticinco años. Debe de haber venido aquí hace muy poco tiempo.

—¿Chivo Hennessey? Oí hablar de él cuando estuve en la Ciudad de Marte.

—Chivo Hennessey era uno de los amigos míos en quien yo tenía más confianza —dijo Barba Vieja—. Si usted lleva mis primeros recuerdos, me sorprende que no lo reconociera también a él como Chivo Hennessey.

—Lo reconocí como otra persona —dijo Dark en voz baja.

—Trabajábamos juntos —prosiguió Barba Vieja—. Yo era el jefe de los trabajos para resolver nuestro problema mediante la percepción extrasensorial, y él era el científico más importante del grupo que intentaba resolverlo mediante la transformación genética. Trabajábamos juntos y nos habíamos ido al desierto con los demás, cuando el Gobierno prohibió nuestros experimentos.

»Pero Chivo fue el hombre que nos vendió. Nos delató al Gobierno no sé por qué precio. Cuando agentes del Gobierno irrumpieron en nuestro refugio, aplastaron nuestra organización y me detuvieron.
Chivo Hennessey secuestró a mi joven esposa embarazada y ya nunca volví a verla.

»Me alegro de que Chivo Hennessey esté aquí, porque ahora podré acercarme a él. Y cuando pueda acercarme, lo mataré. Me gustaría matarlo tan lentamente y con tanto sufrimiento como mató él mi corazón dentro de mi pecho.

Cuando Barba Vieja pronunció estas últimas palabras, su rostro estaba tenso; sus puños, crispados y un fuego sombrío ardía en sus pálidos ojos. Luego, lentamente, el fuego se apagó y él volvió los ojos, de nuevo fríos y razonables, un poco inquisitivos, sobre Dark.

—¿Lo lo llamó usted «padre»? —preguntó.

—Sí —dijo Dark en voz baja—. Pero preferiría no hablar ahora de eso.

Miró a Barba Vieja y pareció estarse alejando de sí mismo, en un esfuerzo de profunda introversión. Dijo luego con voz firme:

—Hay una cosa que he recordado como consecuencia de haber visto a Chivo Hennessey. Este sitio no está muy lejos de un lugar existente en el desierto de Xanthe donde Chivo llevó a cabo experimentos significativos. Si dejó allí algunos de sus registros, y estoy pensando en uno en particular, podrían proporcionarnos una gran ayuda para resolver el problema en el que llevamos trabajando tanto tiempo. Por consiguiente, ya sé lo que tengo que hacer ahora: ir a Ultra Vires, que es como se llama ese lugar.

Barba Vieja sonrió tristemente.

—¡Ha olvidado usted que no podemos salir de aquí! —le recordó—. No podemos apoderamos ni de los trajes marcianos, ni de los coches de superficie.

Ahora le tocaba a Dark sonreír.

—Creo que dijo usted que por la noche no hay vigilantes en las cámaras de descompresión que puedan impedirle a uno salir, ¿no? —preguntó.

—Así es, pero no veo!...

—Hay algo que usted no sabe —continuó Dark—, Se preguntaba usted cuál sería el poder regenerador que me permitió resucitar aquí después de haber sido alcanzado de lleno en el estómago con una pistola calorífica. No sé qué facultad es ésa, pero sea la que sea, desde luego es algo que me permite también vivir sin oxígeno.

»Happy puede atestiguar que yo estaba completamente vivo y consciente debajo del agua. Descubrí, antes de que me dispararan, que podía moverme con la mayor naturalidad a la intemperie, en la atmósfera marciana, sin llevar casco. Y, por eso precisamente, es por lo que los registros de Chivo pueden resolver nuestro problema.

»Por consiguiente, esta noche saldré de aquí a iré a Ultra Vires. Si quedan allí trajes marcianos y coches de superficie, volveré con ambas cosas, y usted y Happy y Shadow podrán huir conmigo. Si no, tendrán que esperar un poco más.

»¡Pero yo volveré!

XIII

Brute Hennessey caminaba hacia el Oeste por el desierto de Xanthe, desnudo, sin traje marciano, la cabeza descubierta al enrarecido aire marciano, pobre en oxígeno. Las dos pequeñas lunas brillaban en el cielo salpicado de estrellas sobre la figura solitaria, arrojando sombras fantásticas sobre las arenas.

Pero este no era el estúpido y tambaleante Brute Hennessey de pocos meses atrás. Caminaba con seguridad y con orgullo, y la luz de la inteligencia brillaba en sus ojos.

Se llamaba ahora Dark Kensington.

El cuerpo musculoso de Dark no había aún recuperado del todo la firmeza y el tono que había tenido antes de recibir el disparo de la pistola calorífica en Solis Lacus, pero se había recobrado grandemente de la hachada flaccidez de pocos días atrás. La mayor parte de lo que había sido agua en sus tejidos fue eliminado o reabsorbido por la actividad física normal y su organismo funcionaba en debida forma.

Mientras caminaba por la noche marciana hacia Ultra Vires, Dark recordaba, con algo parecido al horror, aquella explosión emotiva que había ocurrido en su interior ante aquella primera visión de Chivo Hennessey en la Granja Hidropónica Canfell. Aquel súbito y abrumador reconocimiento le había arrancado de los labios el grito de: «¡Padre!»

En aquel mismo momento, la memoria había vuelto con terrible impacto y él se había quedado abrumado al revivir aquellos instantes en que había estado frente al hombre a quien admiraba y quería como padre y había visto la amarga prueba de la repulsa de aquel hombre escrita con la punta de un cuchillo.

Ahora lo recordaba todo. Recordaba su niñez en Ultra Vires, recordaba a Adam y las comunes experiencias de ambos. Recordaba sus caminatas por el desierto obedeciendo las órdenes de Chivo Hennessey, recordaba cómo había matado a Adam y cómo había aceptado la muerte de manos de Chivo. Recordaba que él, Dark Kensington, era Brute Hennessey, devuelto a la vida, de una u otra manera, una vez más, en el desierto de Icaria, lo mismo que había resucitado por segunda vez en los estanques de la Granja Hidropónica Canfell.

Así pues, aparentemente, Chivo Hennessey era su padre. Y Barba Vieja, el verdadero Dark Kensington, había jurado tomar venganza de Chivo. Dark podía contemplar aquella perspectiva con ecuanimidad. Ya no sentía ninguna admiración o afecto por Chivo, fuese cual fuere el parentesco que pudiera existir entre ellos.

Pero, puesto que era Brute Hennessey y no era lo bastante viejo para ser el

verdadero Dark Kensington, ¿cómo y por qué había adquirido la memoria de Dark Kensington? Esa pregunta permanecía sin contestación.
Fobos estaba poniéndose por primera vez aquella noche cuando Dark llegó a la gran mole de Ultra Vires, hizo funcionar una de las cámaras de descompresión y entró por los sombríos corredores del edificio. No había luz alguna y un tanteo en los conmutadores le demostró que el sistema eléctrico no funcionaba ya. Pero Dark conocía cada pulgada del lugar desde su más temprana infancia. En la densa oscuridad, fue abriéndose camino hasta la vieja alcoba de Chivo Hennessey.

Tanteando en la oscuridad, descubrió que la cama de Chivo estaba todavía equipada con colchón y arrugadas sábanas. Esto lo sorprendió un poco, ya que la más mínima cantidad de tela en Marte había de ser importada de la Tierra y era demasiado valiosa para ser abandonada. Pero, por lo visto, estas cosas habían sido dejadas temporalmente al salir Chivo de Ultra Vires y serían recogidas más tarde en camión.

Experimentando una cierta satisfacción humorística por el hecho de utilizar el cuarto del amo, Dark se acurrucó en la cama de Chivo y se echó a dormir.

Se despertó a la mañana siguiente con el resplandor de la luz solar del desierto, que se reflejaba en la habitación. Se levantó, se desperezó y bostezó. La habitación era un perfecto revoltijo. Chivo había dejado intacta la ropa de cama, pero todo lo demás lo había puesto patas arriba al empaquetar sus efectos personales antes de abandonar el lugar.

Aún había agua en los depósitos, y las cañerías de Ultra Vires seguían funcionando. Dark se bañó. Se palpó irritadamente la espesa maraña de barba que le había crecido en la cara durante los últimos días, pero Chivo no había dejado útiles de afeitar.

Descendió a la inmensa cocina. Había allí cantidades de carne en conserva y encontró los utensilios para abrir las latas, y comió. Tenía hambre aunque no de forma exagerada, y esto lo sorprendió un poco, ya que no había comido nada desde que inició la caminata a pie, saliendo de la Granja Hidropónica Canfell cuatro noches atrás. Sin embargo, no estaba más hambriento de lo que habría estado normalmente después de una noche de sueño.
Mientras comía, se posaron sus ojos en una pila de platos colocados junto al fregadero. Se sintió sorprendido al notar que todavía estaban brillantes de agua.

Se levantó y los tocó. Sí, todavía estaban mojados.

Había, además, restos de comida recién hecha en el cubo de la basura.

¿Es que había gente aquí? ¿Gente que utilizaba esto como camping? ¿O sería más probable que alguien que pasaba por el desierto se hubiese refugiado aquí para pernoctar? Pero pensó que habría tenido que oír el estampido de un coche de superficie al marcharse.

Pensativamente, Dark acabó su desayuno. Se le ocurrió que tal vez se

hubiesen refugiado aquí algunos miembros del Fénix después de haber huido de la Ciudad de Marte. Pero la mayoría de ellos no tenía idea siquiera de la existencia de Ultra Vires, cuando menos de su situación geográfica.

De todas formas, no había razón alguna para suponer que cualquiera que pudiese estar por aquí hubiera de mostrarse hostil en caso de que se encontraran por casualidad. No veía motivo alguno para preocuparse de aquello.

Acabado el desayuno, Dark bajó al almacén y cogió tres trajes marcianos, para Barba Vieja, Happy y Shadow. Había un traje de gran tamaño que, pensó, podría servir para la corpulencia de Happy, pero se preguntaba cómo Shadow, con su contextura tan plana, iba a arreglárselas para ponerse uno.

La desnudez le parecía a Dark lo más natural del mundo, especialmente desde que recordaba su identidad como Brute, pero cayó en la cuenta de que eso parecía raro a cualquiera con quien pudiese encontrarse antes de abandonar Ultra Vires o en su camino de vuelta a la Granja Hidropónica Canfell. Así pues, se puso él también un traje marciano, pero sin casco.

Llevando a cuestas los otros tres trajes, se internó por el corredor que conducía al garaje.

Dark recordaba que Chivo siempre había tenido a mano cuatro coches de superficie. Ahora había sólo tres, todos ellos en avanzados estadios de desguace.

Ante uno de ellos, una pequeña figura de túnica negra y pantalones bombachos estaba inclinada con la cabeza y los brazos sumergidos en las entrañas del vehículo.

Dark titubeó. Había encontrado por fin al intruso, tal vez un viajero que habría tenido una avería en el desierto y que casualmente se halló lo bastante cerca para poder refugiarse aquí mientras llevaba a cabo la reparación. Pero tampoco eso era motivo para que mostrase hostilidad.

Llevando sus trajes marcianos, Dark se aproximó al coche de superficie y oyó unos sonoros tacos al acercarse. El desgraciado mecánico escuchó por lo visto sus pasos, puesto que el saludo que lanzó fue:

—¡Por Fobos que preferiría que estuvieses aquí y tratases de ayudarme en lugar de pasarte todo el tiempo husmeando en esta madriguera desierta!

La voz llegaba velada, pero era decididamente femenina y con claras notas de irritación. Dark hizo una mueca y replicó burlonamente:

—Lo siento, pero ésta es la primera vez que me ha pedido usted que la ayude.

Con un sonoro hipido, la mujer se separó, con peligrosa prisa, del motor del coche y afrontó a Dark.

Se miraron uno a otro fijamente, en mutuo y conmocionado reconocimiento.

Allí estaba Dark Kensington, barbudo, con los brazos llenos de trajes marcianos, y allí estaba Maya Cara Nome, con las mangas subidas y su linda cara manchada de grasa.

A Dark se le cayó la mandíbula. Los labios de Maya formaron una redonda y asombrada O.

Luego, con un grito, se precipitó contra él, echándole los brazos al cuello. Dark retrocedió tambaleándose, abrumado por los trajes marcianos, por el peso de una feminidad toda agitada y por el barullo de palabras felices y completamente ininteligibles lanzadas contra su barbuda mejilla.

Se las arregló para desenredarse mediante el doble proceso de dejar ceer los trajes marcianos y de mantener apartada a Maya a la distancia del brazo. Ella levantaba los ojos hacia él, con el rostro aterrado y radiante, y, por fin, pudo reducir sus palabras a frases hilvanadas.

—Tú no estás aquí —dijo con tono de positivo convencimiento—. Tú no puedes estar aquí. Tú estás muerto. Vi cómo te mataron. Tienes que ser uno de los espíritus de Ultra Vires.

Se zafó de él y volvió a arrojarle los brazos al cuello. Siguió hablando feliz:

—Pero eres un espíritu sólido y confortable y yo te quiero.

Nuevamente, Dark se ¡as arregló para sujetarla al extremo del brazo y la miró seriamente a la cara.

—¿Te he oído bien? —preguntó sobriamente—. ¿Has dicho que me quieres?

—Lo he dicho. Y es verdad. ¡Oh, Dark, qué verdad tan grande!

La atrajo hacia sí. La besó gravemente. Luego, la mantuvo estrechamente entre sus brazos mientras ella descansaba complacida su cabeza sobre el hombro del espíritu.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó él por fin—, liada con este coche?

Nuwell y yo regresábamos de la Ciudad de Marte en helicóptero, pero éste falló y se aplastó —explicó ella—. Este era el único lugar lo bastante cerca de
nosotros para venir a pie, y las radios de los trajes marcianos no tienen alcance para pedir ayuda. Llevamos aquí más de dos semanas, tratando de reparar alguno de estos coches.

Miró el vehículo en el que había estado trabajando y movió la cabeza con desesperación. Dijo:

—No creo que pueda arreglarse ninguno de ellos. Resulta que Nuwell no sabe una palabra de mecánica. En cambio, a mí me enseñaron muchas cosas en mis clases para agente terrestre. Pero ni siquiera con tres coches para buscar repuestos puedo encontrar algunas cosas que faltan y que no hay posibilidad de substituir.

Se volvió hacia Dark. Exclamó impetuosamente:

—¡Pero tú estás muerto! Sé que lo estás porque llevamos tu cuerpo a la Granja Hidropónica Canfell. ¿Cómo diablos puedes estar aquí, vivo y besando, cuando eras un cadáver tan hermoso?

Dark le explicó lo sucedido: cómo se había despertado en el estanque,

cómo había podido respirar bajo el agua, cómo la vista de Chivo Hennessey había revivido en él el recuerdo de su identidad como Brute, cómo había podido cruzar el desierto sin traje marciano.

—Si tú eres Brute Hennessey, ya sé por qué no estás muerto —dijo ella cuando él hubo acabado—. Nos encontramos con un grupo de marcianos cuando nos dirigíamos aquí y ellos me hablaron de ciertos cambios embriónicos que habían hecho en ti y en Adam antes de que Chivo secuestrase a vuestras madres y las trajese a Ultra Vires. Qril, que es el marciano con el que hablé, me dijo que esas alteraciones no sólo te permitían vivir al aire libre marciano, sino que, además, te daban extraordinarios poderes regeneradores.

—Muy extraordinarios tienen que ser, puesto que me permiten volver a la vida después de haber recibido una puñalada en el corazón y de habérseme achicharrado las entrañas con una pistola calorífica —comentó Dark.

—Eso es porque tus tejidos no dependen de la combustión oxígeno-carbono —explicó Maya—. Según Qril, cuando no puedes disponer de oxígeno, tus células utilizan directamente la energía solar. Eso impide que tus tejidos mueran mientras que la zona dañada de tu cuerpo está reparándose.

De pronto, lo miró asustada. Se daba cuenta de lo que aquello quería decir.

—Por lo visto, querido, eres prácticamente indestructible —dijo.

Dark se echó a reír.

—Quizá sea eso —dijo—. Pero no me interesa hacer muchos experimentos de esta clase. Morirse es una experiencia muy desagradable, aunque se resucite luego.

—¡Oh, Dark —dijo Maya, recordando—, me gustaría que Qril pudiese verte para que te diese más detalles! Han vuelto por aquí hace unos tres días y no sé por qué razón siguen rondando en torno, bajo las murallas. Dame un traje marciano y te conduciré hasta él.

—Toma, ponte uno de estos —sugirió Dark, recogiendo el que había elegido para Barba Vieja.

Maya se lo puso. Los marcianos, dijo ella, estaban al otro lado de Ultra Vires, así es que salieron del garaje y se internaron juntos por uno de los largos corredores, Maya agarrada del brazo de Dark con una mano y llevando su casco marciano bajo el otro brazo.

Estaban a mitad de camino en el inmenso edificio, cuando Nuwell Eli apareció al revolver una esquina, a unos diez metros delante de ellos. Se paró y se quedó mirando al compañero de Maya.

—Maya —empezó a decir cuando los otros se le acercaron —. ¿Quién...?

Entonces reconoció a Dark.

Lanzando un grito de terror, Nuwell dio media vuelta y corrió por el pasillo lateral como alma que lleva el diablo. Oyeron el chasquido de sus tacones en el suelo de piedra, desvaneciéndose en la distancia.

Dark y Maya se pararon y se miraron una a otro.

—Debe de haber sido para él una sorpresa terrible verte surgir de entre los muertos —dijo ella—. No creo que se haya sentido tan feliz al verte como me he sentido yo, Dark.

—No, su alegría parecía estar considerablemente mitigada —replicó Dark con gravedad—. Pero, Maya, esto me hace pensar en una cuestión bastante seria que antes, con la alegría de nuestro encuentro, no se me había ocurrido.

—¿De qué se trata, querido?

—Tú eres un agente de la Tierra y, como tal, me detuviste. Cierto que trataste de liberarme después. Pero, ¿no me dijiste aquella noche que estabas prometida para casarte con este hombre, Nuwell Eli?

—Sí —admitió ella con voz desmayada—. Pero...

—No he tenido el gusto de conocer antes a ese caballero —continuó Dark, todavía con el mismo tono de gravedad—. Pero tú y él volvíais juntos a la Ciudad de Marte y me figuro que tú y él planeabais casaros tan pronto como llegaseis allí.

Maya estaba algo asombrada ante aquella prueba de adivinación del pensamiento.

—Es verdad —dijo en voz muy tenue.

—Ahora —continuó Dark— dices que me quieres. Debes reconocer que la situación que se produce es bastante seria. ¿Implica esta declaración de amor, amor que te aseguro que se ve correspondido del todo, un cambio radical en tu pasada línea de acción? O, puesto que sigues siendo una agente terrestre, ¿puedo esperar que me detengas de nuevo como preliminar obligatorio para tu unión con el señor Eli en el lazo santo del matrimonio?

Maya levantó la cara Hacia él y prorrumpió en una carcajada.

—Lo he dicho un poco en plan de broma —protestó Dark, un tanto corrido—, pero estoy hablando en serio, Maya.

—Ya sé que lo estás —cloqueó ella—. Por eso resulta tan gracioso. Para contestarle en el mismo tono, señor Kensington, le diré que no tengo el pro pósito de causarle un doble daño.

Dark levantó las cejas interrogativamente. La miró.

—Te detuve y resultaste muerto al oponerte a la detención —explicó traviesamente—. Ya he dimitido de mi cargo como agente terrestre, por lo que no creo que se me requiera ni se me den facultades para detenerte de nuevo. En cuanto a lo otro, bueno, lo siento un poco por Nuwell, pero te quiero a ti y no me casaré con Nuwell, puesto que tú estás vivo. Pero no puedo casarme contigo, Dark.

Dark se asombró al escuchar esto último.

—¿Por qué no, Maya? ¿Por el hecho de que seas una agente terrestre?

—No, no es por eso. Ya te he dicho que voy a dimitir tan pronto como regrese a la Ciudad de Marte y, además, eso tampoco sería obstáculo. La razón por la que no puedo casarme contigo es, sencilla mente, porque no me lo has pedido.

Dark se echó a reír con una sonora risa de alivio y la estrechó en sus

brazos.

—¡Maya queridísima, te lo pido ahora! —exclamé—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, Dark —contestó ella humildemente.

Se reclinó en el círculo de sus brazos y le miró a la cara con seriedad.

—Adonde vayas, iré yo —dijo ella muy queda mente—. Si tú eres un rebelde, Dark, yo seré una rebelde también. Quiero estar contigo y ayudarte en lo que quiera que hagas.

XIV

Dark y Maya estaban sentados con las espaldas apoyadas en el muro del Ultra Vires, y Qril discurseaba ante ellos abrumándolos con su inmensa estatura. A corta distancia, otros tres marcianos estaban reunidos, jugando a algún extraño juego, haciendo alguna clase de trabajo o participando en alguna especie de demostración conjunta. Dark no podía estar seguro de lo que hacían.

Qril tronó una larga y retumbante frase y Maya se echó a reír. Se volvió hacia Dark y tradujo:

—Ha dicho que no comprende por qué yo he de llevar un casco cuando tú no lo llevas. Le he explicado que tengo que llevar un casco para respirar y dice que, puesto que tú y yo somos iguales, parece que deberíamos vestir de la misma manera. Así es que, ya ves, querido, incluso los marcianos reconocen que estamos hechos el uno para el otro.

Dark meneó la cabeza asombrado.

—Ningún humano ha sido nunca capaz de imaginarse los procesos mentales marcianos y dudo que alguien lo consiga —comentó—. Este es el marciano que te explicó la estructura fisiológica que me permite vivir sin oxígeno y, sin embargo, se le ocurra hacerte una pregunta semejante.

—Hay una cosa que me desconcierta —dijo Maya con curiosidad—. Sin llevar casco, no puedes hacer uso del calentador de tu traje y dices que viniste aquí desnudo. Pero la temperatura exterior está ahora muy por debajo de cero. ¿No tienes frío?

—No —contestó Dark—. Tengo frío en temperaturas que resultan molestas para cualquiera cuando estoy bajo una cúpula o en un edificio y respiro normalmente. Pero aquí fuera, cuando no estoy respirando, me doy cuenta de los cambios de temperatura, pero no me causan molestia alguna. Debe de ser que, al conectar la utilización directa de la energía solar, se cambian mis reacciones en cuanto a la temperatura.

—Bueno —dijo Maya—, puedo comprender eso de la utilización de la energía solar cuando estás expuesto a la luz del sol. Pero, ¿cómo te las arreglas para seguir utilizando esa energía cuando estás en la sombra o por la noche y no estás respirando?

—No sé. Quizá lo sepa Qril.

Maya le preguntó al marciano y transmitió su respuesta a Dark:

—Qril dice que almacenas en los tejidos un exceso de energía, a la manera como los marcianos almacenan oxígeno. Es como si la luz directa del sol fuese tu generador que carga tus baterías de fuerza cuando no está actuando. Y ahora, Dark, ¿por qué no le preguntas lo que quieras saber sobre tu nacimiento? Yo haré de intérprete.

—Perfectamente —accedió Dark—. Por lo pronto, sé que fue entre

marcianos donde me desperté cuando volví por primera vez a la vida en el desierto de Icaria. Eso está bastante lejos, pero tengo entendido que los marcianos tienen una extraña especie de comunicación telepática entre ellos. ¿Sabe él algo de cómo llegué allí?

Maya habló con Qril y tradujo luego:

—Qril es uno de aquellos marcianos a los que vi rondar por aquí y que recogieron tu cuerpo a la mañana siguiente de haberte matado Chivo y de haber arrojado tu cadáver al desierto. Qril dice que te reconocieron por tus características genéticas, aunque no me ha explicado cómo es posible eso. Te reconocieron como la persona en la que ellos habían realizado una completa mutación embriónica muchos años antes, así es que te recogieron y te llevaron con ellos para darte una oportunidad de regenerarte y resucitar.

—Pero, ¿cómo y por qué recobré el conocimiento dotado con la memoria de Dark Kensington?

—Dice que te dieron una memoria prestada por medio de un profundo proceso telepático —contestó Maya después de hablar con Qril—, porque la memoria que tú tenías como Brute no te iba a servir de nada para desenvolverte en un nuevo ambiente. Parece que hubo algún bloqueo en el funcionamiento de tu cerebro como tal Brute, a causa de un ligero error en la alteración embriónica, error que corrigieren antes de resucitarte.

—Pero, ¿por qué precisamente la memoria de Dark Kensington? —preguntó Dark—, Cierto que para mí resultó muy valiosa, pero después he conocido al verdadero Dark Kensington y es un hombre mucho más viejo. ¿Por qué eligieron ellos esa memoria para mí?

Maya habló con Qril.

—Dice que los hombres significan para ellos muy poca cosa —dijo la muchacha después—. Eso es algo que aprendí cuando niña: que los marcianos a menudo intercambian sus nombres, y los nombres se refieren evidentemente a un estado de experiencia y existencia más bien que a un individuo específico. Pero dice que la memoria que eligieron para darte era la de tu padre.

Dark se quedó mirándola lleno de asombro.

—Entonces —dijo lentamente—, Barba Vieja es mi padre. Debería haberme dado cuenta. Era un presentimiento que tenía.

—No me extraña que lo tuvieras —dijo Maya—.
Por lo que me dice Qril, la alteración prenatal que te hicieron te dio facultades mucho más extensas que las que podemos figurarnos. Dice que tienes una extraordinaria capacidad extrasensorial, con sólo que quisieras hacer un esfuerzo para utilizarla.

—¿Eso dice? —murmuró Dark pensativamente.

Dirigió la mirada a los otros marcianos, sentados en círculo bajo el sol matinal. Por turnos, arrojaban pequeños polígonos, y, evidentemente, el objetivo de le que quiera que estuviesen haciendo radicaba en la forma que tenían de caer los polígonos.

Dark sintió una súbita oleada de poder en su cerebro. Lo concentró, lo enfocó y uno de los polígonos se alzó lentamente del suelo y quedó suspendido en el aire sobre las cabezas de los marcianos.

Dark podía sentir la fuerza que salía y elevaba el polígono como una invisible extensión de sí mismo. Luego sintió que otra fuerza se apoderaba del. polígono y lo volvía firmemente y sin vacilación a su sitio anterior.

Dark volvió la cabeza para mirar a los enormes ojos de Qril e inmediatamente se sintió en contacto mental con el marciano.

Qril estaba riéndose de él. En su rostro no había cambio alguno de expresión, pero en su mente reinaba una atmósfera de buen humor. Los pensamientos de Qril le llegaron sin palabras, en ningún lenguaje, silenciosa pero claramente:

—No has practicado tus facultades. Te será necesaria la experiencia antes de que puedas competir con el esfuerzo más simple de uno de nuestra raza.

Dark se volvió hacia Maya.

—Él tiene razón —dijo—. Poseo facultades extrasensoriales, pero necesitan alguna práctica.

—Lo sé —dijo Maya—. El voltaje telepático que hay ahora en la atmósfera debe de ser muy alto, porque incluso yo percibí el esfuerzo que realizabas para levantar esa especie de dado, y he entendido la comunicación de Qril contigo.

Maya y Dark se despidieron de Qril y volvieron a Ultra Vires. Mientras hacían eso, Qrii y los demás marcianos se levantaron y se alejaron por el desierto como si, al rondar por aquí, hubiesen tenido una misión que habían cumplido ya.

—Espero que sepas algo de mecánica —dijo Maya mientras recorrían juntos el pasillo—. Porque, si no, parece que vamos a tener que estar anclados aquí bastante tiempo. Por lo menos yo, a no ser que con sigas que uno de estos coches se mueva con fuerza psicoquinética.

—No, por le visto, todavía no tengo las facultades tan desarrolladas como para eso. Tal vez pudiese teleportar las piezas que necesites. ¡Espera! ¡Me he acordado de algo mejor! Ven conmigo.

Torcieron por un corredor lateral, encontraron una escalera y subieron al piso superior del edificio. Caminaron allí por otro pasillo hasta que Dark se detuvo y abrió una puerta.

Era la puerta de una pequeña cámara de descompresión. A través de ella, Dark condujo a Maya al interior de una habitación inmensa.

En el centro estaba un helicóptero.

—¡Chivo lo dejó aquí! —exclamó Dark gozosamente—. Me había olvidado de que él tenía esto. Seguramente debió de empaquetar sólo las cosas más necesarias cuando se marchó de aquí, planeando enviar camiones y gente para desmantelar todo esto con más calma. Bueno, si este autogiro está en debidas condiciones, estamos salvados.

Examinó cuidadosamente el vehículo. Todo estaba en regla.

—Pero, ¿cómo vamos a sacarlo de aquí? —preguntó Maya con curiosidad, mirando en torno—. Esa pequeña cámara de descompresión es muy reducida para dejarle paso al helicóptero.

—Es que el techo se enrolla —explicó Dark—. Ponte el casco y te lo demostraré.

Maya se colocó el casco marciano. Dark se acercó a la pared y apretó un conmutador. No pasó nada.

—Me olvidé —dijo— de que la electricidad no funciona. Bueno, vamos a probar otra cosa.

Concentró su mente con gran intensidad en el techo movible. Por unos momentos hubo resistencia. Luego, muy lentamente, el techo empezó a descorrerse. Apareció una rendija en el centro y el aire de la habitación salió silbando con el estrépito de una pequeña tempestad. Después, todo fue más fácil. La rendija se agrandó rápidamente y el tejado se embutió en las paredes, dejando la habitación al aire libre.

—Todo lo que tenemos ahora que hacer es subir y marcharnos —dijo Dark con satisfacción—. Mientras tú llenas los depósitos de combustible, yo bajaré al garaje para recoger los otros dos trajes marcianos. Uno de ellos es para mi amigo Happy, que es muy gordo y no podría ponerse ninguno de los trajes de emergencia que hay en el helicóptero.

Maya desenroscó el tapón de una de las barricas de combustible que había en la habitación y llenó el depósito del autogiro. Dark salió de la habitación, recorrió el pasillo y bajó la escalera.

Se dirigió al garaje. Maya se había puesto uno de los tres trajes marcianos que él había cogido, pero los otros dos estaban todavía tirados en el suelo. Los recogió y se dispuso a volver.

Caminaba por el primer corredor, llevando los trajes marcianos, cuando, de pronto, resonó en su mente un grito terrorífico y silencioso:

—¡Socorro!

Dark se detuvo, aterrado. Tardó un momento en darse cuenta de que estaba parado en medio del corredor y en comprender que, en realidad, no había oído nada.

El pasillo se extendía ante él, oscuro y polvoriento. No había allí movimiento alguno y tampoco ningún sonido. Estaba profundamente silencioso. Y él estaba allí clavado, en un polvoriento corredor en penumbra, en un silencio expectante, llevando dos trajes marcianos en los brazos.

—¡Socorro!

Era un grito que se alzaba en su mente, que reverberaba en su mente, sin rozar nada en torno a él sin rozar el silencioso corredor.

—¡Maya!

La mente de Dark voló hacia ella, subió con alas rapidísimas hasta la habitación de arriba donde ella había estado aguardando su regreso.

Su mente estaba allí, en aquella habitación, y allá estaba el helicóptero. Pero Maya no estaba allí.

Había unas figuras en el autogiro, moviéndose.

Su mente estaba en el helicóptero, y allí estaba también Maya, luchando y retorciéndose, mientras Nuwell Eli, con una furiosa concentración de salvaje energía, la ataba a uno de los asientos con un trozo de cuerda.

Dark rozó la mente de Maya, y esta mente se asió a la suya con inmensa desesperación.

—Dark, nos siguió hasta aquí y se escondió cuando te marchaste. Se arrastró detrás de mí, se me echó encima y me inmovilizó. ¡Date prisa, Dark, me lleva con él!

¿Prisa? ¿Por aquellos corredores, por aquella escalera, cuando Nuwell estaba ya acomodándose en el asiento del piloto del helicóptero?

Frenéticamente, Dark se asió a su única esperanza de alcanzarla a tiempo. Teleportación.

Puso toda su mente al rojo vivo. Con un frenético estallido de fuerza, trató de alzarse corporalmente, de estar allí en el helicóptero con ellos. En el esfuerzo, colocó hasta la última partícula de energía que poseía.

Y fracasó.

Estaba de pie en el corredor oscuro y polvoriento, dos trajes marcianos bajo el brazo, esforzándose futílmente por llegar a un sitio que no podría alcanzar. Y entonces oyó de verdad, con sus oídos corporales, la sorda vibración por encima de él cuando los motores del helicóptero se pusieron en marcha.

Dark empezó a correr.

Tiró los trajes marcianos y echó a correr por el pasillo. Subió las escaleras en zancadas de dos y tres escalones. Sin aliento, saliéndosele el corazón por la boca, llegó al pasillo superior e impacientemente, hizo las manipulaciones necesarias, que la parecieron interminables, para pasar por la cámara de descompresión.

Llegó a la amplia habitación.

Estaba vacía.

El techo estaba abierto al cielo marciano. La luz del sol se derramaba en la habitación sin tejado.

En el cielo, un objeto pequeño y centelleante se alzaba y se alejaba de Ultra Vires, formando sus aspas un círculo luminoso en el aire enrarecido.

Dark lo alcanzó con su mente y otra vez estaba en el helicóptero. Nuwell se hallaba sentado tensamente ante los mandos, dirigiéndolo. Maya estaba en el otro asiento, los brazos sujetos a los costados, en su rostro una expresión de agonía.

Nuwell no se daba cuenta de la presencia mental de Dark. Maya la percibió y su mente se volvió hacia él.

—Dark, Dark, ¿qué podemos hacer? Yo debería haber tenido más cuidado. Debería haber comprendido que, después que él nos vio juntos, intentaría hacernos una mala pasada.

Dark transmitió su mensaje mental:

—Fue culpa mía Maya. No debería haberte dejada sola. No lo creí un factor con el que hubiese que contar, y mi obligación era haberlo conocido mejor.

Maya le preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

Nuwell se volvió hacia Maya y su rostro estaba amargo y sombrío. Sus ojos castaños estaban llenos de cólera.

—¡Bruja traidora, debería haber desconfiado de ti después de tu intento de ayudar a Kensington en su fuga! Quise darte una oportunidad, porque pensé que, estando él muerto, te curarías de tu locura —dijo.

Sobrevino un cambio en su rostro. Se notaba en él una mezcla de miedo, de incredulidad y de falta absoluta de comprensión.

—Él estaba muerto —dijo Nuwell con una nota histérica en la voz—. Yo lo vi. Tú también lo viste muerto. ¿No lo viste, Maya? ¿Cómo podía estar otra vez contigo?

La única respuesta de Maya fue una sonrisa desafiante. Siguió callada.

—Tiene que haber alguna explicación para eso —continuó Nuwell con tono de mayor convicción—. No sé cuál es, pero la encontraré. Ese hombre que ha vuelto no es Dark Kensington, porque Kensington ha muerto. Maya, te prometo que he de descubrir cuál es la respuesta, pero primero voy a asegurarme de que no me pondrás más dificultades.

Dark rozó la mente de Maya.

—Maya, voy a tratar de hacer algo aquí dentro.

Se movía detrás. Estaba fuera del helicóptero, cerca de él, yendo a su lado mientras volaba. Era impulsado ligeramente adelante, avanzando en el cielo por el giro de las aspas.

Dark se apoderó del helicóptero con la mente. Trató de hacerlo retroceder.

El helicóptero vacilaba, cabeceaba. Luego, se lanzó hacia adelante y siguió. Dark sintió que su zarpa mental se aflojaba.

De pronto se vio del todo en la gran habitación de Ultra Vires, la habitación con el techo abierto al cielo. Ya no podía seguir tocando el helicóptero. Ya no podía estar en él más tiempo. No podía ya rozar la mente de Maya.

Lo intentó. Lo alcanzó de nuevo. Pero fracasó. Estaba donde estaba.

Se dio cuenta de que se hallaba casi exhausto. El tremendo empeño le había agotado casi todas sus energías. Carecía ya de fuerzas para hacer otra prueba y Nuwell y Maya se habían alejado de él por el cielo marciano.

Cansadamente, dio media vuelta, pasó de nuevo por la cámara de descompresión, siguió por el corredor y bajó la escalera.

Ahora ya no podía hacer nada. Indudablemente, Nuwell se llevaría a Maya a la Ciudad de Marte. ¿Y después?

Ahora, Maya se negaría a casarse con Nuwell, y Dark dudaba de que Nuwell pudiese obligarla. No sabía lo que Nuwell haría con ella. Probablemente condenarla a alguna especie de destierro, al final, quizá, del

juicio. Pero Nuwell no tenía motivo ni razón para hacerle a Maya ningún daño.

Por su parte, él había de intentar llegar junto a Maya lo antes posible, y eso significaba intensificar sus esfuerzos. Pero sólo había una línea de acción en la que cabía la esperanza de actuar con éxito y era el proyecto que había forjado cuando vino a Ultra Vires.

Únicamente que ahora le era posible apresurarlo.

Tenía que concederse algún descanso. Luego, cogería tres trajes marcianos y caminaría por el desierto de regreso a la Granja Hidropónica Canfell.

XV

Dark caminaba por el desierto hacia la Granja Hidropónica Canfell.

Se había quitado el traje marciano que llevaba antes y lo había sustituido por un ligero bailador hecho con una de las sábanas de Chivo Hennessey. Esta vestimenta, en una temperatura que sería insoportablemente glacial para un hombre completamente vestido y que bajaba muy por debajo de cero cuando se hacía de noche, se debía a su reconocimiento de que adquiría un aflujo mucho más importante de energía por la total exposición de su piel a la luz solar. Podía sentir cómo la energía penetraba en su carne y se iba acumulando en él. Y, con esa energía, la baja temperatura no le molestaba.

Detrás de él, tirado por una cuerda, llevaba un pequeño carro de dos ruedas que había construido con partes de un coche de superficie. Rodaba y se bamboleaba sobre el terreno arenoso y contenía todos los trajes marcianos y las siete pistolas caloríficas que había podido encontrar en Ultra Vires.

Contenía también reservas de agua en varias latas. Dark había descubierto que mientras estaba actuando directamente a base de la energía solar, no necesitaba comida en absoluto y no necesitaba tanta agua como en circunstancias ordinarias. Probablemente podría haber sobrevivido dos semanas sin agua alguna. Pero un poco de agua lo hacía mucho más eficaz. Su independencia de la comida y del oxígeno no impedía la lenta desecación de sus tejidos en el seco aire marciano.

Mientras caminaba, sólo una parte de su mente estaba dedicada a la tarea rutinaria de ir cruzando el desierto. El resto de su mente se hallaba libre de la limitación de la distancia y rozaba y se relacionaba con las mentes de otros tres hombres.

Estos hombres eran miembros del Fénix. En la Academia de Barberos Childress, habían formado parte de los instructores, esforzándose por desarrollar las potencialidades especiales de sus estudiantes de forma que se pudiera constituir una comunidad psíquica de propósito y acción con el objetivo de teleportar materiales desde la Tierra a Marte.

Éstos eran los hombres cuya capacidad en la telepatía y psicoquinesis se había desarrollado de una manera más completa, hasta el punto de poder llegar a demostraciones prácticas. Ahora, al darse cuenta de la extensión de sus propias facultades internas, Dark había concebido un temerario plan de acción en el que las facultades análogas de aquellos otros hombres significaban una contribución imprescindible.

Había tres de ellos: Mantar Falusaine en Hesperidum, Pietro Corrallani en la Ciudad de Marte y Cheng I K'an en Ofir. Entre ellos, por una amplia red intangible de comunicación, discutieron la estrategia y la situación sobre la que ésta se basaba.

Mantar comunicó:

—Teníamos noticias de la existencia de la Granja Hidropónica Canfell. Figuraba en nuestros mapas como una industria de la Corpmar, subvencionada por el Gobierno. Pero creíamos que se trataba sólo de una industria productora de alimentos. No sabíamos que fuese un centro experimental.

Cheng a su vez:

—No sabíamos que la Corpmar estuviese llevando a cabo ninguna clase de experimentos genéticos, excepto los de Chivo Hennessey. Manteníamos una vierta observación sobre la obra de Chivo. Nuestra intención era, si él llegaba alguna vez a conseguir un éxito completo en lo que estaba tratando de lograr, hacer una rápida incursión en sus dominios con fuerzas apropiadas y apoderarnos de sus trabajos para nuestros propósitos.

Dark soltó una risita y su mente transmitió:

—Eso habría sido un buen golpe contra la Corpmar. Pero, tal como se han puesto las cosas, esa incursión debe dirigirse ahora contra la Granja Hidropónica Confell, para liberar a mi padre y a los esclavos de la Corpmar que hay allí. Después de todo, Barba Vieja es el verdadero jefe del Fénix. Si conseguimos secuestrar a Chivo, podemos ponerlo a trabajar para nosotros, pero éste no es el objetivo primordial.

—¿Propone usted que nos apoderemos de la Granja Hidropónica Canfell y la convirtamos en nuestra base de operaciones? —preguntó Pietro.

Dark respondió:

—No. Cuando ataquemos a la Granja, ellos radiarán a la Ciudad de Marte pidiendo socorro y no posemos fuerzas suficientes para rechazar un contraataque en regla del Gobierno. He estado en comunicación con un amigo marciano, Qril, y me ha informado de que las cúpulas del desierto de Icaria, que fueron utilizadas por los rebeldes originales hace un cuarto de siglo, están todavía en condiciones de uso, aunque habrá que proveerlas de oxígeno, comida y agua. Tengo la intención de reunir allí a todos los miembros del Fénix y utilizar la ayuda de los marcianos para llevar a cabo los cambios embriónicos que harán que vuestros hijos y los míos sean como soy yo. Una nueva raza capaz de vivir en el ambiente natural marciano.

—¿Esas características de las que usted habla serán heredadas o habrá que llevar a cabo los cambios embriónicos en cada generación? —insistió Pietro en su demanda de información.

—Serán heredadas, porque son cambios en la estructura genética. Los cambios habrá que hacerlos en cada embrión individual de vuestros hijos, pero ya los hijos de ellos nacerán naturalmente con estas cualidades —fue la respuesta mental de Dark.

—¿Qué instrucciones nos da usted? —pidió Cheng esta vez.

—¿Cuántos Fénix hay en vuestras respectivas residencias?

—Doce en Ofir —respondió Cheng.

—Tendría que contarlos. En Hesperidium, aproximadamente el doble de esa cantidad —fue lo manifestado por Mantar.

—Aquí, cerca de setenta y cinco, así como las esposas de la mayoría de los casados del Fénix —dijo ahora Pietro.

—¡Setenta y cinco! ¡Pero eso es más de lo que teníamos en la escuela! —se asombró Dark.

—No olvide que la Escuela llevaba ya mucho tiempo funcionando antes de llegar usted y tenía muchos diplomados. El Gobierno detuvo entre la mitad y un tercio de los que estábamos en la Academia a la sazón, pero todavía hay probablemente de trescientos a cuatrocientos Fénix desperdigados por todo Marte —informó Pietro.

—¿Dónde están los otros tres instructores con los que no consigo establecer contacto mediante esta llamada telepática? —pidió Dark.

Pietro respondió también a esto:

—Están en Charax, Nube e Ismenius. Sus facultades telepáticas no están tan desarrolladas como las nuestras, y, para escucharlo a usted tendrían que estar esperando la llamada.

—Cheng, yo creía que su grupo iba a dirigirse a Regina —dijo Dark.

—Así se había planeado, pero las cámaras de descompresión de Regina estuvieron para nosotros más eficazmente bloqueadas que en ninguna otra ciudad. Los que se dirigieron a otras ciudades, excepto los que fueron detenidos, tenían documentos de identificación que los acreditaban como residentes legítimos de esas ciudades. Pero Regina tiene una peculiar estructura social que hace esto prácticamente imposible, excepto para los Fénix que están ya allí y que han estado desde hace mucho tiempo. Pensamos detenernos en Zur, pero allí no se había hecho arreglo alguno para cuidar de nosotros. Nos fuimos a una granja cúpula regida por un amigo de los Fénix en Pandorae Fretum, y permanecimos allí hasta que, poco a poco, pudimos irnos introduciendo en Ofir.

—Tuvo usted toda una odisea. Cheng, necesito que traiga a sus doce en coches de superficie, con todas las armas que pueda reunir, y ataque a la Granja Hidropónica Canfell. Yo trataré de abrir las puertas desde dentro.

—¿Debo traer mi grupo de la Ciudad de Marte como refuerzo? —inquirió Pietro.

—No, doce serán suficientes, y la conquista de la Granja dependerá de la velocidad de la acción. Antes de que usted pudiera llegar allí con su grupo en coches de superficie, el Gobierno habría enviado con reactores una fuerza bien armada. Quiero que cargue usted camiones de vituallas, reúna a todas las esposas y diríjase directamente al desierto de Icaria, para establecer allí nuestra colonia. Lo guiaré a usted telepáticamente cuando haya llegado a Icaria, si es que no estamos ya allí nosotros. Deben caminar por los desiertos y las tierras bajas, manteniéndose alejado de las carreteras y de las ciudades —ordenó Dark.

—Muy bien. Pero tendremos que salir de la ciudad vehículo a vehículo, y reunimos en algún sitio de la tierra baja. Para todo eso se necesitará algún tiempo.

—Todo el que sea necesario. ¿Sabe usted dónde está el Jefe?

—Está aquí, en la cárcel de la Ciudad de Marte… Su juicio se celebrará dentro de veinte días y habíamos proyectado liberarlo en cualquier momento del mismo.

—Deje usted unos cuantos hombres escogidos que se encarguen de liberarlo tan pronto como usted haya salida de la Ciudad de Marte y esté ya en camino hacia Icaria. ¿Ha vuelto ya Nuwell Eli a la Ciudad de Marte?

—No sé. Podemos averiguarlo —respondió Pietro.

—Se ha llevado consigo a Maya Cara Nome. Es la muchacha que estaba de secretaria en la Academia cuando la policía hizo la redada, y ahora es miembro del Fénix. Quiero que, a ser posible, sea liberada al mismo tiempo que el Jefe. ‚Si no es posible, iré yo a la Ciudad de Marte y la liberaré posteriormente, pero antes necesito que todos ustedes hayan evacuado la ciudad.

Mantar preguntó ahora:

—¿Qué tengo que hacer yo?

Lo más difícil de todo. Quiero que permanezca en Hesperidum y envíe a todos los Fénix de que disponga a establecer contacto con los que se encuentran en otras ciudades marcianas. Deben reunirse en Hesperidum y allí acumulará usted vituallas y formará otra caravana para juntarse con el resto de nosotros en Icaria.

—¿Cuándo debo empezar a moverme?

—Tan pronto como haya reunido a sus hombres y tenga el material a punto. Pero manténgase invisible de la Granja y no ataque mientras no le dé la orden. Dentro de cuarenta y ocho horas estaré yo allí.

Dadas las instrucciones, la conferencia telepática terminó, y Dark volvió a ser un hombre solitario que iba recorriendo el desierto tirando detrás de él de un carrito cargado.

Avistó la Granja Hidropónica Canfell en el plazo que le había predicho a Cheng, pero aguardó hasta la caída de la noche para acercarse. Fobos estaba internado por Oriente en la puesta del sol, por lo que Dark aguardó un poco más hasta que la luna más cercana se hundió bajo el horizonte oriental. Aquella noche, Deimos no estaba en el cielo y, tras la desaparición de Fobos, las tinieblas se hicieron casi impenetrables.

Dark se movió por el desierto, iluminado tan sólo por la luz de las estrellas, tirando de su carrito, hacia las murallas de la Granja. La Granja no era una fortaleza maciza y descollante como Ultra Vires, porque en su mayor parte estaba debajo de tierra. El piso más alto, en el que vivían y trabajaban los «Amos» de Happy, estaba justamente por debajo del nivel del terreno y debajo estaban los estanques subterráneos, que se extendían considerablemente más allá en todas direcciones. Las únicas partes de la Granja que sobresalían del suelo eran sus cuatro entradas, pequeños edificios de piedra blanca, cada uno de ellos con su propia cámara de descompresión, Dark atravesó la cámara del edificio más próximo. Aquellas construcciones de

entrada eran los barracones de los Duros, en los que dormían por la noche, sin que tuviesen posibilidad alguna de escape, ya que no disponían de trajes marcianos. Dark se había deslizado quedamente, a través de una barraca de Duros dormidos, la noche que había salido de la Granja para ir a Ultra Vires, pero esta vez llevaba consigo el carrito.

No le quedaba otra alternativa que una audaz carrera. Después de encender la luz de una linterna eléctrica ante él, cogió por el pasillo hacia la puerta enrejada que abría paso a las zonas subterráneas, tirando tras él del carro de ruedas metálicas sobre el piso de piedra.

El estrépito hizo que se despertara todo el barracón. En torno, por todas partes, surgió un irritado clamoreo y gruñidos, un levantamiento en muchas gargantas de los ruidos animales que eran la más cercana aproximación de los Duros al lenguaje humano. Dark avanzaba con firmeza, manteniendo un «radar» telepático que le avisara de cualquier ataque inminente.

La audacia misma de su acción fue recompensada. Su descaro convenció por lo visto a los Duros de que aquello era otro caso, insólitamente ruidoso, de uno de los Amos volviendo a la Granja de noche, como Dark percibió que había ocurrido con frecuencia antes. No lo molestaron.

La puerta enrejada no tenía mandos por esta parte. Dark la hizo funcionar psicoquinéticamente. Se alzó con lentitud, él cruzó tirando del carrito y la bajó luego tras él y siguió por la rampa hacia la caverna subterránea.

Se dirigió directamente al escondite de Barba Vieja, a quien despertó. Barba Vieja lo saludó gozosamente.

—Temía que le hubiese sucedido algo; ha estado usted ausente tanto tiempo —dijo Barba Vieja.

—He tenido que regresar andando —dijo Dark—. Ninguno de los coches de superficie de Ultra Vires estaba en condiciones de funcionar.

—Entonces, no nos queda esperanza ninguna de escape al resto de nosotros —comentó Barba Vieja con amargura—. No podemos apoderarnos de los coches de superficie que hay aquí, y los trajes marcianos que usted ha traído no nos servirán de nada. La reserva de oxígeno de un traje marciano no basta para que podamos trasladarnos desde aquí a la civilización más próxima.

—Creo que podremos apoderarnos de los coches de superficie —contestó Dark con tono de confianza—. Además de trajes marcianos, he traído pistolas caloríficas. Por otra parte, tengo ahora un plan más ambicioso que la mera huida.

Le refirió a Barba Vieja todas las cosas que habían sucedido, incluyendo el hecho de que Barba Vieja era su padre.

—Me siento muy feliz —dijo Barba Vieja con sencillez, asomándose las lágrimas a sus pálidos ojos—. Te quise mucho desde el primer momento, Dark, y me alegro de que puedas llevar legítimamente el nombre de Dark Kensington.

Cuando Dark le explicó el plan para la conquista de la Granja, Barba Vieja se acarició la barba pensativamente.

—Me temo que el ataque desde dentro habremos de realizarlo principalmente tú y yo, aunque es probable que también Shadow pueda ayudar de una manera eficaz —dijo Barba Vieja—. Los Blandos no son muy agresivos e, incluso, con unas cuantas pistolas caloríficas, me temo que no nos sirvan de mucho.

—¿Qué me dices de los Duros?

—Serían estupendos, si quieres que acaben tanto con los Amos como con los Blandos y también, posiblemente, con nosotros. Son gente maligna y torpe y no es posible disciplinarlos ni hacerles obedecer.

—Sincronizando bien el ataque del exterior, creo que nosotros tres podremos bastarnos —dijo Dark—. ¿Cuántos Amos hay aquí?

—Solamente diez —contestó Barba Vieja—. Y no son soldados, sino científicos. Pero tienen armas y saben manejarlas. Las tienen para mantener a raya a los Duros.

—Quizá pudiéramos excitar a los Blandos hasta el punto de causar en un principio confusión y jaleo, y luego nosotros tres actuaríamos en el momento preciso después que comience el ataque exterior —dijo Dark—. Podríamos incluso soltar a los Duros contra ellos, sin armas.

Barba Vieja le lanzó una firme mirada bajo sus enmarañadas cejas.

—No creo que sea prudente echar mano de los Duros —dijo con lentitud —. Te he dicho que hay diez Amos, y es verdad. Pero tienen un visitante que llegó en helicóptero hace varios días. Un visitante y una persona detenida.

—¿Una persona detenida?

—Sí, una persona detenida a la que no han enviado a los estanques, sino que está custodiada en el piso superior. Esa persona, es una mujer de cabellos y ojos negros.

—¡Maya!

—Sí, creo que el visitante es Nuwell Eli, y la detenida es tu amiga Maya.

XVI

Nuwell Eli estaba sentado con Placer Viceroy, director de la Granja Hidropónica Canfell, en el amplio comedor subterráneo, dando cuenta del suculento almuerzo. Aquella comida no era el insípido y gelatinoso alimento con que se nutría a los Blandos y Duros y se vendía en el mercado marciano. Era una comida de carne fresca y jugosa traída de las granjas cúpulas que rodeaban a Hesperidum, y legumbres de los huertos situados en el interior de Marte ciudad.

—Llevamos aquí más de una semana y todavía se muestra terca como una mula —dijo Nuwell con irritación—. Desde luego, tiene inteligencia suficiente para darse cuenta de lo ridículo y absurdo de su súbita conversión a una perdida causa rebelde. Estoy casi convencido de que aquel tipo de Kensington la sometió a una especie de encantamiento hipnótico.

—Usted se ha mostrado muy suave en sus métodos de conversión —dijo Placer—. Eso no cuadra con usted, Nuwell. Si quiere conseguir rápidos resultados, podríamos entregársela a los Duros un ratito.

—No, no quiero que le hagan daño. Estoy enamorado de esa mujer y me propongo casarme con ella. Los latigazos y las humillaciones es lo máximo que quiero hacer.

—Un amor muy raro, si no le importa que se lo diga —comentó Placer.

Nuwell se quedó mirándolo fríamente.

—Me importa —dijo—. Mis emociones personales no tienen por qué someterse a interpretaciones de usted. Pero de las esposas marcianas se espera que obedezcan a sus maridos con deferencia y, ¡por Saturno!, a ella le voy a hacer olvidar toda su liberal educación terrestre.

—Tendría usted el derecho legal de dar los pasos necesarios para eso si ella estuviese casada con usted —indicó Placer.

—¡Pero la muy loca se niega ahora a casarse conmigo! —exclamó Nuwell, todo exasperado—. Si no se hubiera negado, ¿cree usted que yo la habría traído aquí? Pero no podía llevarla a ninguna de las ciudades excepto como detenida para ser juzgada por sedición y traición mientras tanto siga expresando ese violento y franco apoyo a la causa rebelde. Lo considere usted amor o no, quiero a esa mujer para mí. No la quiero presa o ejecutada.

—Quizá si le presentara usted esa alternativa, se mostrase ella más razonable —murmuró Placer.

—¿Cree usted que no la he amenazado ya con eso? Ella se limita a decir que prefiere morir o ir a la cárcel antes que retractarse de sus convicciones y someterse a mis deseos. ¡Si ella pudiera olvidar que ha conocido a ese tipo de

Kensington!

—Bueno, lo que es eso, no sería difícil de arreglar —sugirió Placer quedamente.

Nuwell se quedó mirándolo con fijeza.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó.

—Usted no está familiarizado con los detalles de nuestro trabajo aquí, ¿verdad, Nuwell?

—Creí que lo estaba bastante bien. Pero no comprendo a qué se refiere usted con lo que me ha dicho.

—Como usted sabe, los Duros y los Blandos son antiguos criminales y vagabundos que ustedes nos; envían para propósitos experimentales. Uno de los efectos más importantes de nuestros experimentos, glandulares iniciales con esos individuos, experimentos por los que quedan convertidos en Duros y Blandos, es que pierden en absoluto toda memoria de su pasado.

—No necesito una mujer tonta como un Blando —exclamó Nuwell con un estremecimiento.

—Creo que podríamos eliminar la memoria permanentemente sin que se produjeran cambios físicos apreciables —dijo Placer—. Aquí hay muy buenos científicos. Pero me temo que la operación afectaría también grandemente a su capacidad mental. Creo que se quedaría con poca más inteligencia que la de los Blandos, pero usted no podría esperar que ella volviera a rebasar el nivel intelectual de un niño de seis u ocho años terrestres.

—No me interesan en lo más mínimo las mujeres inteligentes —contestó Nuwell con rudeza—. Si ella no estuviese ahora tan orgullosa de su inteligencia, no me daría tantos disgustos. Yo la quiero como mujer hermosa, que es todo lo que una mujer tiene derecho a esperar de un hombre, y, si fuese menos inteligente y más tratable, yo podría educarla hasta convertirla en la clase de mujer que un hombre de mi profesión y mi posición necesita.

Placer pinchó con el tenedor, despreocupadamente, un pedazo de carne.

—Cuando usted diga, estoy a sus órdenes —dijo con indolencia.

—Le concederé a la muy loca el resto del día de hoy —dijo Nuwell con decisión—. Esta tarde volveré a trabajarla con el látigo, y si no se da por vencida, le explicaré lo que la espera. Si eso no da resultado, lo primero que haré mañana será entregársela a usted.

—Esta noche sería mejor —sugirió Placer—. La intervención quirúrgica inicial necesita sólo unos treinta minutos, y es preferible que ella pueda descansar toda una noche después de eso. Ya así será despojada de una gran parte de su poder volitivo. La serie completa de operaciones requerirá unos tres días.

—Pues, entonces, será esta noche —dijo Nuwell— si ella no cede esta tarde.

Maya estaba sentada en su habitación cerrada con llave, cubriéndole la túnica y los pantalones los verdugones rojos que tenía en la espalda y en las piernas. La insípida gelatina que había sido su única comida desde que

empezó su secuestro, casi la hacía vomitar a cada cucharada, pero había consumido todo el almuerzo. Necesitaba de toda su fuerza para mantener su actitud desafiante.

Se hallaba en las garras de un sombrío e incesante dolor, física y emotivamente. Le dolía la carne por la paliza del día anterior, y tenía el corazón oprimido al contemplar la brutalidad y dureza primitivas de Nuwell. Ella lo había creído un hombre sensible e inteligente y lo había admirado por esto incluso después de que algunas de sus exhibiciones de humor infantil la hubiesen desilusionado en cuanto a la resplandeciente nobleza que al principio ella le había atribuido.

Había sentido una cálida atracción por él y, cuando creyó que Dark estaba muerto, accedió a casarse con Nuwell aunque no con el amor apasionado que ahora sentía por Dark, sino con una suave ternura que ella consideraba como base sólida para una vida en común llena de mutuo entendimiento.

¡Pero ahora! Se estremeció con el pensamiento de que podría haberse casado con él, quizá vivido con él toda la vida, creyéndolo cortés y amable. Le pasase lo que le pasara, ahora se sentí afortunada por el hecho de que esta crisis le hubiese revelado la parte secreta de aquel hombre, aquella parte que hasta aquí sólo había sido vista por los compañeros de sus manejos políticos y por las desgraciadas víctimas de sus persecuciones.

Los hombros se le hundieron cansadamente. Miró con fijeza en torno por toda la habitación. Estaba tan desnuda como una celda de cárcel, cosa que era intrínsecamente.

Había un espejo encima del lavabo. Estaba hecho de pesado metal pulimentado, sin filo alguno. ¿Es que Nuwell creía que ella iba a suicidarse? ¡Nunca se mataría mientras supiese que Dark estaba vivo!

Su mente tocó el espejo. Este empezó a temblar. Luego osciló y cayó al suelo con un retumbo metálico.

Ella lo miró con blanda curiosidad mientras el objeto redondo iba rodando hacia un rincón. Hacía mucho tiempo que no realizaba experiencias de aquellas: desde que las suprimió del todo a causa del odio que Nuwell le profesaba a la brujería.

Era telequinesis. Ella había tenido esa facultad desde niña. Le parecía recordar que la había utilizado a menudo y en forma bastante sorprendentes cuando era una niñita que estaba con los marcianos. Pero cuando fue a la Tierra, gradualmente fue suprimiendo esos juegos, excepto con pequeñas tretas cuando estaba sola, ya que aquello parecía asustar mucho a los mayores.

La telequinesis era una facultad especial. Eso no significaba que ella tuviese otras facultades especiales. Pero había la experiencia de lo que le había pasado en el helicóptero...

Su mente se puso a buscar. Inmediatamente, como en un choque, se puso en contacto con Dark. La mente de él se volvió hacia la de ella de una forma instantánea.

Era Dark quien preguntaba:

—¡Maya! ¿Dónde estás?
—Ven a mi habitación, querido. Estoy en la Granja Hidropónica Canfell. ¿Estás todavía en Ultra Vires?

—No, estoy en los estanques, debajo de ti. Sabía que estabas aquí, pero no sabía dónde. Aunque ahora ya puedo ver tu habitación y el lugar que ocupa en el edifcio.

—¿Puedes liberarme?

—Ahora, no. Hay cuatro Duros delante de tu puerta, custodiándola. No puedo atacarlos sin despertar a los Amos. Pero iré pronto.

—No sé cómo estoy haciendo esto —comunicóle Maya—. Yo no sabía que tuviese facultades telepáticas.

—Muchas personas las tienen potencialmente. No han tenido que ser "cambiadas" como lo fui yo. Pero son facultades que, por lo general, necesitan mucha práctica —respondió Dark.

—Me alegro de tenerlas porque así puedo saber que estás aquí.

—Maya, ¿qué es lo que te duele?

—Nuwell ha estado azotándome para que me retracte de mis frases de ayuda a favor de la causa rebelde.

En la cabeza de ella hubo una explosión al blanco ardiente, explosión que casi le abrasó literalmente el cerebro. Aturdida por aquel impacto, reconoció aquello como la explosión de la súbita cólera de Dark. Después, dejó de estar en contacto con él.

A unos treinta metros de distancia, en otra habitación, Nuwell se calzó un par de guantes negros y cogió un látigo corto de cuatro finas colas. Empuñando el látigo, salió al corredor y se dirigió a la habitación de Maya.

Se encontró con Placer, que caminaba en dirección opuesta.

—¿Va usted a hacer ahora su último intento?
—preguntó Placer.

—Sí —replicó Nuwell—, Espero que dé resulta
dos. En realidad, la inteligencia y el vivo ingenio de la muchacha se cuentan entre las razones por las que ella me gusta tanto. Pero no tolero que se me desafíe en esto.

Continuó a lo largo del vestíbulo.

Cuando llegó a la altura de la puerta enrejada que daba paso a una de las rampas que conducían a los estanques subterráneos, sonó el zumbador que estaba junto a la misma. Un Blando estaba en pie al otro lado de la reja, un rostro gordo y patético apretado contra los barrotes.

Nuwell se detuvo. No se veía a nadie más en el corredor.

—¿Qué quieres? —le preguntó al Blando.

—Amo, necesito entrar para contestar a la llamada —replicó el Blando con una voz que temblaba de miedo.

—¿Qué llamada?

—Han ordenado que uno de nosotros venga arriba para hacer un trabajo para los Amos —replicó el Blando—. Soy uno de los que tiene que trabajar

hoy; yo he venido en respuesta a la llamada.

Nuwell miró a un lado y a otro del corredor. No vio a nadie.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó, resistiéndose a aceptar la responsabilidad de dejar paso al Blando.

—No lo sé, Amo.

—Mira —dijo Nuwell—, yo no soy un Amo. No sé nada de tales llamadas. Será otra persona la que tenga que dejarte entrar.

—Si me retraso, harán que los Duros me azoten —se quejó el Blando patéticamente—. ¡Por favor, déjeme entrar, Amo!

Nuwell, con el látigo en la mano, impaciente por llegar a la habitación de Maya, se apiadó ante la súplica de la criatura. Por otra parte, los Blandos eran inofensivos y desde luego éste no trataría de pasar si no lo hubiesen llamado.

—Bueno, está bien —dijo Nuwell, y apretó el conmutador.

La reja se abrió y el Blando entró en el pasillo. Pero, cuando Nuwell se disponía a apretar el conmutador para cerrar la reja, el Blando, con sorprendente agilidad, se deslizó entre él y el conmutador.

—¿Qué demonios es esto? —gruñó Nuwell—. ¡Quítate de en medio!

Pero el Blando no se movía. Seguía allí pegado.

—¡Te digo que te quites de en medio! —gritó Nuwell, haciendo ondear el látigo.

El Blando se encogió y sus ojos tomaron una expresión de terror, pero todavía seguía aconchado a la pared, su cuerpo inmenso y translúcido cerrándole el paso a Nuwell.

—¡No, Amo! —tartamudeó—. ¡No cierre la puerta!

Cruelmente, Nuwell descargó el látigo en los hombros desnudos, y el Blando chilló de dolor. Nuwell levantó el látigo de nuevo.

Pero entonces, a través de la reja abierta, irrumpió una masa sólida de carne traslúcida, una horda de Blandos desnudos. Silenciosamente entraron en el corredor, lo llenaron de pared a pared, y otros, que venían detrás de ellos, los empujaron cuando hicieron alto.

Con los ojos abiertos de par en par, Nuwell se quedó mirándolos fijamente una fracción de segundo. Luego, dejó caer el látigo, dio media vuelta y echó a correr por el vestíbulo lanzando gritos estentóreos.

La puerta que estaba al extremo del corredor se abrió al acercarse Nuwell, y Placer apareció en el vano. Lo contuvo con una mano en señal de alto.

—¡No haga tanto ruido! —ordenó secamente—. Estamos celebrando una conferencia ahí dentro. ¿Qué demo...?

Sin voz ahora, Nuwell agarró el brazo de Placer y apuntó temblando hacia el pasillo.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Placer enfurecido, mirando la masa de Blandos que salía por la reja y empezaba a moverse por el corredor en ambas direcciones.

—¡Blandos! —graznó Nuwell—. ¡Los Blandos se han sublevado! ¡Nos atacan!

—¡Burbujas asquerosas! —dijo Placer despreciativamente—. No pueden hacerle daño a nadie. Me pregunto qué idiota ha podido dejarles la puerta abierta.

—He sido yo —confesó Nuwell—. Es decir, uno de ellos quería entrar y le abrí, y entonces se aconchó al conmutador de forma que no pude cerrar y los otros entraron.

—No sé qué idea estúpida ha podido formarse en sus débiles cerebros —dijo Placer—. Pero yo me ocuparé de arreglar esto.

Volvió a entrar en la habitación y Nuwell le oyó disculparse ante los otros por la interrupción. Luego, reapareció Placer con dos látigos en la mano y cerró la puerta tras él. Le alargó uno de los látigos a Nuwell.

—Son mucho más dóciles que esa mujer suya —dijo Placer—. Vamos.

Placer se internó por el corredor hacia los Blandos, que alanzaban muy despacio, y Nuwell lo siguió temerosamente, a respetable distancia.

—Volved abajo —gritó Placer a los Blandos mientras se acercaba a ellos —. Sabéis muy bien que no podéis subir aquí sin permiso.

Se detuvieron y se apelotonaron cuando se les acercó sin cuidado alguno, los de las primeras filas retrocediendo y los que estaban detrás de ellos empujándolos. Placer se acercó aún más y empezó a descargar latigazos a diestra y siniestra.

Hubo un súbito empujón de los Blandos y Placer quedó desbordado. Desapareció en una masa de carne blanduzca y traslúcida. Nuwell se detuvo aterrado y empezó a retroceder.

Hubo una detención en la vanguardia de los Blandos y Placer salió del grupo, revuelto el cabello, las ropas destrozadas, desaparecido el látigo. Se tambaleó mientras corría hacia Nuwell con pasos vacilantes.

—¡Volvamos a la habitación! —gritó Placer—. No sé qué es lo que los ha agitado, pero no es posible hacerlos retroceder a latigazos.

Los dos hombres corrieron por el pasillo y penetraron velozmente en la habitación donde cinco de los otros Amos estaban celebrando una conferencia.

—¡Pistolas caloríficas! —gritó Placer—. Algo ha agitado a los Blandos, que han irrumpido aquí de mala manera. Voy a soltar contra ellos a los Duros.

Mientras que dos de los concurrentes salían a toda prisa por otra puerta en busca de armas y un tercero echaba el cerrojo a la puerta por la que acababan de entrar los dos hombres, Placer agarró un micrófono y conectó el sistema amplificador que cubría todas las zonas de cualesquiera niveles de la Granja Hidropónica Canfell.

Por el micrófono, dio una llamada animal, un grito que empezaba con una nota baja y zumbante e iba creciendo en volumen e intensidad hasta lastimar los oídos. Repitió aquello tres veces. Luego, soltó el micrófono y se volvió hacia sus colegas con una expresión de satisfacción en el rostro.

—Así, los Duros tienen riendas sueltas —dijo—. Todo Duro que se encuentre en el lugar tiene libertad para apalear o matar a cualquier Blando



que vea, sin miedo a restricción o castigo. Eso los hará entrar en vereda rápidamente.

XVII

Tras la puerta, cerrada con llave, de la sala de conferencias, uno de los Amos fue entregando pistolas caloríficas a Nuwell, Placer y los otros cuatro.

—Si las usamos con intensidad media, creo que podremos calmarlos sin matar a ninguno de ellos —dijo Placer—. Probablemente, nos dará más trabajo refrenar a los Duros e impedirles que maten a todos los Blandos, que someter a los Blandos en primer lugar.

—Espero que la alarma habrá llegado a tiempo a ios tres que están al extremo del vestíbulo —dijo uno de los otros—. No se ha recibido de ellos ni una sola llamada.

Placer accionó un conmutador del sistema de intercomunicaciones.

—Touchstone, ¿están sus hombres a salvo? —preguntó.

—Sí, señor —replicó una voz al otro extremo—. Nos hemos encerrado con llave porque desde aquí no podemos llegar adonde están las pistolas caloríficas. Los Blandos no han venido todavía por este sitio. Parecen estar asustados por los Duros que hay en la puerta de la habitación de la señorita Cara Nome, y los Duros están rondando en torno como preparándose para un ataque. Los estamos vigilando desde la ventana.

—Bueno —dijo Placer—. Entre los Duros que están por esa parte y nuestras pistolas caloríficas por esta otra, podremos obligarlos a volver abajo sin gran dificultad. ¿Estamos preparados ya para intervenir?.

Una voz diferente llegó por el intercomunicador, la voz del décimo Amo, que estaba de servicio en la sala de control de la Granja.

—Placer, la pantalla muestra tres coches de superficie que se dirigen hacia aquí desde el Sur —dijo—. He tratado de establecer contacto con ellos por radio, pero no contestan.

—No se nos ha dicho que tengamos que esperar a ningún visitante del Gobierno —contestó Placer—. Puede ser un convoy de viajeros que se haya extraviado en el desierto o una pandilla vagabunda de rebeldes huidos. Adviértales que deben alejarse.

—Sí, señor.

La voz de Touchstone llegó desde el otro extremo del vestíbulo.

—Los Duros están atacando, Placer. ¡Por Júpiter, es espantoso! Estos pobres Blandos no pueden resistir a los Duros.

Súbitamente, su voz cambió. Se hizo estridente y apresurada.

—¡Placer! ¡Uno de estos Blandos tiene una pistola calorífica! Dos de ios Duros han sido ya achicharrados y los demás están cayendo por el vestíbulo. Los Blandos avanzan y puedo ver la pistola en manos de uno de ellos.

—¡Por Saturno! —exclamó Placer—. Está bien, Touchstone. Resista y mantenga esa puerta cerrada con llave. Nos acercaremos a usted.

Se volvió hacia los otros. Dijo:

—Tenemos que actuar ahora mismo. Hay que utilizar las pistolas con toda su intensidad y tirar a matar. Hemos de abrirnos paso entre esos Blandos y llegar al otro extremo del vestíbulo.

Después de dejar a uno de los Amos al cuidado del intercomunicador en la sala de control, los otros seis salieron al corredor con las pistolas preparadas. Los Blandos más avanzados habían llegado casi hasta la puerta y, ahora que se habían desperdigado a lo largo del corredor, no estaban tan apelotonados como antes.

Los seis hombres avanzaron con firmeza, empuñando sus armas. Disparaban con toda la intensidad, y rayos casi invisibles se hundían en el grupo de Blandos.

Los Blandos chillaban de dolor, derrumbándose al suelo varios de ellos con las carnes achicharradas. Los otros dieron media vuelta, llenos de pánico, y empezaron a retroceder por el corredor, siendo derribados por los rayos que los iban alcanzando uno a uno.

Luego, entre los Blandos, salió un haz de rayos, y uno de los Amos cayó con la cara quemada. Placer achicharró al Blando que empuñaba la pistola calorífica, y los cinco supervivientes avanzaron con rudeza.

Por la rampa que tenían ante ellos, Dark y Barba Vieja se acercaron a la reja abierta que dejaba paso al corredor, seguidos por Happy y Shadow.

—Me gustaría haber encontrado más pistolas caloríficas en Ultra Vires —le iba diciendo Dark a Barba Vieja—. Sólo tres, además de las cuatro que tenemos nosotros, son demasiado pocas para lograr algo efectivo.

—Por lo menos, los Blandos han abierto una brecha en el corredor y hemos conseguido disuadir a los Duros de abajo de que los sigan por un rato —dijo Barba Vieja.

Los cuerpos de una docena de Duros al pie de la rampa que estaba tras ellos atestiguaban la batalla de retaguardia que habían tenido que reñir. Eso era lo que los retuvo tanto tiempo.

—Si podemos conservar el dominio del pasillo y mantener embotellados a los Amos, tus amigos de fuera podrán darle un cambio completo a la situación.

—Les costará algún tiempo abrirse paso hasta aquí —dijo Dark—. Pero ya he establecido contacto telepático con Cheng y le he dicho que deben entrar.

Salieron al corredor cuando se estaba desarrollando una escena de tremenda confusión. Todo lo que podían ver en ambas direcciones eran Blandos que chillaban y gemían. La masa parecía ir derivando gradualmente hacia ¡a izquierda mientras que, de la derecha, llegaban lamentos de agonía.

—Por aquí —dijo Dark, doblando hacia la izquierda—. Hemos de sacar de aquí a Maya antes de que podamos hacer otra cosa.

Abriéndose camino entre los Blandos, llegaron por fin a una puerta. Dark trató de abrirla. Estaba cerrada con llave. Quemó la cerradura y empujó.

Maya estaba de pie con la espalda apoyada en la pared del otro lado de la

habitación, alarmada por el ruido que oía en el corredor, asustada al ver la forma con que habían abierto la puerta. Cuando entraron Dark y Barba Vieja y ella reconoció al primero, cruzó la habitación para salirles al encuentro, transformando su rostro la alegría.

Se arrojó en brazos de Dark.

—¡Oh, Dark! —exclamó—. Estaba segura de que vendrías.

El la estrechó en sus brazos y la besó. Luego, se volvió hacia Barba Vieja, con un brazo pasado sobre los hombros de Maya.

—Barba Vieja, ésta es Maya Cara Nome —dijo Dark—. Maya, éste es mi padre, el verdadero Dark Kensington.

—Dark Kensington el viejo —corrigió Barba Vieja—. Me alegro mucho de conocerte, Maya. Hijo mío, has elegido una mujer muy bonita.

Happy y Shadow habían seguido a los otros dos al interior de la habitación y estaban de pie contra la puerta, manteniéndola cerrada.

—Maya, vamos a tratar de resistir en el corredor hasta que entren aquí los del Fénix —explicó Dark—. Quiero que bajes con Shadow y Happy a los estanques. Te pones un traje marciano y ellos te guiarán hasta una de las entradas del edificio. Le diré a Cheng que te recoja en uno de los coches de superficie y luego Happy y Shadow podrán volver aquí a ayudarnos.

—No haré nada de eso —dijo Maya rotundamente—. Vosotros los necesitáis aquí ahora y yo no quiero separarme de ti. Me quedaré aquí y os ayudaré. Después de todo, yo sé manejar una pistola calorífica mejor que ninguno de esos Blandos.

—Pero, Maya, yo quiero estar seguro de que estás a salvo.

—No quiero estar a salvo mientras no lo estés tú. ¡Por favor, deja que me quede, Dark!

—Está bien —dijo Dark, rindiéndose—. Shadow, dale tu pistola.

Los cinco salieron de la habitación.

Se encontraron con una escena de increíble carnicería. Los Blandos, con sólo tres pistolas caloríficas que no sabían manejar bien, no eran enemigo para los Amos, Casi todos los Blandos yacían muertos en el suelo del pasillo, y los pocos que quedaban estaban acorralados en el extremo del vestíbulo a la derecha.

Tres de los hombres avanzaba ahora hacia aquellos últimos Blandos. Los otros dos, de vuelta a la sala de conferencias, ya habían rebasado la puerta de Maya y estaban abriéndose camino entre los achicharrados y retorcidos cuerpos de los Blandos. Dark y los demás se encontraban entre esas dos fuerzas en retirada de los Amos.

—Hemos de procurar salvar a esos Blandos —decidió Dark inmediatamente—. Happy, tú y Shadow subid por el pasillo y cerrad el paso si esos dos quieren volverse para atacar por la espalda. Los demás arremeteremos contra los tres de la derecha.

Se dividieron y empezaron a moverse. Pero estaban demasiado retrasados. Dark, Maya y Barba Vieja habían avanzado rápidamente algo menos de tres

metros cuando el último de los Blandos en el extremo del corredor se derrumbó bajo los rayos combinados de tres pistolas caloríficas. Inmediatamente, la puerta situada más allá de los Blandos muertos se abrió y aparecieron tres Amos más. Se unieron a los otros tres y cogieron las pistolas caloríficas de los Blancos vencidos.

Dark se detuvo y levantó la mano, parando el avance de su pequeño grupo.

—Es demasiada su superioridad numérica ahora —dijo—. Recojamos a Happy y Shadow y bajemos a los estanques, donde podremos ocultarnos hasta que entren nuestros camaradas.

Los Amos los habían visto ya y empezaron a subir por el corredor dirigiéndose hacia ellos en grupo, pero todavía estaban a tres o cuatro metros fuera del alcance de las pistolas caloríficas. Dark no se sorprendió al ver que uno del grupo era Nuwell.

Dark y Maya se dirigían hacia la entrada que conducía a los estanques subterráneos, pero se pararon cuando Barba Vieja emitió un gruñido de reconocimiento.

Uno de los tres hombres que habían salido de la habitación era el flaco y barbudo Chivo Hennessey y avanzaba ahora al frente del grupo con una pistola calorífica en la mano.

—Dark, tú y Maya seguid sin mí —dijo Barba Vieja muy quedamente—. Tengo una cuenta que arreglar.

Dark se volvió, abierta la boca para protestar, pero Barba Vieja había empezado a correr ya por el pasillo hacia el grupo que avanzaba.

—¡Espera! —gritó Dark, y echó a correr detrás de él.

Pero, con la prisa, Dark tropezó con el cadáver de un Blando y se cayó de bruces. En los momentos que tardó en ponerse en pie y recoger del suelo la pistola, que se le había caído, el drama que se desarrollaba delante de él llegó, como en un relámpago, hasta su conclusión.

Barba Vieja corrió por el pasillo hacia el grupo de Amos, saltando ágilmente sobre los cuerpos de los Blandos que se le interponían en el camino, el cabello gris derramado y ondeante.

—¡Chivo Hennessey! —tronó, multiplicándose su voz en las paredes del corredor—. ¡Me traicionaste y mataste a mi mujer! ¡Ha llegado la hora de que pagues tus crímenes!

Los Amos detuvieron su avance, petrificados ante la visión de aquella figura vengativa que se lanzaba contra ellos. AI frente de todos, Chivo fue el primero en quedarse clavado, con los ojos desencajados y la boca abierta de par en par, sin comprender nada hasta que el sentido de las palabras de Barba Vieja se abrió de pronto para él. Entonces, al reconocer aquella figura, jadeó con admiración y susto:

—¡Dark Kensington!

Después de lanzar aquel grito, dio media vuelta, aterrorizado, queriendo escapar. Pero Barba Vieja lo tenía ya al alcance de su pistola y el intenso rayo

calorífico de ésta dio de lleno en la base del cráneo de Chivo y le recorrió luego toda la espalda. Chivo Hennessey cayó de bruces, muerto, quemada toda la columna vertebral.

En el mismo momento de caer Chivo, sus compañeros salieron de su momentánea parálisis. Los rayos de cinco pistolas caloríficas se concentraron sobre Barba Vieja, y éste murió en un estallido de llamas que flamearon de pared a pared en el estrecho corredor.

Aterrado por la repentina muerte de su padre, Dark casi saltó tras él para atacar él solo a los cinco supervivientes. Pero Maya lo agarró por el brazo.

—¡No, Dark! —le suplicó—. ¡Te lo ruego!

Comprendiendo que si moría ahora, eso significaba dejar a Maya a merced de los Amos y de Nuwell, Dark retrocedió. El y Maya corrieron hacia la rampa que llevaba a los subterráneos. Al mismo tiempo, Dark les gritaba a Happy y a Shadow para que vinieran a unírseles.

Pero Happy, y probablemente el invisible Shadow, estaban en la parte extrema del corredor y también eran víctimas ahora del ataque enemigo. Los dos Amos que se habían dirigido a la sala de conferencias volvían ahora y estaban llegando ya cerca de Happy, blandiendo sendas pistolas caloríficas.

Happy cumplió fielmente el encargo de Dark de oponerse a cualquier ataque por la retaguardia. Asustado, pero tenaz, defendía su posición, ondeando el rayo de su pistola contra la pareja de Amos que se acercaban.

Pero Happy no estaba muy familiarizado con el arma y se encontraba, además, demasiado nervioso para dar en el blanco. Los rayos de los dos Amos lo golpearon al mismo tiempo y, con un grito lastimero que se convirtió en ahogado estertor, el desgraciado Blando se derrumbó en un montón humeante, se agitó un poco y luego se quedó quieto.

Surgiendo aparentemente de ninguna parte, el desarmado Shadow descendió como un trueno sobre uno de los matadores de Happy. El sorprendido Amo cayó fulminado, volándole la pistola de la mano.

Shadow podría haber vencido también al otro si el sorprendido individuo, ondeando su rayo calorífico alocadamente en un intento de alcanzar a la elusiva, desvaneciente e intermitente figura, no hubiese hecho blanco por casualidad. Hubo un tremendo chorro de llamas y la extraordinaria forma de Shadow apareció por última vez: un cuerpo aplastado y casi sin volumen que quedó tendido sobre el suelo del corredor como la sombra que había sido del amigo infeliz.

Toda la tragedia se desarrolló en menos de un minuto. En aquel tiempo, Dark y Maya llegaron a la entrada de la rampa, se metieron por ella y corrieron por el plano inclinado hacia la lobreguez amparadora de los estanques laberínticos.

XVIII

Momentos después, los dos grupos de Amos convergieron ante la puerta enrejada, dos de ellos procedentes de una dirección, y cinco de la otra.

—Hemos de darle caza —ordenó Placer—. Pero tenemos que ir juntos. Hay que perseguirlos por los estanques, y tal vez los Duros puedan ayudarnos, pero, si nos separamos, corremos el peligro de que nos vayan liquidando uno a uno.

—Espere, Placer, hay algo que es preciso que sepa —dijo uno de los dos Amos que habían llegado desde la sala de conferencias—. Greyde llamó hace unos minutos para decirnos que había recibido comunicación de Vidonati que está en la sala de control. Esos coches de superficie que estaban rondando por aquí han atacado a uno de los edificios de entrada.

—¡Demonios! —gruñó Placer—. En esto debe de haber, entonces, una conjura. En ese caso, mejor será que nos quedemos arriba.

Accionó la palanca colocada junto a la reja de la rampa, y ¡os barrotes descendieron y encajaron en sus ranuras.

—Por lo menos, estos dos quedan atrapados abajo —dijo con satisfacción —. Ya los cazaremos tranquilamente cuando hayamos rechazado e¡ ataque del exterior. Si podemos cogerlos vivos, tengo el propósito de hacerles pagar la culpa que tienen en la pérdida de todos nuestros Blandos experimentales.

Los siete se dirigieron a la sala de conferencias, abriéndose camino entre los cadáveres de los Blandos. Placer sustituyó a Greyde en el intercomunicador.

—Vidonati, aquí Placer —dijo—. ¿Cómo se presenta la situación?

—Los coches de superficie han atacado el edificio de la parte sur— contestó Vidonati—. Se han trasladado allí, han concentrado los rayos de los tres coches sobre la cámara de descompresión y la han quemado totalmente. He podido contar hasta nueve hombres en trajes marcianos que han salido de los coches de superficie y han penetrado en el edificio. Por supuesto, tan pronto como empezaron a operar contra la cámara de descompresión, cerré la barrera de emergencia para bloquear la rampa de bajada.

—No lo dudo, puesto que todavía tenemos aire aquí —comentó Placer secamente—. Será mejor que llame a la Ciudad de Marte y pida que nos envíen ayuda.

—Ya lo he hecho —replicó Vidonati—. Una escuadrilla de reactores está en camino.

—Bueno —dijo Placer—, Tardarán en llegar aquí unas cinco horas, y los rebeldes, o lo que quiera que sean, necesitarán el doble o el triple de tiempo para destruir una de esas barreras de emergencia, incluso si logran practicar una abertura y meter sus coches en el edificio para utilizar los cañones de los vehículos.

—¿Debo quedarme aquí o cerrar todas las barreras e irme abajo? —preguntó Vidonati.

La sala de control estaba en el edificio norte.

—Permanezca donde está y así podrá informarnos de lo que van haciendo los asaltantes, a menos que ataquen ese edificio —le ordenó Placer—. Si lo hacen, cierre inmediatamente todas las demás barreras de emergencia y baje. Podemos conectar desde aquí la radio de emergencia para mantenernos en contacto con la fuerza de la Ciudad de Marte, y aguardaremos en los subterráneos hasta que el ejército acabe con estos rebeldes.

—Está bien —contestó Vidonati—. No me dejaré sorprender.

En los estanques de abajo, Dark y Maya se encaminaron al escondite de Barba Vieja, empuñando las pistolas y manteniéndose ojo avizor por si aparecían los Duros. Llegaron sin incidentes.

Dark lanzó una mirada de tristeza al pequeño refugio situado detrás de la espesa vegetación y en el que Barba Vieja se había ocultado con éxito, tanto tiempo, de Duros y Amos. Había abrigado la esperanza de que el encuentro con su padre significaría muchos años de vida en común con él, una vez que pudieran salir libres de la Granja Hidropónica Canfell y hallasen un lugar seguro en el desierto Icaria.

Pero al mismo tiempo comprendía que Barba Vieja había muerto en una acción que tenía para él un gran significado, una aplazada venganza que había borrado el amargo recuerdo de la pérdida de su esposa y le había dado el desquite de veinticinco largos años de exilio. Barba Vieja había muerto noblemente.

Dark levantó uno de los pequeños trajes marcianos.

—No sabemos lo que va a suceder arriba y no podemos ayudar mucho permaneciendo aquí dentro ahora que no es factible apoderarse del corredor y embotellarlos en una habitación hasta que irrumpan Cheng y la gente del Fénix —dijo Dark—. Lo mejor es que subamos a uno de los edificios de salida, atravesemos la cámara de descompresión y nos metamos en uno de los coches de superficie. Yo no necesito traje marciano, pero tú debes ponerte éste tan pronto como subamos al edificio.

—¿Has estado en contacto telepático con Cheng? —preguntó Maya.

—Sí. Ya han irrumpido en el edificio del sur. Es el que yo utilicé cuando me marché a Ultra Vires y cuando volví. Pero los Amos han dejado caer una pesada barrera de emergencia sobre la rampa en cuanto que se produjo el ataque sobre la cámara de descompresión, y no podríamos pasar por allí. Cerca de aquí hay una rampa que Barba Vieja me dijo que se abre en el edificio norte. Iremos allí y le enviaré a Cheng una llamada para que se traslade a ese sitio y nos recoja.

Dark envió una llamada a Cheng y recibió la respuesta oportuna. El y Maya se encaminaron hacia la rampa, sin saber que el edificio que constituía su meta albergaba la sala de control de la Granja y que allí estaba Vidonati vigilando.

Arriba, unos pocos momentos después, Vidonati llamaba a Placer por el intercomunicador.

—Placer, se han vuelto a los coches de superficie y vienen hacia aquí —dijo Vidonati—. Voy a bajar las barreras de las rampas de los edificios del Este y del Oeste, y estropearé los mandos para que ellos no puedan levantarlas de nuevo. Luego, bajaré yo. Echaré la barrera de este edificio desde dentro, tan pronto como me encuentre ya en la rampa.

—Muy bien —dijo Placer—. Pondremos en funcionamiento desde aquí mismo la radio de emergencia. Haga usted un buen trabajo, pero hágalo pronto y no se deje coger arriba por los rebeldes cuando destruyan la cámara de descompresión.

—No me cogerán —afirmó Vidonati—. En toda la operación no tardaré más que unos pocos minutos y estaré ya en la rampa antes de que ellos puedan enfocar sus rayos sobre la cámara de descompresión.

En el coche guía, mientras los tres vehículos daban la vuelta y se encaminaban lentamente hacia el edificio norte, Cheng interpeló a uno de sus compañeros con el ceño fruncido:

—He estado tratando de ponerme en contacto telepático con Dark, pero no consigo localizarlo —dijo Cheng—. No ha dado instrucciones de ninguna clase para entrar en el edificio y lo malo es que estas cámaras de descompresión parecen funcionar por control remoto, así es que no podemos abrirlas. Tendremos que destruir ésta como hicimos con la otra, porque no creo que Dark pueda abrirla desde dentro. Parece que tiene prisa en que lo recojamos.

Dark y Maya corrían por la rampa hacia el edificio norte. Dark se había concentrado demasiado intensamente en buscar el camino entre los estanques y por eso no pudo recibir la llamada telepática de Cheng.

Rebasaron la puerta enrejada que se abría hacia los corredores del nivel superior, y unos pocos momentos después llegaban a lo alto de la rampa y a la puerta enrejada que daba al edificio norte. Dark iba preparado para abrir aquella reja por telequinesis, pero, con gran sorpresa por su parte, vio que ya estaba abierta.

La cruzaron y emergieron en el edificio norte.

Dark nunca había visto uno de los edificios al nivel del suelo a la luz del día, ya que las dos veces que había atravesado el edificio sur había sido de noche. Miró con curiosidad aquel lugar cuando penetraron en él.

Tenía unos quince metros cuadrados y estaba todo desnudo excepto los bajos y rudos camastros en los que los Duros dormían por la noche. En tres de las paredes había ventanas, cerradas ahora con pesadas celosías de hierro. La cámara de descompresión estaba al otro lado de la sala, en frente de la rampa de entrada. La cuarta pared era completamente lisa y, al parecer, servía para separar a una habitación que estaba en el extremo, ya que en el centro se hallaba una puerta cerrada.

Avanzaron por la habitación, y Dark dijo:

—Métete en tu traje marciano y saldremos por la cámara de descompresión. Le he encargado a Cheng que traiga los coches de superficie por esta parte, y deben de estar listos para recogernos cuando salgamos.

—No veo por qué no hemos de quedarnos en los estanques hasta que irrumpan los del Fénix —dijo Maya—. Allí abajo estábamos bien escondidos y desde dentro podríamos ayudar a los camaradas de una u otra manera.

—En primer lugar, no estoy nada seguro de que los Fénix puedan entrar —replicó Dark—. Yo no sabía nada de esa pesada barrera de emergencia que los Amos han dejado caer en la rampa sur, y me he sentido sorprendido y aliviado al ver que no han dejado caer la barrera sobre esta rampa también. Si lo hubiesen hecho, nos habríamos quedado atrapados abajo. Si tuviesen esas barreras en las cuatro rampas, los del Fénix no podrían permanecer bastante tiempo en torno para quemarlas, porque los Amos probablemente han pedido ya auxilio a Marte ciudad.

Maya había colocado su casco marciano sobre uno de los camastros y estaba poniéndose el traje marciano sobre la túnica y los pantalones.

Se abrió la puerta que estaba al otro extremo de la habitación y apareció un hombre con una pistola calorífica en la mano.

Vidonati se detuvo, sorprendido, al ver a Dark y a Maya. Dark lanzó un gruñido de sobresalto y echó mano de su pistola calorífica:

En el mismo momento en que Dark empuñaba el arma, Vidonati disparó. El rayo no hizo blanco pero derritió la parte superior del casco marciano de Maya e incendió el jergón. Luego, cuando el rayo de la pistola de Dark osciló hacia él, Vidonati volvió a esconderse precipitadamente en la sala de control.

—¡Te ha dado en el casco! exclamó Dark—.
Memos de salir de aquí a toda prisa. Confío en que encontraremos otro traje marciano antes de abrir la cámara de descompresión.

Con la pistola calorífica en la mano, Dark, seguido por Maya, se encaminó hacia la puerta de la sala de control.

Precisamente entonces, los Fénix, después de enfocar los pesados cañones de sus coches de superficie, hicieron saltar la cámara de descompresión del edificio norte. En cuestión de segundos, la cámara quedó completamente calcinada.

No había ninguna barrera de emergencia tapando aquella rampa. El pesado aire a presión terráquea salió silbando del edificio norte y se perdió en el desierto. Como de una pelota agujereada, la atmósfera a presión de toda la Granja Hidropónica Canfell se precipitó detrás, rugiendo por la rampa, huyendo en un momento de los estanques, el nivel superior y el edificio norte.

Cogido en la ventolera con características de tornado, Dark sólo tuvo tiempo para agarrarse a un picaporte con una mano y sujetar a Maya por la cintura con la otra. Cuando la presión se redujo precipitadamente y el oxígeno dejó de llegar a sus pulmones, pudo sentir cómo su metabolismo alternativo entraba en funcionamiento, cesaba su respiración y el calor de la energía solar empezaba a propagarse por todo su cuerpo.

Cuando el viento terminó de pasar y se extinguió, Dark soltó a Maya y se irguió entusiasmado. Sabía que allá abajo, Nuwell y los Amos estaban asfixiándose en aquel aire tenue, como peces recién pescados. El último atacante, Vidonati, yacía medio fuera de la puerta de la sala de control, con las manos crispándosele convulsivamente en el suelo.

—¡No era éste el proyecto que yo tenía planeado, pero es igualmente bueno! —exclamó Dark—. ¡Nos hemos apoderado de la Granja!

Pero entonces recordó. ¡Maya no tenía casco mar ciano!

Aterrado, con el corazón oprimido, volvió la cabeza.

Maya estaba en pie detrás de él, procurando tranquilamente arreglarse el desordenado cabello que le había enredado la rabiosa racha de viento.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella muy tranquila, dándose cuenta de la mirada de admiración de Dark.

—¡Maya! ¡No tienes casco! ¿Estás respirando?

Se quedó callada unos momentos, al parecer examinándose a sí misma.

—Pues, no, creo que no estoy respirando —replicó con la misma calma.

—¿Cómo puedes...? ¡Espera un momento!

Dark envió su mente a palpar lo invisible. Sus pensamientos exploradores volaron por el desierto y la tierra baja, buscando. Hallaron al marciano Qril y se dio cuenta de que éste se ponía inmediatamente en contacto.

—Qril, ¿cómo es que Maya puede vivir en la atmósfera marciana sin respirar? —preguntó Dark telepáticamente.

—Ella es como tú —replicó Qril—. Cuando era niña y vivía entre los marcianos, nosotros alteramos su estructura fisiológica y genética, de forma que también ella puede utilizar la energía solar y existir sin necesidad de oxígeno.

—¿Por qué no me dijiste eso antes en Ultra Vires? —preguntó Dark.

—Tú no me lo preguntaste —replicó Qril, y el contacto mental se desvaneció.

Dark se volvió hacia Maya con el rostro resplandeciente.

—Querida —dijo—, nuestros hijos no necesitarán cambios embriónicos. Nacerán tal como somos nosotros, capaces de vivir en las condiciones marcianas.

Y nunca más ninguno de nosotros tendrá necesidad de llevar un traje marciano.

Sintió entonces el roce inquisitivo de la mente de Cheng que preguntaba:

—¿Está usted ahí, Dark?

—Aquí estoy.

—¿Están ustedes bien?

—Los dos estamos muy bien. Vamos a salir ahora. Luego, nos dirigiremos inmediatamente al desierto de Icaria, antes de que lleguen aquí las fuerzas de la Ciudad de Marte.

Él y Maya atravesaron cogidos de la mano la calcinada cámara de descompresión. Los tres coches de superficie estaban allí, aguardando.

Dark y Maya se detuvieron un momento antes de subir a bordo de uno de los coches y miraron, por encima del desierto rojo, al Sol, que se hundía.

¿Muerte? ¿Desolación? No, no para ellos. Esto era vida y era belleza libre y yerma para ellos y para su hijos.

El futuro de Marte era suyo.

FIN DEL MUNDO

***Multitud de profetas predijeron el final,
pero nadie sospechó nunca cómo
sucedería.***

Todos los periódicos dijeron lo mismo en todos los idiomas, creo. Yo no hacía más que leerlos, pero no sabía qué pensar. Sé que quería pensar, pero eso es diferente de saber de verdad.

Había las noticias usuales después de un día de trabajo. El Atletic estaba ganando o perdiendo, ya no me acuerdo, y la UCLA se sentía fuerte e iba a derrotar a todo equipo que se le enfrentara. Una bomba H se había probado en el Pacífico, borrando otra isla del mapa, como si tuviésemos islas a montones. Por lo general aquello había sido importante, pero ahora no lo era. Noticias así las colocaban ahora en las últimas páginas y apenas las leía nadie. Sólo había una cosa en las primeras páginas, y de aquello era de lo que hablaba todo el mundo. Por lo menos de lo que hablaba yo.

Empezó mucho antes. No sé cuánto tiempo, porque aquello no lo imprimieron. Pero empezó, y allí estaba, justo encima de nuestras cabezas, aquel mismo día. Era un sábado. Las cosas grandes parece que suceden siempre los sábados. Me tomé mi desayuno y salí temprano. Tenía que hacer las cosas de costumbre, recortar el césped, por ejemplo. No lo hice, ni hice ninguna otra cosa, y nadie dijo nada. No tenía sentido recortar el césped en un día como aquel.

Salí, recordando no cerrar de un portazo. No era un agradable detalle, pero demostraba consideración. Pasé junto a la iglesia y miré el cartel que estaba colocado diagonalmente en la esquina de forma que se pudiera leer desde ambas calles. Estaba escrito con grandes letras, recogiendo una cita de los periódicos:

**¡HOY ES EL DÍA EN QUE SE ACABARA
EL MUNDO!**

Era una frase que se le había ocurrido a algún periodista perspicaz, y parecía tan convincente, que se pensaba que era la única manera de decirlo. ¿Si lo pensaba yo? No lo sé.

Era un día brillante. La gente estaba paseando o parada y mirando al cielo. Era demasiado temprano para ver nada, Seguí mi camino. Paul Eberhard estaba sentado en el césped cuando pasé por allí. Me arrojó el balón y lo cogí y traté de hacerlo girar sobre un dedo. No giró. Cayo y salió lanzado dando

botes en la calle. Se paró el camión de la leche al interponerse en su camino. Arrojé el balón a Paul. Le puso la mano encima y se quedó allí sentado.

—¿Qué hacemos? —dijo.

Hice un movimiento con las manos.

—Podemos tirar la pelota por ahí —propuse.

—No —contestó—. Quizá tienes algunos libros de chistes.

—Ya los has visto todos —dije—. ¿Tienes tú algunos?

—Se los dí a Howie —repuso, arrojando pensativamente el balón al centro de un macizo de camelias—. Pero me dijo que iba a buscar unos cuantos nuevos. Vamos a ver.

Se levantó, recogió la pelota y la lanzó hacia el porche. Dio en el alero y cayó entre los arbustos. Era allí donde solía guardarla.

—Paul —llamó su madre cuando salíamos.

—¿Qué?

—No te alejes mucho. Tengo que encargarte que hagas unas cosas.

—¿Qué? —dijo él con paciencia.

Sacar unos trastos del sótano. Ayudarme a quitar unas macetas del porche.

—Está bien —dijo él—. Ahora vuelvo.

Pasamos junto a otra iglesia antes de llegar a la casa de Hawie. Se leía allí el mismo cartel.

¡HOY ES EL DIA EN QUE ACABARA
EL MUNDO!

Nunca decían ni una palabra más. Querían clavarnos aquello en nuestras mentes, algo que no pudiéramos palpar del todo, pero que supiésemos que estaba allí.

Paul hizo un movimiento con la cabeza hacia el cartel.

—¿Qué opinas de eso?

—No sé qué decirte. —Rompí una ramita al pasar junto a un árbol—. ¿Y tú?

—Ya veremos —respondió, mirando al cielo.

—Sí, pero, ¿qué vamos a ver?

Tardó un rato en contestar.

—Me pregunto si será una cosa brillante.

—Ya lo es.

—Puede interponerse una nube.

—No importará. Es capaz de romper todo el cielo.

Aquello era una cosa segura. Ni nubes ni lo que fuera iban a interponerse en el camino.

Seguimos andando y encontramos a Howie. Howie es un negro, más pequeño que nosotros y dos veces más rápido. Sabe arrojar una pelota más lejos y más derecho que cualquier otro jugador del equipo. Estamos mucho tiempo juntos, especialmente durante la temporada de juego.

Salió de casa como si estuviera pisando huevos. No me dejé engañar por aquello. Más de una vez había tratado de imitarle la manera que tenía de moverse. Howie llevaba consigo un modelo de nave cohete. No funcionó. Alborotamos un poco y luego sugirió que entrenásemos. Habíamos dejado la pelota en casa de Paul y no podíamos, por lo que nos internamos por el parque.

Nos sentamos y empezamos a hablar de aquello.

—Me pregunto si sucederá realmente —dijo Paul.

Todos nos miramos.

—¿Desde dónde lo verá el Presidente? —pregunté—. Tendrá una vista estupenda desde la Casa Blanca.

—No mejor que nosotros desde aquí —dijo Howie.

—¿Y en Australia? ¿Lo verán desde allí? —insistí.

—Lo verán desde todas partes.

—¿Desde Africa también? ¿Y los esquimales?

—No importa si lo ven o no. Lo cierto es que para todo el mundo llegará al mismo tiempo.

Yo no comprendía cómo podía ser eso, pero no se me ocurría ningún argumento en contra. Era lo mismo que estaban diciendo por la televisión, y no se podía refutar.

—Todo el mundo —dijo Howie—. No sólo es esta ciudad, sino en todas partes. Dondequiera que haya gente. E incluso donde no la haya.

—Eso es que lo has leído —dijo Paul.

—Desde luego —replicó Howie—. Me prestaste las revistas cómicas. Hasta en ellas viene.

No hablamos mucho después de aquello. Yo seguía pensando en el hombre que hizo la bomba H. Me apostaba algo a que se sentía estúpido y despreciable al borrar del mapa una isla. Alguién podría haber querido seguir viviendo allí si le hubiesen dejado. El inventor debía de sentirse ahora mezquino y bajo al ver que llegaba algo realmente grande.

Seguimos hablando un rato, pero ya lo habíamos hablado todo hacía tiempo. En realidad, no podíamos decir nada nuevo. A cada momento estábamos mirando al cielo, pero aquello no iba a llegar hasta que no estuviese encima.

Finalmente nos separamos. No había nada que hacer. Acompañamos a Howie a casa y luego yo acompañé a Paul a mi casa. Miré el césped y, sin pensar en aquello, me puse a trabajar y lo segué. Yo mismo me quedé sorprendido.

Hacía calor, o me parecía que lo hacía. Entré para comer. Llegó mamá y bajó el volumen de la televisión. Yo podía ver todavía la pantalla en la otra habitación. El locutor estaba gesticulando, pero yo no oía lo que decía. Me pareció bastante gracioso. Pensé que todos nosotros éramos probablemente bastante graciosos, moviendo las bocas, guiñando los ojos y agitando las manos. Únicamente que no salía nada real. Por lo menos, todavía no.

—Siéntate tranquilo —dijo mamá—. Sucederá sin que tú tengas que hacer nada. Todo va a salir perfectamente.

—¿Lo crees así? —pregunté.

Ella me habría dicho cualquier cosa con tal de tenerme tranquilo. Se pone nerviosa en cuanto que empiezo a enredar.

—Así lo creo —dijo ella, dándome luego permiso para salir.

Era temprano para aquello. Usualmente yo no salía hasta después de la comida.

—¿Por qué no subes a la ciudad y lo ves desde allí?

—Quizá lo haga—dije enjuagándome las manos en la palangana—. ¿Vas a ir tú?

—Desde luego que no. ¿Para qué me voy a meter en medio de la muchedumbre? Lo mismo puedo verlo desde aquí.

Claro que podía. Pero no era lo mismo. Toda la gente que yo conocía iba a estar allí. Me cambié de camisa antes de salir. Cogí un trapo y me limpié el de los zapatos. No es que tratara de estar elegante o acicalado o nada por el estilo. Solamente que se me ocurrió que debía hacerlo.

Había sombra y sol en las calles y unas cuantas nubes grandes en el cielo.

Un coche aflojó la marcha y se detuvo a mi lado. Se bajó el cristal de la ventanilla y Jack Goodwin se inclinó hacia mí.

—¿Subes a la ciudad?

—Sí.

—¿Quieres que te lleve?

—Bueno.

En realidad no quería. Me habría gustado más seguir andando, mirando en torno mientras caminaba.

Jack Goodwin sonrió cuando entré. Tiene cabellos grises, donde tiene cabellos. El resto es calva. Me miró.

—No veo ningún cometa en tus hombreras —dijo gravemente.

—Nunca los tuve —contesté.

Alguna gente parece que cree que todo el que tiene menos de diecisiete años es un crío.

—Los necesitarás —dijó.

—Es posible —admití.

Debería haberme ido andando.

Nunca había sabido lo que puede tardar en pasar un día. Supongo que lo que debí hacer fue acostarme tarde y quedarme ocupado haciendo alguna cosa. Aquello era peor que ponerse el equipo y esperar que llegase el momento de intervenir en el juego. Por lo menos había un entrenador en el campo para decirte lo que tenías que hacer mientras ibas corriendo por el campo.

Jack Goodwin se paró al llegar a un semáforo. Me dieron ganas de salir. Pero no lo hice. Goodwin sonrió de nuevo, se cambió la luz y seguimos subiendo.

—No te censuro por estar nervioso —dijo—. Es la incertidumbre. Si tuviésemos solamente alguna forma de saberlo con seguridad..., la radio, tal vez...

—No hay radio que valga —dije—. Se han computado los cálculos.

—Desde luego, pero puede haber algo que se nos haya pasado por alto. O algo que no sepamos. Todo puede estar equivocado.

Debió de seguir hablando más y más, pero yo no le escuchaba. Howie y yo y Paul habíamos discutido una y otra vez todo lo que él estaba diciendo.

—Gracias— dije cuando se paró y salí.

—No hay de qué —contestó.

Casi arañó el parachoque trasero al aparcar. Era un coche nuevo y él no era mala persona. Quizá era que estaba un poco preocupado.

Me acerqué al quiosco y estuve mirando las revistas y los libros. La vieja señora Simpson ni me preguntó si iba a comprar algo ni me despachó con cajas destempladas. Estaba ocupada discutiendo con algunos clientes. De todas maneras, era la primera vez que no me hacía caso cuando yo llegaba. Se me presentaba una buena oportunidad de mirar cosas que no compraba nunca. No había nada que me interesara ver. Tenía sed. Me tomé una naranjada y seguí teniendo sed. Pedí un vaso de agua, me bebí la mitad y me marché.

Al extremo de la calle había un aparato de televisión en un escaparate. Lo miré. Se veía una calle en la India, gente que miraba para arriba. Se vieron luego ciudades de Italia, de la China, del Brasil. Excepto en sus trajes, todo era muy parecido a lo de aquí. Y todo el mundo estaba mirando para arriba.

Hice lo mismo. Por primera vez noté que había una ligera niebla. Las grandes nubes rizadas se habían desvanecido, pero esto era peor. Yo esperaba que se despejaría a tiempo. No porque aquello importase mucho.

Había más gente de lo usual en un sábado, pero al mismo tiempo todo estaba tranquilo. La gente iba de compras, pero ni compraban mucho ni se entretenían. Nadie quería perdérselo. Todos parecían tener un ojo en sus listas de compras y otro en el reloj.

Howie y Paul venían calle arriba y nos saludamos y nos dijimos algo. Otros cuantos muchachos de la escuela estaban por allí cerca y nos paramos. Nos juntamos todos. Se acercaba ya la hora y el intervalo entre minuto y minuto se iba haciendo más y más largo.

Miré el reloj de Paul. Me dijo que lo tenía al segundo, Decidí que ya era el momento de entrar y tomarme un bocadillo. De repente tenía hambre. No sé por qué, porque acababa de tomar el almuerzo no hacía mucho. Y ahora tenía hambre.

Me dirigí a un almacén y tuve que entrar a codazos. Estaba saliendo gente. No parroquianos, sino los dependientes y el dueño también. Dentro había una gran pantalla de televisión, pero nadie quería verlo, sino verlo pasar. El almacén estaba vacío. No cerrado; vacío.

Di media vuelta y corrí a juntarme con los demás. No podía perdérmelo. Había todavía minutos para ir, pero supongamos que hubiese habido un error

de cálculo. Yo sabía lo que aquello significaría, pero aun así tenía que estar allí. Casi moriría también.

Ahora estábamos todos mirando para arriba, toda la gente del mundo, supongo. Todo estaba callado. Se les oía respirar.

Y luego llegó, una llama en el cielo, una franja de plata, la estela más grande de vapor que se hubiese visto nunca. Pasó de un lado a otro en tiempo ninguno. Abrió el cielo y desapareció antes de que la impresión nos hiriera. Nadie dijo nada. Estábamos allí de pie y temblábamos y nos enderezamos después que pasó el ruido ensordecedor.

Pero había la estela de vapor que se extendía más allá de donde nadie pudiera alcanzar con la vista. Se extendería alrededor del mundo por lo menos una vez antes de llegar a terminar en algún sitio del desierto. Vi a mi profesor de ciencias; estaba tratando de sonreír, pero no podía. Y luego estaba el farmacéutico que había querido ser un investigador de química, pero que no fue lo bastante bueno.

En frente de mí, el viejo Fred Butler, que llevaba el autobús a Orange Point y King City, crujió sus nudillos.

—Lo hizo —susurró—. Todo el camino a Marte y el regreso. Sano y salvo y a la hora prevista.

Dio una zapateta en el aire y continuó saltando. Hacía varios años que no estaba a aquella distancia del suelo. Nunca volvería a estarlo a menos que se montase en un ascensor. Y yo sabía que odiaba a los ascensores.

Empezaron a sonar las sirenas de las fábricas. Sonaban más ruidosas que Gabriel. Me pregunté si él oía. Me agarré a la persona que tenía más cerca y empecé a chillar. No supe que era la muchacha pecosa de la manzana contigua hasta que se volvió y empezó o besarme. Gritábamos con más fuerza que las sirenas de las fábricas. Teníamos derecho.

Era como habían dicho los periódicos: Aquél fue el día en que acabó el mundo...

Y el Universo empezó.